

EL COJO ILUSTRADO

Año VIII

15 DE AGOSTO DE 1899

Nº 184

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCION: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

DEL PASADO

LIBROS VIEJOS

Setenta y dos años han pasado sobre sus páginas ya amarillentas y carcomidas, nubladas por los borrosos y rudos caracteres de las antiguas fuentes hispanas.

Millares de manos de generaciones, del viejo al nuevo continente han acariciado la negra tela de sus pastas, estampadas de imágenes litúrgicas y viñetas místicas.

Miradas piadosas de creyentes, amorosas miradas de poetas, ojos escrutadores de pensadores y filósofos han recorrido los tortuosos y vacilantes lineamientos de sus versiones.

Este viejo libro cuenta la edad de los planetas y los soles; comienza en un canto triunfal arrancado á las entrañas de las tierras y los mares; termina en un inmenso y lúgubre responso de muerte cruel.

Lo han escrito legisladores y poetas, estadistas y caudillos, reyes y pescadores.

Encierra las sonrisas inefables del primer amor, suspiros de vírgenes, lágrimas de esposas y de madres, sangre de hombres y de dioses; juramentos y protestas, gritos victoriosos de vencedores y dolorosos gritos de vencidos.

Exhala aromas de lejanas praderas bendecidas; tiene rumores de torrentes sagrados, trueno de montes fulgurantes, dolientes vagidos de olas melancólicas que mueren sobre playas ideales.

Viene de mis mayores y fue compañero venerable de mi infancia. Es la Biblia, el Libro de los cristianos y de los judíos, el Testamento de Jehová.

Un día, andando los caminos de la peregrinación de pueblo á pueblo, se quedó él en el hogar y en la patria: *el espíritu se hizo hombre* y fueron turbadas las plácidas candideces del Edén primero. Idos los patriarcas y los jueces, los sacerdotes y los profetas, los pasto-

res y los evangelistas, comenzó el interminable desfile de los imperios y los conquistadores, el eterno martirologio de las razas y las edades.

Al pisar de nuevo la tierra de los lares,

ojivas y rosetas y encajes vaporosos de catedrales góticas, cuellos de cisnes, híbridos, monstruosos, cabezas de dragón, colas de elfoninos, guirnaldas de acantos.

Y tras los recuerdos de niño, blancos y puros como los días eucarísticos de la inocencia, se va el espíritu, que todavía sangra las heridas de terribles luchas; y en la penumbra misteriosa y el sagrado silencio de la modesta iglesia ve alzarse la silueta serena y solemne del sacerdote católico, que nos leía la historia de los hombres y de los dioses bíblicos.

Inolvidable como la primera promesa fue el día que en espíritu salimos, conducidos por el levita de la nueva ley, de la tierra de Hevilath, en donde nace el oro, y atravesamos el Eufrates sagrado, para bordar con nuestras huellas los campos ubérrimos de la patria legendaria de Abraham y de la multitud excelsa; hasta que colocados sobre la Ciudad Santa, oímos, en un despertar vibrante de sensaciones, el canto de amor más intensamente humano que haya salido jamás de seno palpitante y que á los cielos haya subido en los desesperantes suspiros del "Cantar de los Cantares": *Negra soy, ¡oh! hijas de Jerusalén, pero hermosa como las tiendas de Cedar, como las pieles de Salomón.*

.....También como el Amado, semejantes á la corza, huyeron junto con el encanto de las leyendas de la Biblia, los días candorosos y los crepúsculos languidescentes de paz y de oración; y en el horizonte melancólico de

los recuerdos de ayer, apenas ondula como una nébula de ensueño la errante *teoría* de los patriarcas y los profetas, de los sacerdotes y de los apóstoles, dejando desolado y amarillento este libro que viene de mis mayores y que fue compañero venerable de mi infancia.

[ELOY G. GONZALEZ.



Después de los exámenes

surge de su seno como bandada de alondras el enjambre murmurador de los recuerdos nostálgicos y tiernos, que se dispersan bajo el cielo del terruño y van algunos, dolientemente tímidos, á posarse sobre la negra pasta de este viejo libro, exornado de arabescos hieráticos y estampas simbólicas, que semejan

INTRODUCCIÓN

AL ENSAYO HISTÓRICO DE LA VIDA DEL

GENERAL CARLOS SOUBLETTE (1)

Ponemos hoy mano á la ambiciosa tarea, largo tiempo meditada por nosotros, de incorporar definitivamente á la historia, con sus propios y más genuinos rasgos, el carácter y la vida pública de un varón eminente en virtudes y servicios, mal conocido no obstante de las nuevas generaciones, á cuyos ojos aparece empujado ó deformado por las luchas de su época y el fallo necesariamente adverso de los vencedores.

Naturalmente difícil la obra que aquí acometemos, sería además de éxito incierto y hasta dañina á nuestro propósito, si no alentásemos la esperanza de aligerar su peso y disminuir las dificultades que ella comporta, desempeñándola como nos proponemos hacerlo, con ánimo sereno y toda la imparcialidad que es compatible con la circunstancia, siempre ocasionada á extravíos, de hallarse aún próximos ó no suficientemente distantes para la perspectiva de la historia, los tiempos y los hombres, las pasiones y los intereses á los cuales se refiere y en cuya intrincada urdiembre habremos de ejercitar nuestro análisis.

El hombre cuya vida vamos á narrar, es uno de aquellos entre los fundadores de la independencia hispano-americana, á quienes tan luego como hubo concluido la recia contienda de armas que para el triunfo de esa causa era inevitable, tocóles por ley natural histórica acometer la más grave, árdua y trascendental empresa de conducir poco menos que á tientas los pueblos recientemente emancipados, dotarlos de instituciones libres, sin tradiciones ó apenas conocidas, crear el espíritu y las costumbres públicas que debían vivificarlas, reconstruir en una palabra la máquina entera del gobierno con nuevos resortes y dotándola como alma y motor de una autoridad racional en su esencia y de origen inmediatamente humano; todo esto sin elementos, enfrente á ambiciones estimuladas por el común buen éxito y en medio de las ruinas morales y materiales, legado de una larga guerra hecha sin tregua y con saña inaudita por una y otra parte, durante la cual los Ayax que se levantaron á impetrar luz moral capaz de refrenar los desma-

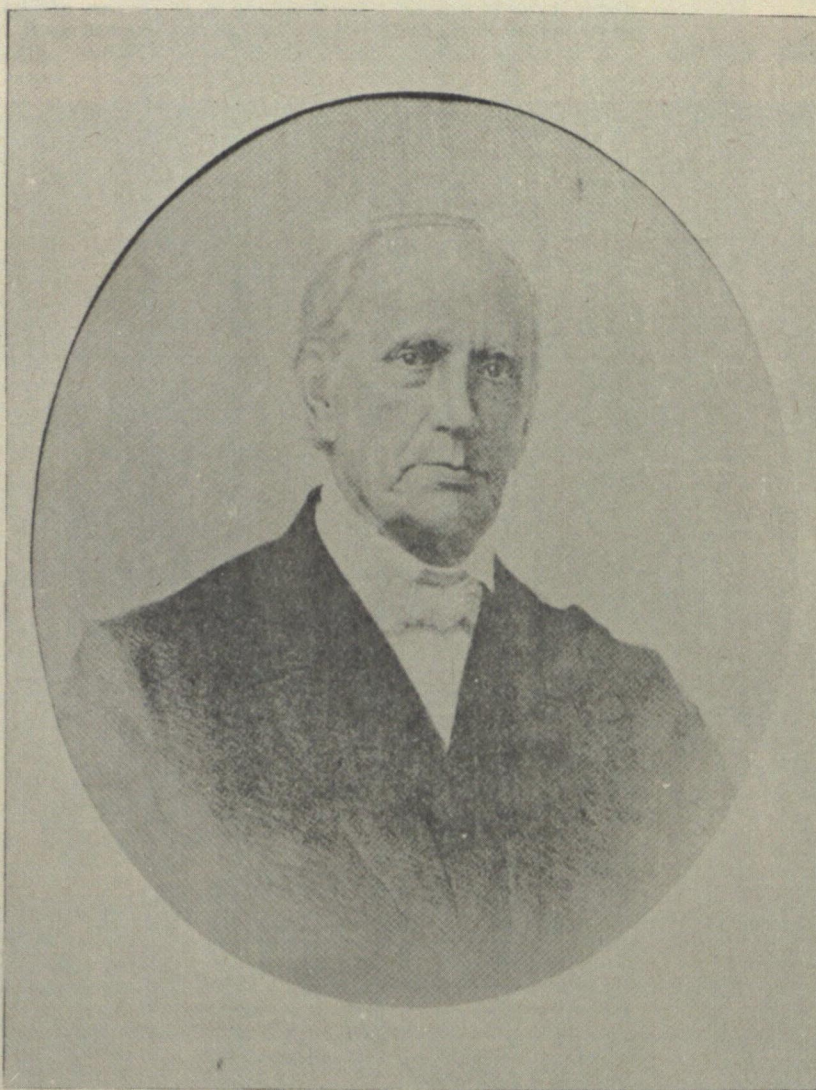
nes, fueron por desgracia mal ó tardíamente escuchados. Labor inmensa aquella, verdaderamente sobrehumana, como que consistió en adelantar la hora del progreso y la madurez de las sociedades á poder y en servicio de ideales muy nobles y generosos, pero entrevistados apenas por unos pocos, lo cual explica por qué cuantos la emprendieron de buena fe, y fueron sin duda el mayor número, sucumbieron uno en pos de otro, no lejos del punto de partida, proscritos algunos, abrumados los más, desconsiderados to-

de este movimiento hasta asegurar su triunfo definitivo en los campos de batalla; incluye y deja atrás la existencia si breve, gloriosa y fecunda de la gran república de Colombia, alianza de colonos en armas contra un enemigo común, más bien que refundición de pueblos en una sola alma; atraviesa por en medio de las vicisitudes que precedieron y acompañaron la caída del coloso y de su principal artífice; entra y se desarrolla con mayor iniciativa en la reorganización nacional de Venezuela, el re-

conocimiento de esta república por los grandes poderes, España inclusive, su gobierno civil y su administración hasta 1846; se depura y aquilata en la proscripción, de la cual vuelve al cabo de diez años sin las amarguras que ella engendra, ni las exigencias que disculpa, y se consagra con el ejemplo, el consejo, á veces con la acción, al servicio de una política de paz y de concordia hasta terminar en febrero de 1870 con la serena majestad de una ola que atravesando recias tempestades logra ganar la orilla después de haber reflejado constantemente un mismo cielo y seguido sin desviación un sólo derrotero.

El nombre de SOUBLETTE figura siempre, las más de las veces como actor principal, en las escenas más decisivas de aquel largo drama. Defiende al lado de MIRANDA la primera república y comparte en aquellos días el aciago destino del PRECURSOR. Una vez libre de las prisiones de La Guaira donde su padre contrajo la enfermedad que lo llevó poco días después á la tumba, corre, no obstante esta triste circunstancia, á reunirse con las legiones del Occidente, termina á las órdenes de RIBAS y BO-

LIVAR la campaña de 1813 y hace la de 1814. Durante ellas combate en Vigirima, Bárbula y Las Trincheras, secunda al LIBERTADOR en el primer campo de batalla de Carabobo y lo acompaña en el sitio de San Mateo. Está con RIBAS en LA VICTORIA donde su sangre fría salva la vida del invicto caudillo. Escapado con BOLIVAR á la rota de la Puerta, tócale escoltar la emigración caraqueña que la pavorosa fama de un Boves arroja como viento de tempestad á las llanuras orientales por entre las selvas de Capaya, tan mortíferas como el aliento de aquel caudillo. La ola de sangre que inunda á Aragua de Barcelona lo arrastra en compañía de BOLIVAR á la isla de Margarita, de la cual escapa días después junto con BERMÚDEZ á vista y por entre las naves de la expedición MORILLO para ir á encerrarse en los muros de Cartagena, don-



dos por los miembros de una generación ávida de reemplazarlos, mas no sin llevar á la tumba, la convicción de la perdurabilidad de su obra y la esperanza de la remisión del fallo contemporáneo al más equitativo y sereno de la posteridad y de la historia.

La carrera militar y política del general CARLOS SOUBLETTE abarca un período de medio siglo, durante el cual se distingue entre las de su teatro y época, á mas de aquella circunstancia, por su inquebrantable unidad moral y su mayor significación propia, así como por la decisiva importancia de los acontecimientos á los cuales se mezcla cuando no los determina, y el mérito y celebridad de los hombres que alternativamente la impulsan y secundan. Comenzada al romper el primer grito de la revolución de 1810, sigue el curso impetuoso y vario

(1) Las notas que documentan é ilustran este prefacio aparecerán á continuación de él para salvar por este medio los inconvenientes que ofrece su intercalación en el texto, ó al pie de la página, uno de los cuales consiste en interrumpir la unidad de la narración con no poca fatiga del lector.

de la defensa del castillo de la Popa ilustra eternamente su nombre. Se refugia con las reliquias del glorioso sitio en el territorio de Haití, entierra en aquel suelo hospitalario los huesos de su madre, joven todavía, proscrita y errante como los demás miembros de su numerosa familia. Se incorpora como coronel sub-jefe de Estado Mayor á la expedición de los trescientos á las órdenes de BOLÍVAR, vá con insuceso á las costas orientales y vuelve en seguida á las de Ocumare del Centro. Una vez aquí, reconoce desde las alturas de los Aguacates el ejército expedicionario que vuelve de Nueva Granada, retrocede á la costa y hallándola desierta se constituye en alma y brazo de la audaz invasión mal llamada retirada, que después de romper en Quebrada Seca y Chaguaramas las filas españolas, vá á culminar en las victorias del Alacrán y el Juncal. Durante las operaciones de que es teatro la provincia de Barcelona, ejerce felizmente sobre los Régulos de aquellas comarcas una de sus más preciosas facultades, la que le hacía singularmente apto para acordar opiniones y unir á los hombres divididos por la emulación ó envenenados por la rivalidad. A poder de su palabra el impetuoso BERMÚDEZ reconoce una vez por todas la autoridad del LIBERTADOR y acude con sus tropas á la defensa de Barcelona. De aquí sigue con BOLÍVAR á Guayana, fiel por íntima convicción patriótica á la estrella por entonces bastante oscurecida del gran conductor de la causa. En Santo Tomás de Angostura, á cuyo asedio contribuye eficazmente, toma parte como fiscal en un proceso célebre, fallado con rigor extremo en nombre de la disciplina militar y de la justicia política, incierta siempre y las más de las veces sospechosa á los ojos de la posteridad.

Jefe de Estado Mayor del ejército, comparte la responsabilidad y los reveses de la campaña de 1818, presencia el heroísmo de Las Queseras, dá frente con BOLÍVAR y un puñado de hombres á las llanuras del Meta donde los espera SANTANDER, tramontan juntos los Andes granadinos y después de libertar el suelo de Cundinamarca, corre á adueñarse de los valles de Cúcuta y la frontera del Táchira. De allí marcha á Guayana donde lo esperan las primeras faenas del gobierno civil y recibe mando é instrucciones que cumple con exactitud matemática para ejecutar la poderosa diversión militar, eficaz cooperativo de la segunda victoria de Carabobo y la final liberación de Venezuela. Nombrado director de la guerra, preside las victorias de PÁEZ en Naganagua, de MANRIQUE en el Zulía y combate él mismo con éxito vario los empecinados realistas que acaudilla con ley de terror y sangre mal derramada el incorregible MORALES.

Aquí concluye su carrera puramente militar, ora como oficial subalterno, ora como teniente y segundo de nuestros más famosos capitanes, ora en fin con mando superior independiente, teniendo á sus órdenes jefes y caudillos de la talla de PÁEZ, BERMÚDEZ el indomable y el caballeresco MANRIQUE. De ahí en adelante ábrese para él la carrera puramente civil, en cuyas diversas funciones, todas de primera importancia, el luchador depona su carácter y sus arreos militares para vestir la toga cívica. Organi-

za en el Magdalena la primera intendencia de aquel departamento y es llamado en seguida á compartir con el vicepresidente SANTANDER la tarea abrumadora para otros hombres, mas no para aquellos, de proporcionar al genio y á la espada de BOLÍVAR los soldados, las armas, el equipo y demás recursos con que á más del prestigio y respetabilidad de la nación impulsora debía sellar en Ayacucho y el Potosí la independencia de la América del Sur.

Antevé después de esto la inevitable disolución de Colombia, con visión mucho más clara, á contar desde el día en que por un acto inconsulto se acortó la vigencia de las instituciones que eran base y debían ser el principal escudo de la unidad nacional. Apresura en consecuencia su regreso á Venezuela donde juzga con razón que están su deber más directo y la mayor eficacia de su prestigio, pero por desgracia para la integridad de su naciente reputación cívica, se detiene en Bucaramanga lo bastante para sobrelevar ante la historia una parte de la responsabilidad que á sus autores apañan las intrigas y la supeditación de que fue objeto la convención de Ocaña, asamblea popular tras la cual una vez disuelta no quedaba más prestigio que el de la gloria de un hombre debilitado ya por el exceso de su poder y las sospechas que principiaba á inspirar su desinterés.

Teniente fiel de BOLÍVAR había obedecido y respetado como el que más la autoridad conductora del gran caudillo, reconoce siempre su genio, lo admira y aplaude y va hasta rendirle en más de una ocasión sus particulares opiniones, jamás su dignidad y su conciencia, por lo cual cuando llega la hora de cumplir el deber de patriota, anterior y superior á todo compromiso, á cualquier simpatía, al lazo personal más estrecho, ni lo detiene el temor de parecer ingrato, ni al cumplirlo ejecuta actos capaces de mancharlo con tan feo borrón. Había esperado y aun pedido (1) que el artífice de la gran máquina de guerra la desmontara en paz y en concierto para sus diversas partes, pero una vez desvanecida esta esperanza su previsión siempre muy clara, sobre todo en aquella emergencia, le permitió anticiparse á los acontecimientos y venir á esperarlos en tiempo y lugar aparentes para darles una dirección conforme á los intereses de la patria. Extinguida la ciudadanía colombiana, los venezolanos como los gradinos debían apresurarse á restaurar la suya propia, poniendo el hombro al peso de la empresa antes de que los fragmentos se disolviesen en la anarquía ó cayesen en manos del caudillaje. Puede afirmarse con sobra de razones y de hechos, que en aquella situación ninguna autoridad quedó en pie que fuese capaz por sí sola de retener lo que se iba ó de precipitar antojadizamente su marcha. Para salvar la unidad de Colombia era menester aplicar instituciones y métodos como los de una amplia descentralización que los partidos en lucha habían desacreditado de antemano, haciéndola el úno el instrumento de su ambición, marcándola el otro, con el sello de su absoluta reprobación, en razón de lo cual el espíritu transactivo que une y conserva fue nulo ó poco menos en aquellas deliberaciones. Por otra parte, ningún organismo nacional se arruina á voluntad de un hombre por poderoso que este sea, si-

no que cede lentamente al peso de sus naturales defectos, de donde resulta que son acusaciones del momento indignas de la perdurabilidad de la historia, cuantas se han dirigido en épocas distintas contra los autores de la reconstitución nacional, así de Venezuela como de la Nueva Granada. SOUBLETTE había presenciado el nacimiento de VENEZUELA, había defendido la república en su cuna, la más dolorosa y sangrienta de su época, y era natural que acudiera á ayudarla en la crisis de su reaparición entre los pueblos independientes, no como un pedestal para su ambición, sino como el hogar cívico en que debían caber holgadamente bajo la égida de la ley todos los hijos de la tierra.

Pocas obras políticas tan sorprendentes en sí misma y en sus resultados como aquella que emprendieron y llevaron á cabo los constituyentes venezolanos de 1830. Ni los sociólogos para quienes el destino humano depende exclusivamente de ciertas leyes físicas, ni aquellos que suprimen considerándolo como factor hostil ó extraño al progreso todo el pasado colonial de estos pueblos, acertaran á explicarla satisfactoriamente. Por asiento y teatro un vastísimo territorio, casi desierto, devastado además y empobrecido hasta el agotamiento á manos de una guerra implacable. Como personal, un puñado de colonos de distintas razas y colores, ignorantes los más, instruidos unos pocos, todos sin educación política, ni más escuela de administración y gobierno que el de un derecho municipal amplio en teoría, pero muy vigilado en la práctica por el receloso poder de la metrópoli. Un estado social embrionario con clases superpuestas antes por la conquista y la esclavitud, desquiciadas luego y confundidas pero no armonizadas aún por el movimiento revolucionario. Una propiedad inmueble pobre, mal constituida, sujeta frecuentemente al despojo y que ha menester de la prescripción para afianzar sus títulos bajo el nuevo régimen. Ambiciones numerosas, ardientes, justificadas todas por servicios heroicos, que desembocan á un mismo tiempo sobre el teatro de la victoria, llenas de deseos, sin nociones civiles capaces de ponderarlas y calmarlas. En fin, el antiguo enemigo al frente, sobre las costas de Cuba y Puerto Rico, humarazos de incendio mal extinguido en varios puntos del territorio, y por añadidura la voz, casi el mandato, de la antigua unión colombiana en boca del hombre extraordinario que agoniza á orillas del Atlántico. Nunca elementos tan pobres, y á la par tan adversos entre sí, sirvieron para levantar una fábrica política. Y sin embargo fue únicamente con ellos y en medio de las más difíciles circunstancias que los constituyentes de 1830 organizaron é hicieron marchar una república relativamente ordenada y pacífica, con instituciones libres y progresistas, sujeta á un régimen de leyes materialmente inerte, pero pronta y gustosamente obedecido allí, donde para colmo de contrastes, resonara el mayor estruendo de armas y batallas, que hasta entonces se había oído en esta parte del Nuevo Mundo.

Réstese si se quiere del mérito de esta obra la oportunidad en que fue acometida, aversión á la guerra, cansancio de la gloria militar y de los sacrificios que ella impone y general aspiración á la paz tan imperativa como el instinto de la propia

conservación; dedúzcase también cuanto hicieron virtualmente el poder aún subsistente de las clases directivas autorizadas por la respetabilidad social de sus miembros y los eminentes servicios de muchos de éstos; admítase igualmente que las instituciones eran tan sólo iniciales para el pleno reinado de la democracia, como que restringían el derecho de sufragio y prolongaban tácitamente la existencia del trabajo esclavo, pues con todo esto y lo más que quiera escatimarse a la virtud y luces de aquellos organizadores, siempre resultará su obra acreedora al aplauso de la posteridad, por lo menos mientras haya equidad en el juicio y un poco de generosidad en las almas. (2)

El fenómeno se explica sencillamente, sin necesidad de desconocer el mérito de sus autores, con sólo recordar un hecho histórico, cumplido doce años antes, en medio al fragor de la guerra, y cuyo sentido íntimo, profundo y filosófico, ha escapado a la generalidad de los historiadores, atentos de preferencia a la épica de los acontecimientos militares y a la elegancia de la narración.

Cuando a principios de 1818 BOLÍVAR y PÁEZ se avistaron por primera vez en el hato del Cañafistolo, distante cuatro leguas del pueblo de Payara, el abrazo que allí se dieron aquellos hombres fue símbolo de poderosa unión de dos fuerzas en adelante irresistibles, ambas pertenecientes por su naturaleza a íntima significación al organismo revolucionario, pero que separadas hasta entonces y en funesta lucha, a poder de la lógica desconfianza de la más fuerte de entre ellas, habían retardado en daño propio y encruelecido singularmente la marcha de la revolución venezolana, hasta el punto de hacer incierto los destinos de esta causa. Una de estas fuerzas, representada en aquella entrevista por BOLÍVAR y algunos de sus miembros del insigne caudillo, SOUBLETTE, entre otros, era la de aquel liberalismo gerárquico, ilustrado, producto directo de la cultura europea, cuyos hombres más eminentes se habían levantado en 1810 desde el seno de los Cabildos, tradicional asiento de su tribunado, a proclamar audazmente los derechos de la América; los mismos que sin pérdida de tiempo habían ejercido el primado de la organización republicana en estas regiones. La otra fuerza, representada a la sazón por PÁEZ y los ginetes que acompañaban al ya famoso guerrero del Apure, no era otra que la de aquella democracia igualitaria, campesina é indocta, pero creyente y fuerte, la cual conducida por otros jefes abate en dos ocasiones consecutivas la bandera de la independencia. Cada una de esas fuerzas tuvo hasta entonces el teatro de acción que le era más propio. El liberalismo, fruto de la civilización urbana en contacto con la civilización europea, nacido en las ciudades, particularmente en las del litoral, las había defendido hasta el último trance. A su turno la democracia acampada en las sierras y particularmente en las llanuras del interior, donde el desierto era su maestro a la vez que su auxiliar más eficaz, no sólo había conservado éste su natural acantonamiento, sino que, como queda dicho, había llevado sus caballos victoriosos hasta las calles de Caracas y de Valencia. A su vez los conductores de

esa fuerza llevaron en su época nombres distintos. Bajo la primera república el liberalismo gerárquico se llamó sucesivamente RODRÍGUEZ DEL TORO y MIRANDA, BOLÍVAR y RÍBAS. Las banderolas de la democracia habían acalorado la ambición de MONTEVERDE y precipitado a este obscuro caudillo en la reacción cuyos crímenes ilustran funestamente el nombre del mismo, mientras sonaba la hora en que un Boves las conduciría victoriosas hasta los campos de Urica, llevándose allí a la tumba el secreto de sus íntimos designios.

En las dehesas del Cañafistolo, BOLÍVAR y sus tenientes son las reliquias de ese liberalismo que después de pasar por «la noche triste» de 1815, ha tentado en vano reconquistar su antiguo teatro de acción. Rechazados de las ciudades por las tropas de la expedición MORILLO, vienen a echarse en brazos del antiguo adversario que ha cambiado de bandera al renovar su caudillo. Ellos representan la idea y el brazo estratégico de la revolución. Retienen las impresiones del mundo exterior y son en aquel sitio y en aquel momento como los vivientes eslabones de la gran cadena que la civilización ha tendido sobre los mares para unir y compenetrar los hombres, los recursos y destinos de dos mundos. Traen consigo las necesidades de una organización social y política conforme a los ideales que han armado su brazo. Sienten la responsabilidad de su obra y aspiran a ponerla en salvo. Traen como otros tantos conductores la visión de una república ordenada y pacífica, la de la ley y la de la administración, el crédito colectivo, el comercio y la industria libres. Son, en una palabra, la tradición colonial que quiere transformarse sin romperse en el molde de las nuevas ideas y de las nuevas necesidades.

A su vez los llaneros que siguen a PÁEZ representan con éste, el instinto bravo de la independencia. Hijos del desierto, alternativamente amos y esclavos de una naturaleza indómita, absorbidos por las fuerzas poderosas de esta misma naturaleza, no conocen más tradiciones que las de su propio suelo, y cuando más sospechan la existencia del mundo que se dilata más allá de su horizonte físico, ignoran lo que es república, leyes, instituciones, poder de opinión y recursos morales. No conocen más propiedad rural que la del rebaño que doman y apacientan ó la del caballo que montan. Pocos saben leer y escribir, odian la chicana representada a sus ojos por el libro y las gacetas. La naturaleza de sus faenas diarias es la más propia a paralizar la acción de su pensamiento. Rudos pastores durante el día, se acogen a las poblaciones cercanas ó a campamentos improvisados, donde a la luz de las estrellas ó de las hogueras bailan vertiginosamente mientras trovadores indoctos, pero de vena inagotable, riman en monótona canturía relaciones de amores y peligros, cuando no burlan ó invectivan a los actores mismos de aquellas escenas. Al día siguiente el pequeño núcleo social se ha disuelto y cada uno de esos hombres vá a renovar su lucha con la soledad y las fieras que la pueblan.

Estos hombres no conocen de la revolución, en cuyos combates y batallas han tomado tanta parte, sino el hecho, las formas externas y su finalidad inmediata, ó sea la expulsión del Español y la in-

dependencia del terruño. Antiguos realistas en su mayor parte, han advertido ya que el trono, mediador eficaz un tiempo entre el encomendero y el vasallo, no sólo está muy distante sino que ha perdido su virtualidad protectora, y no ignoran que los soldados de ese trono han preguntado desdeñosamente a la vista de los vencedores, cómo serían los vencidos. Una luz como aquella que al derrumbarse el imperio romano atenuó la acción destructora de los bárbaros se ha presentado confusamente a su vista, y bajo su influencia, como el Cicandro han principiado a quemar lo que antes adoraban.

Solemne y decisivo por demás debió ser el momento de aquella entrevista. Del éxito de ella iban a depender los sucesos militares inmediatos y el porvenir entero de la revolución. Si el representante de la fuerza desconocía al representante de la idea, la revolución quedaba anarquizada si no del todo perdida, y la sangre heroica que la justicia política había hecho verter en el reciente patíbulo de Santo Tomás de Angostura resultaría sin ejemplaridad y aun sin explicación ante la historia. En el caso contrario, la revolución sacaría de aquellos desposorios entre la ciudad y la pampa, entre el infante y el jinete, entre la lanza y la espada, la fuerza hercúlea de que necesitaba para coronar allí su obra y extenderla en seguida hasta los Andes Peruanos. Todo dependía de PÁEZ, jefe único incontestable é incontestado de aquel campamento, cuyos soldados no reconocían otra autoridad que la de su brazo imponente, por todo lo cual, el reconocimiento de la autoridad de BOLÍVAR habrá de aparecer ante el criterio filosófico de la historia como el servicio más eminente y trascendental entre los que PÁEZ prestó como guerrero a la causa de la América libre. Ciertamente la unión que resultó de aquel reconocimiento no fue tan estable y continua como era de desearse. Las lanzas de PÁEZ siguieron de mala gana, y esta vez con mejor instinto militar que el del jefe, a BOLÍVAR y a su infantería en la campaña de 1818, a reserva de desprenderse de ellos y arrastrarlos en seguida a las llanuras del Arauca. Esas mismas lanzas faltaron a la combinación fundamental de Boyacá, pero en cambio contribuyeron decisivamente al buen éxito de la de Carabobo. Algunos años después el llanero que ya ha visto el mar y ensanchado con este espectáculo sus propios horizontes, se encuentra sin embargo fallo de fuerza moral y de virtud cívica en uno de los momentos más señalados de su vida. El jinete del Apure no se encuentra capaz de escalar las cordilleras para ir a prosternarse ante el altar de la ley. Algo como una funesta anquilosis moral se lo impide y le defrauda los arcos de triunfo y las coronas que seguramente habría encontrado de continuo en su marcha hasta Bogotá. El régimen civil de Colombia sucumbió en consecuencia y a la unidad de la república no le quedó otra ancla, una vez perdida la de la constitución, que la del prestigio personal de su fundador. (3) PÁEZ colocado al frente de Venezuela en tales condiciones anuncia la inevitable disgregación. Cuando ésta ocurre, reaparece el problema de 1818 y la necesidad ineludible de resolverlo por la alianza del liberalismo y la democracia. La constitución civil de



EL ENCANTADO. — La toma de agua para la fuerza eléctrica

Venezuela no será obra viable sino á condición de darle por sostén y defensa al soldado prestigioso que representa aquella democracia y es capaz de dominarla. Una vez desaparecido SUCRE en la lúgubre encrucijada de Berruecos donde acechaban tan preciosa vida pasiones y brazos distintos, que la luz de la crítica no ha esclarecido aún debidamente, y retenido URDANETA en Bogotá al pie de la bandera sin soldados de la antigua Colombia, correspondía á SOUBLETTE por derecho de mayores luces y merecimientos como estadista, si no también como guerrero, presidir la reorganización de su patria y trazar á la naciente república su primer derrotero político. Pero en épocas semejantes, los hombres públicos no ocupan siempre el puesto que les señala su mérito y sus aptitudes, sino aquel que le imponen los acontecimientos y la influencia por lo general irresistible del medio en que se agitan. El papel reservado en tales situaciones á los verdaderos estadistas, consiste en inspirar á otros lo que ellos no pueden ejecutar directamente, siquiera sea resignándose al papel de segundones de la cosa pública. SOUBLETTE era suficientemente orgulloso y bastante patriota para no aceptar de buen grado puesto de inspirador y consejero en una obra de la cual podía ser no sólo un conductor ostensible sino real y efectivo. Procedió en consecuencia y con tan profunda convicción de que por este método se lograría

fundar un orden de cosas estable y á la par progresivo, que de allí en adelante hasta 1846 su plan de conducta como ciudadano y gobernante se contrajo en gran parte á hacer del prestigio y de la gloria militar de Páez, así como de las nacientes virtudes civiles del guerrero, la coraza al mismo tiempo que la espada de las nuevas instituciones.

Una vez ajustada á la medida y necesidades del gobierno civil republicano la procerosa estatura del caudillo del Apure, quedaron igualmente, de grado ó á poder de semejante ejemplo la de los demás guerreros sobrevivientes á la gran lucha, cual más cual menos, meritorios todos ellos y algunos dotados de virtudes civiles. Desaparecieron por tanto las intencencias omnimodas, los mandos militares fastuosos, las comandancias de armas y las sincuras de los Estados Mayores, y los pueblos se vieron por primera vez después de veinte años redimidos del fatigoso deber de auxiliar tropas en marcha, que por la deficiencia de su caja militar y la premura de sus movimientos, eran para los pobladores sedentarios un verdadero azote, con no poco daño y desprestigio de la bandera que enarbolaban, emblema de la patria recién conquistada. Considerablemente mermada la riqueza particular, base de la tributación, el Erario contaba apenas con recursos para pagar modestamente los gastos más indispensables de la Administración, en fuerza de lo cual aquellos servidores pú-

blicos, encanecidos bajo el fuego de las batallas, que un régimen personal á lo Esaú habría recompensado á todo trance y á cualquier costa, hubieron de tornar á sus hogares llevando tan sólo en sus manos el hierro y el acero instrumento de sus hazañas, para convertirlo ya en arado, ya en guión del pastor en los campos mismos que fueran teatro de sus proezas. Así los Muñoz, Castejón, Belisarios y Zamora en los llanos, Arismendi, Piñango, Silva y Paredes en el centro, Carrillo en los Andes, Macero en el Tuy, los Monagas, Parejo, Gómez y Montes en las provincias del oriente, para no citar sino estos solos nombres, mientras los antiguos potentados de la colonia que habían llevado al fuego fundidor de las comunes cadenas, sus propias riquezas, quedaban en las ciudades y campos alejados tratando de salvar por el trabajo y la economía los restos del antiguo patrimonio. Ninguno de ellos se retiró con fueros y preeminencias distintas de las de su mérito personal, llegando á conformarse con el progreso de las costumbres cívicas y de la igualdad política, hasta el punto de renunciar voluntariamente á vestir en público sus gloriosos uniformes.

Hermoso espectáculo, digno de atento estudio, el de un proceso político que á vuelta de poco tiempo debía por una parte reemplazar con un Estado de planta romana, pero expurgado de la funesta máxima de la salud pública, la máquina

feudal virtualmente levantada sobre todo el país, por catorce años de costumbres guerreras, y transformar por otra, un Vercingetorix indomado, acercándolo cuanto era posible al tipo excelso de un Cincinato. Los hombres del día podemos apreciar debidamente el valor y la importancia de ese proceso con sólo recordar nuestra triste impotencia ó nuestra incapacidad para enfrenar caudillos, artífices de pobrissimas fabricas que ellos mismos no tardan en arruinar con los desmanes de su ambición.

Cuando esa política comenzó á producir sus naturales frutos y hubo en el país opinión con poder, espíritu público, y principiaron á formarse las costumbres cívicas, cuando los hombres más competentes por sus luces y virtudes entraron á ejercer desde las columnas de la prensa y en las asambleas locales y el Congreso, el derecho de examen y supervigilancia con censura para los mandatarios, sugirió la naciente oposición, que era oligárquico el régimen que no obstante impulsaba tales progresos, y fueron tachados con aquel apodo sus fundadores y sostenes. Nada sin embargo, justificaba entonces el cargo resultante de tan arbitraria calificación política. (4) Las oligarquías, ya sean natural producto de la tradición, ya obra de la fuerza, no viven y subsisten sino al arrimo de un orden de privilegios fuertemente constituidos por el Estado ó la organización social respectiva. Ellas han menester de los mayorazgos, las clases nobles hereditarias con derecho exclusivo á las más altas funciones del Estado y en defecto de tales instituciones tienen necesidad de fueros, títulos y preeminencias siquiera sean personales. Pero nada de esto subsistía para entonces en Venezuela y la constitución proveía al peligro de una restauración declarando que todo ese orden de cosas habia dejado de ser para siempre y estaba formalmente prohibido. La presencia de unos mismos hombres al frente de la cosa pública, era por lo demás un fenómeno natural que se advierte en el origen de todas las comunidades políticas destinadas á engrandecerse por la práctica regular y pacífica del sistema del gobierno libre. Todos los fundadores de las instituciones de este tipo han sido necesariamente y por largo tiempo sus naturales custodios, sus directores más inteligentes y sus guías. El gobierno por selección es una ley natural de todo organismo político que principia. Así en la gran república del Norte, la dirección de los negocios federales estuvo por más de veinte años consecutivos á cargo de unos mismos hombres, Washington, los Adams, Hamilton, Jefferson y Jay. De los veintidós presidentes que ha tenido aquella unión de Estados, siete, á saber: Washington, Jefferson, Madison, Monroe, Jackson, Lincoln y Grant, ejercieron el poder ejecutivo en dos periodos constitucionales continuos, y uno, Cleveland, con un intervalo de cuatro años. Washington desechó la oferta de una tercera elección en su favor, y fue por muy poco que los amigos de Grant no acordaron á este personaje igual distinción. Al frente del Departamento de Estado el más importante de la rama ejecutiva, figuraron por largos años y bajo más de una administración federal los estadistas Calhoun, Clay, Webster, Everett, Seward y Fish. La democracia de la tercera república francesa, tan celosa como es de sus

prerrogativas, entre ellas la de la mutabilidad de su personal directivo, votó no obstante, la reelección del tercero de sus presidentes, y por lo que hace á sus estadistas, Freycinet, Rouvier, Ferry, puede decirse que han encanecido en la atmósfera del poder. Las más bellas páginas de la antigua república de Holanda están llenas con unos pocos nombres, sin perjuicio para la libertad y los derechos de aquellos veteranos del gobierno propio. Chile que es á la hora actual la más ordenada y progresiva de las repúblicas de nuestra raza en este continente, admitió y practicó durante cuarenta años consecutivos el principio de la reelección, por lo cual, sólo cuatro de sus hombres públicos, Prieto, Bulnes, Montt y Pérez aparecen bajo el solio presidencial durante aquel largo periodo, el mismo que vio pasar y repasar por los ministerios más importantes á Portales, Rengifo, Irarrazabal y Varas. En la antigua Nueva Granada, unos pocos estadistas, administradores y hombres de parlamento, Santander, Soto, Velez, Pombo, Márquez, Herrán, los Mosquera, Cuervo y Ospina, se alternan en la dirección de la cosa pública y resumen en el suyo propio todo el movimiento político de 30 á 48. Pudiendo citar aún otros muchos ejemplos del mismo género, nos bastará para concluir con esta ilustración de los hechos, recordar que en Méjico dos hombres civiles, Juárez y Lerdo de Tejada soportaron desde '58 hasta '76 la inmensa pesadumbre de la defensa nacional y la conservación de la independencia patria contra poderosa coalición extranjera apoyada en el mismo Méjico.

Podrá observarse que las oligarquías provienen en muchos casos, menos de la índole de las instituciones y de la naturaleza de la organización social respectiva, que de la manera como los encargados de la autoridad preservan sus naturales derechos y obedecen á los dictados de la opinión. Una política egoísta, mezquina y suspicaz puede esterilizar á la larga las más generosas instituciones y convertir en privilegio de unos pocos, la opción á la confianza pública y á las facultades que esta concede á sus elegidos; pero los hechos, más elocuentes que las acusaciones de partido, demuestran que los hombres en cuyas manos estuvo el compás de aquella política lo mantuvieron abierto hasta donde era necesario para incluir y satisfacer en lo posible todas las ambiciones legítimas. De los antiguos servidores que habían quedado custodiando la bandera de Colombia y fueron testigos de la agonía y muerte del fundador, ni uno sólo permaneció fuera del territorio patrio, ó excluido de los honores y consideraciones á que tenían tanto derecho. La circunstancia de que varios de los autores de la denominación aparecen figurando en puestos señalados ya del Ejecutivo, ya del Congreso, ya de las asambleas locales, durante el régimen apodado luego de oligárquico, comprueba por modo el más perentorio la injusticia de la acusación. En el personal legislativo, así como en el de la administración, abundan nombres que luego aumentaron su prestigio en las labores de la oposición legal. Es oportuno recordar igualmente, que dentro de un régimen de descentralización administrativa tan amplia y eficaz como fue la de 1830, las restricciones oligárquicas son imposible ó poco menos, una

vez que las iniciativas parten de distintos centros. Finalmente cuando en 1835 varios jefes militares de incontestables servicios se restaron voluntariamente y á poder de una insurrección escandalosa del régimen constitucional en vigencia, los motivos que públicamente alegaron para ello demuestran que no lo hicieron para romper una oligarquía ó debilitarla, sino bien al contrario para restablecerla francamente. (5)

Mayor y más recto sentido político habrían mostrado los hombres de la naciente oposición si en vez de dedicarse á falsear con acusaciones ponzoñosas la autoridad moral de un orden de cosas á cuyo planteamiento habían contribuido muchos de ellos, se hubiesen limitado á promover el gradual desarrollo del principio democrático que en parte era el alma de las instituciones. Entonces la lucha política indispensable en todo régimen de gobierno propio, habria quedado planteada con lógica y con provecho para los intereses generales, entre el elemento liberal necesariamente conservador que dominaba en las regiones oficiales y representaba la resistencia, y el elemento democrático naturalmente expansivo y destinado por ley de su organismo á poner sus velas á los vientos de la opinión. Los partidos que ya se delineaban y sin cuya existencia armónica no se concibe una sociedad libre, habrían tomado aquellas sus naturales denominaciones, conservando el aire fraternal de familia, propio de su común origen constitucional. Semejante agrupación de fuerzas y la dirección en que ellas debían obrar principiaban á ser por otra parte señaladas muy distintamente por el curso natural de las cosas y las nuevas necesidades del país. La noción del Estado tal como la comprendían y practicaban los hombres del gobierno, era tímida y aun podría ser tachada de deficiente para pueblos como los de nuestra raza, de por sí inertes y que necesitan para moverse en el sentido del progreso, de una iniciativa poderosa y hasta cierto punto autoritaria que sólo puede dar la ley y sus ejecutores. Adscritos á la ortodoxia de la escuela económica de dejar hacer, dejar pasar, si no permanecían inmóviles se asociaban con demasiada parsimonia á la ejecución de las medidas reclamadas por un país naturalmente rico, pero que carecía de los agentes indispensables para movilizar esta riqueza. La completa igualdad civil y política de las razas aceptada ya por las costumbres é iniciada en 1821 por la ley que en aquel año abolió la institución de la esclavitud, esperaba aún su natural complemento, y millares de venezolanos soportaban una servidumbre, tanto más injustificable, cuanto que muchos de ellos habían contribuido con copioso contingente de sangre á la obra de la común redención. Acercábase por último el día en que el patriarcado arcadiano, forma la más característica de aquella política, acabaría por chocar con las nacientes iniciativas de una democracia impaciente y novedosa, propensa como la de la antigua Atenas á disgustarse con el recuento de unos mismos hombres y la enumeración de unas mismas virtudes. Claro está, sin embargo que para adoctrinar una opinión capaz de suplir estas y otras deficiencias, no era necesario usar de estigmas y apodos, pero desgraciadamente en el vocabulario político los nombres no corresponden siempre á

la verdad de las cosas, en razón de lo cual no es raro que los partidos sobrelleven nombres espurios ó contradictorios en vez de aquel que les corresponde por su doctrina y su historia. Lástima grande que así pasen las cosas, pues como lo observara Washington, adverso por certera previsión á la demarcación geográfica con que principiaron á dividirse políticamente sus conciudadanos, los nombres de los partidos ejercen una influencia mucho más seria de lo que á primera vista parece en el destino de los pueblos y en el carácter de sus luchas internas.

¿Ni cómo habrían podido aquellos hombres defraudar su propia obra en presencia y á costa de una democracia que había visto salir á varios de ellos de las más humildes capas sociales estando como estaba tan próximo y tan á la vista semejante origen? Rara vez, si acaso alguna, y así lo comprueba la historia, puede organizarse en tales condiciones una oligarquía, á lo que se agrega que estas son por lo general de filiación aristocrática, bien así como los Césares y caudillos proceden ordinariamente de las democracias degeneradas cuyo desastre resumen. Comprendemos á Sila surgiendo del patriciado y apoyándose en él de preferencia, pero nó á un Mario, de extracción popular y obligado por el impulso inicial de su carrera á marchar con el mayor número, aspirando no obstante á desempeñar contrario papel.

RICARDO BECERRA.

(Se continuará.)

CRONICAS LITERARIAS

DESDE MI BUHARDILLA



UANDO *La Gaceta* de Madrid publicó el reglamento para la Exposición Nacional de Bellas Artes, no hubo periódico amante de lo bello que no dedicara el mejor espacio de sus columnas á

insertar la disposición oficial y á aplaudir de paso la determinación del Ministro de Fomento.

Yo fui de los pocos á quienes la noticia no alegró.

Y no es que no me gusta la pintura. Todo lo contrario. Artista por temperamento, artista por convicción, artista por necesidad,

busco la belleza donde quiera que se encuentre, la admiro en todos sus detalles, me gusta en toda su forma, me entusiasma en todas sus manifestaciones.

Pero es que tenía el presentimiento de que la exposición iba á ser mala, mala co-

ya no se contenta con sentir, necesita sentir y pensar. Por eso no le gusta la música italiana, por eso no lee la novela romántica, por eso desprecia el efectismo en el teatro, por eso no quiere el impresionismo en la pintura. Ideas, faltan ideas, faltan energías, falta vida ya que la vida al fin y al cabo sólo es una lucha de fuerzas. Antes para alcanzar la gloria bastaba con sacrificar un corazón, hoy es necesario arrojar un cerebro.

Mis presentimientos se confirmaron.

La exposición ha sido mala. Ni una sola obra merece premio de honor. Las buenas no pasan de diez, las regulares no llegan á cincuenta. Los coloristas, exceptuando Sorolla que se ha traído *Cosiendo las velas*, vienen con menos derroche de luz y de color que otras veces. Los modernistas siguen sin acertar. El mismo Rusiñol sólo ha conseguido que la gente se fije en un *Retrato de hombre*, eso sí, un retrato magnífico, superior, digno del Greco.

Hay muy pocos cuadros de asunto y uno solo de historia.

La sección de escultura tampoco ha convencido á nadie. Sólo una obra, *minas de carbón*, de Inurria, ha detenido al público ante ella.

Un crítico, un crítico, nos ha salido un crítico, así, de pronto, sin que nadie se enterara.

Clarín, el mismo Clarín, tan enemigo de dar bombos á quien no conoce, le señala como una legítima esperanza de la literatura española. Gómez Carrillo afirma en *Vida literaria* que vale muchísimo más que Balart y que Unamuno.

Los demás se contentan con decir que su obra es la más importante que se ha publi-

cado en España de diez años á esta fecha.

El crítico se llama José M. Llanas Aguilaniedo. La obra *Alma contemporánea*.

No es novela, no es libro de texto, es una obra de crítica literaria, pero crítica alta, de intelectual superior, de águila que contempla desde las alturas la inmensidad del espacio, sin que le asuste la distancia que la separa del suelo, ni deslumbren sus pupilas los rayos del sol.

Alma contemporánea, como su título indica, es una crítica del arte moderno, un estudio de los deseos, de las ansias que agitan á la juventud literaria de los viejos países para alcanzar el ideal.

En otra crónica, con más tiempo y más espacio, me volveré á ocupar de ello.

Hoy por hoy básteles á ustedes saber que es el libro de estética de más trascendencia que se ha publicado en español en estos últimos años y que su principal mérito consiste en revelarlos un hombre que ha de ser, seguramente, gloria de las letras y orgullo de la patria.

Porque como dice Clarín en *El Imparcial*, Llanas vale más, muchísimo más todavía que su libro.

Madrid.—1899.

PEDRO MATA.



UN MATAPALO DEL ENCANTADO

mo lo fue la anterior, como lo fue la penúltima, como lo han sido todas. Mala porque nuestros pintores—duro es decirlo—carecen de ideas, no son más que dibujantes y coloristas.

Hacer una mancha, producir un efecto, hé aquí á lo que se reducen sus aspiraciones: valentía en los rasgos, verdad en el color, se acabó. Para ellos el asunto es lo de menos. Se les ha metido en la cabeza que para crear una obra de arte basta con saber dibujo y colorido, con copiar exactamente un pedazo de la naturaleza y no hay quien los convenza de lo contrario. Y no es esto, nó, no es esto. Para hacer una obra de arte no basta con copiar la naturaleza, no basta mirarla, es preciso verla, sentirla y al trasladarla al lienzo, darle un sello de personalidad, algo de vida. Dios con ser Dios, cuando creó al hombre le dio un pedazo de su propia alma. Una puesta de sol, un efecto de luna, una marina, un campo de trigo que brilla como el oro á los ardientes rayos de un sol de junio son cosas muy bonitas, preciosas, pero que nada expresan. Como me decía el otro día un amigo mío, el pintor es hoy un filósofo que hace argumentos con colores como el novelista lo hace con capítulos y el músico con notas. Hoy el público

SAFO

A FELIPE TEJERA.

Misera Safo, del Amor esclava,
Triste suspiras. El Destino fiero
Dicta á tus ansias sus sentencias rudas;
Sufres y cantas.

Buscas de Venus las caricias suaves,
Llamas á Eros, y los dos, esquivos,
Sordos se muestran á tu ardiente ruego.
¡Cuánta tortura!

Verdes manzanos su frescor te ofrecen,
Límpidas aguas murmurando corren;
Duermes en tanto: con la linda Venus
Sueñas y ríes;

Roja manzana que derriba el viento
Cae á tus plantas; te despiertas, miras,
Miras en torno... tus recuerdos vuelven...
Sufres y lloras.

Pides al niño que á la hermosa Pafia
Sirve galante con el cinto de oro,
Trence coronas á tus crespos rizos:
¿Oye tu ruego?

Quieres que lejos las tristezas huyan,
Tornen los dulces, apacibles días:
Vano tu empeño, las tristezas hondas
Nunca; ay! se alejan.

Amas, suspiras por Faón querido,
Vuelves los ojos al barquero amado,
Pulsas la lira con ebúrneo plectro
Y él te desdeña.

Ruges ¡oh Safo! con tremendas iras,
Todas tus flores el Destino aleve
Troncha sañudo, ¡pues la muerte venga!
Leucade aguarda!

Subes tranquila la empinada roca,
Lágrimas riegan tus mejillas mustias,
Ultimo canto tu dolor envía,
Rauda te lanzas.....

Misera Safo, del Amor cautiva,
Víctima yaces en el glauco abismo,
Cubre tu cuerpo de marina espuma
Tenue sudario.

Safo, la Musa que inspiró tus versos,
Entre aureolas de fulgente lumbre
Desde la espuma de la mar de Jonia
Sube al Olimpo.

J. M. GALINDEZ.

Caracas: 1899.

HISPANIA

AL INSIGNE POETA DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE

Hay un pueblo de Europa, en los confines,
Donde es el clima dulce, azul el cielo,
Ardiente el sol, sus hembras serafines,
Generosa la vid, dorado el suelo.

Tubalcain el hierro en sus entrañas,
Signo de guerra y de labor, esconde,
Y al pico con que hiere sus montañas
Natura metálfera responde.

En la mesa central los celtiberos
Levantaron su tienda peregrina,
Y poblaron, más cultos que guerreros,
Los pelasgos la costa levantina.

Al Norte, raza que al fundar su oriente
La torva noche de los tiempos crea,
Y al último remate de Occidente
La progenie de Venus Astartea.

Hércules rompe el tresdoblad muro
Y dos mares lo arrullan á deseo,
Y á disponerle perenal seguro
Gerión levanta el arduo Pirineo.

Y esa raza que anuncia un gran destino
Si la vence la espada del romano,
Perece como el duro numantino
O muere como Séneca y Lucano.

El godo se extendió por su llanura
Roto el dogal del ominoso Tibre,
Y el régulo vistiendo la armadura
Alza la frente y se apellida libre.

Vencedor, á su vez queda vencido
El moro entre sus cármenes risueños,
Y alcázares dejó, viento tejido,
Trenzado por los silfos y los sueños.

Fue su misión la integridad del mundo.....
Cubra un velo esta página gloriosa;
Hoy nos proclama un pueblo moribundo
La ambición de una raza poderosa.

Cáliz de hiel y de vergüenza apura;
Ingratitud sus hechos galardona;
Se rasga su inconsútil vestidura;
Con irrisorio manto se corona.

¿Doblamos la cerviz en la ceniza?
¿Cuanto ayer nos contaron fue leyenda?
¿Ante el estrago y sanguinosa riza
No hay ya vestal que nuestra llama encienda?

¿Será verdad que una nación florece,
Se alza y rendida al peso de su fruto
A otras deja lugar y desvanece
Su contorno entre lágrimas y luto?

¿Cuántas veces gimiendo el vil ultraje
De ladrones de mar en tu camino,
Con regiones de idéntico linaje
Soñó el deseo el anfitrión latino!

No es eterno el dolor: plácida aurora
En breve nuestros campos abonanza:
Surja entre nublitos la patria llora,
Sueño de los despiertos, la esperanza.

Madre inmortal de jóvenes naciones,
Morir no puedes: las que fueron antes
Preesas de tus inclitos blasones,
A ti vendrán en lengua de Cervantes.

A ti vendrán, y el dios del caduceo
El rumbo trace á las nadantes proras,
No en són de guerra y militar trofeo,
Mas en pos de las artes bienhechoras.

Encauza el río que infecundo crece;
Desbrava el campo y la olvidada tierra,
Y á los ojos atónitos ofrece
Los mil tesoros que tu seno encierra.

Y en la dura lección que da la historia
No acudas á la puente de Mantible,
Ni sueñes con la adarga y con la gloria;
Hoy sólo un pueblo rico es invencible.

¡Oh brazos á la industria arrebatados,
Al buey paciente y la labor amiga:
Cuál os esperan yertos los arados,
La hoz tomada y la ondulante espiga!

Hijos del Norte y de Levante, hermanos,
Dad tregua á los domésticos rencores,
Cuando hiperbóreos cuervos inhumanos
Codician nuestros fértiles alcores.

Que la patria..... la patria..... no es la alta lea:
Es el amor, que al corazón inflama,
Es el cielo y la luz que nos rodea,
Es la oración que á nuestros labios llama.

Es la historia del mártir y del sabio,
Es la sangre marcial que abona el suelo,
Es el dolor del extranjero agravio,
Es la inviolada tumba del abuelo.

Levanta el corazón. Al viento flote
Tu enseña, oh patria, en la sublime cumbre,
Que no hay poder que tu constancia agote
Y eterno un sol de libertad te alumbré.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

LA VEJEZ DE ANACREONTE

La tarde coronábale de rosas,
Sus dulces versos, en divino coro,
Se iban flotando como polen de oro
Sobre alas de invisibles mariposas.

Componían los mimos suaves glosas,
Mujía blandamente el mar sonoro,
Como si fuera un descornado toro
Unido á la cuadrada de las diosas.

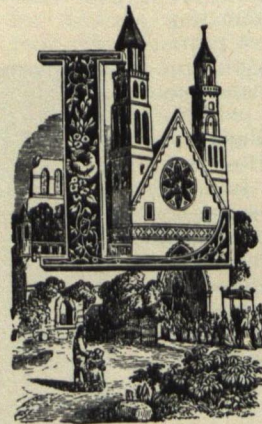
Y más rosas llovieron; y la frente
Del poeta, inclinóse dulcemente,
Y un calor juvenil flotó en sus venas;

Sintió llenos de flores los cabellos.
Las temblorosas manos hundió en ellos.....
Y en vez de rosas encontró azucenas.

LEOPOLDO LUGONES.

CRONICA CIENTÍFICA

EXPLORACIONES ÁRTICAS



A historia de las exploraciones árticas, tan abundante en rasgos de valor heroico, se ha enriquecido con uno más cuya audacia sobrepasa los límites ordinarios de las fuerzas humanas.

Impulsado por el amor á la ciencia un hombre se ha atrevido á aventurarse con el temible desierto de los hielos polares; luchando á cada instante con los múltiples peligros que constantemente se presentan por las convulsiones gigantescas de las montañas de hielo.

Arrastrado al azar de los vientos y de las corrientes á través de esas mortales soledades, soportando frios de 40 grados bajo el tenue abrigo de una tienda, alimentándose únicamente con osos y focas y hasta con carne de perros, cuando la caza faltaba, ese hombre ha pasado bajo la nieve, lo mismo que un Esquimal, el terrible invierno de la zona polar, diez meses de frío y nieve y cuatro de obscuridad completa.

Este héroe es Fritjof Nansen, el explorador noruego aclamado en París hace dos años.

En su tipo físico, alto, bien desarrollado, de ojos azules, profundos, á la vez dulces y enérgicos, se adivina no sólo el hombre de acción, emprendedor y audaz, sino una personalidad interesante y simpática hasta el más alto grado, tipo de hombre característico, que, como se ha dicho, *hace honor al hombre*.

Nansen será siempre un espécimen raro de la especie humana, notable por la armoniosa reunión de cualidades que generalmente se excluyen. Es un atleta, amigo del sport y al mismo tiempo un sabio, un investigador; enérgico y suave, es al mismo tiempo, un naturalista que estudia el sistema nervioso de los animales, y un artista enamorado de la literatura y de la pintura modernas.

Durante su permanencia en París, el tiempo que las recepciones oficiales le dejaban libre, lo dedicaba á la contemplación en el Luxemburgo de las obras maestras de la escuela actual.

Una fuerza física extraordinaria y una inteligencia precisa y vivaz, ávida de todas las manifestaciones del espíritu humano, tales son los rasgos característicos de Nansen; y es precisamente á esta doble potencia corporal y cerebral que son debidos sus grandes éxitos.

La concepción de sus planes de exploración á Groenlandia y al Polo es muy genial; pero todos estos proyectos se habrían vuelto humo si él no hubiera tenido la fortaleza de realizarlos.

Desde su primera infancia Nansen demostró gran afición por la vida al aire libre, por los ejercicios violentos.

Su familia vivía á algunos kilómetros de Kristiania y ya á los cinco años corría por el campo con toda libertad, pescaba, se bañaba en el mar, se ejercitaba en el remo. En lugar de quedarse en casa mima do por los cuidados maternos se le dejaba en completa libertad, que él mismo se cuidara y tomara sus precauciones, realizaba, en fin, el principio educacionista de Spencer: "La única disciplina saludable es la experiencia de las consecuencias buenas ó malas que se derivan de nuestros actos."

El ejercicio predilecto de Nansen en invierno era la patinación con ski, patines de madera largos y angostos con que recorren los noruegos, con rapidez vertiginosa, sus grandes llanuras heladas.

Sumidos en la nieve cuatro ó cinco meses en el Sur y siete ú ocho en el Norte, los noruegos sin estos patines, se verían confinados en sus casas. En las regiones montañosas, durante gran parte del año sería imposible, de otro modo, salir de las habitaciones; así todo niño desde que comienza á caminar, puede decirse, aprende á usar el ski. Poseer un par de éstos y ser un gran patinador es el sueño dorado de todo chicuelo en Noruega.

Había cerca de la casa paterna una colina muy escarpada, cuyo descenso le había sido prohibido; pero en Noruega, como en todos los países, lo prohibido es lo que más provoca, y el chico comenzó

haciendo ensayos tímidos; bajó por la pendiente menos rápida; la tentativa tuvo éxito y el éxito aumentó la audacia. Sube entonces el vértice de la colina y se deja deslizar. Arrastrado por el declive el

ningún grado de la enseñanza la prisión del internado que hace de nosotros intelectuales incapaces de todo esfuerzo físico.

Los establecimientos de instrucción primaria y secundaria no admiten sino externos; y para regresar del colegio á la casa hay que caminar, generalmente, un largo trayecto.

El futuro explorador del polo no dejó en su colegio fama de muy estudioso; era desde entonces enemigo de la rutina y de espíritu muy independiente. Los problemas de aritmética que se le proponían los resolvía por el álgebra, que todavía no le habían enseñado. Fácil es adivinar que la patinación, la pesca, la caza absorbían la mayor parte del tiempo de ese escolar.

A medida que avanzaba en edad y se hacía más vigoroso, ensanchaba el círculo de sus excursiones: un año escaló las montañas heladas de la Noruega occidental;

otro recorrió, en tren de cacería, las altiplanicies y las selvas en busca de lagopodos. En estas excursiones fatigaba siempre á sus compañeros, él no conocía ni privaciones ni fatigas.

Esta vida libre excitó naturalmente en Nansen una ardiente curiosidad por la naturaleza y los seres que la pueblan; y una vez terminados brillantemente sus estudios clásicos, una vocación irresistible lo impulsó al estudio de la zoología. Antes de decidirse resolvió consultar sobre este asunto al profesor Collet, uno



EL RIO GUAIRE CERCA DEL ENCANTADO

desgraciado niño va de bote en bote, hasta enterrarse profundamente en la nieve.

Sus compañeros lo creen muerto, ó gravemente herido, pero inesperadamente el chico sacude la nieve que lo cubre, recupera los patines y recommienza la experiencia.

En Noruega, el régimen escolar no contraría el desarrollo físico del niño, privándole del aire libre en momentos en que el organismo más lo necesita. En este país práctico y sensato no existe en

de los veterinarios más notables de Europa.

No es difícil suponer la respuesta que recibiría de un maestro de la ciencia francesa: "Trabaja en un laboratorio; séguelos cursos, y presenta los exámenes del doctorado."

Y después de haber consagrado años enteros al estudio, nuestro hombre saldrá de allí zoológico graduado, habiendo sólo visto los animales en los aquariums y en las colecciones de los museos.

En Noruega el estudio de la historia natural se comprende bajo un espíritu más amplio y racional.

"Queréis consagraros a la zoología, decía a Nansen el profesor Collet, pues, partid inmediatamente para la costa oriental de Groenlandia.

En esa región nuestros balleneros cazan una especie de foca muy interesante y poco conocida todavía; embarcaos en uno de esos balleneros y estudiad esos animales en su medio de elección."

En Noruega el laboratorio es un medio y no un fin; sirve para preparar y completar los estudios hechos sobre el terreno.

Esta expedición decidió de la verdadera vocación de Nansen.

Durante veinticuatro días el navío aprisionado por los hielos, derivaba al oriente de la costa de Groenlandia. "Con mucha frecuencia, escribe él, subía al tope de los mástiles, á contemplar la Groenlandia; aquella tierra desconocida me atraía; su sola vista me entusiasmaba, y desde entonces hice el propósito de desembarcar en esa costa, que tantos marinos habían tratado de alcanzar en vano."

Este primer viaje, cuyas consecuencias debían ser tan fecundas data de 1881.

Absorbido después en estudios profundos de historia no pudo Nansen sino siete años más tarde poner en práctica su proyecto de exploración de la Groenlandia.

El plan del audaz noruego era desembarcar en esa tierra ártica, atravesar á pie el enorme banco de hielo, que impide durante todo el año el acceso á los buques; y recorrer entonces con patines la inmensa sabana de hielo del interior.

La acogida que recibió de los geógrafos que pasaban por más competentes no le fue favorable; pero Nansen no era hombre que se dejara intimidar por malos augurios.

Como todos los espíritus verdaderamente libres é inteligentes, marchó recto á su fin, sin prestar atención á la autoridad de sus contradictores. Estaba seguro de su experiencia, y sus cinco compañeros, cuidadosamente escogidos, estaban endurecidos en la fatiga y eran capaces de un esfuerzo físico mucho más poderoso que el de la mayor parte de sus predecesores que habían intentado análogas empresas sin entusiasmo y fe suficientes.

En la exploración como en la guerra no basta sólo el valor; éste puede llegar á ser casi inútil sin una preparación larga y minuciosa.

Si Nansen, en sus exploraciones polares, ha logrado tan brillantes resultados, ha sido porque además de que su plan estaba juiciosamente concebido, había preparado metódicamente sus medios de acción.

En esta obra aparentemente secundaria su inteligencia se reveló notablemente, por su profundidad y variedad. Tuvo la intención de que para vencer los hielos polares, el explorador debe adoptar los medios de transporte y de existencia de las tribus árticas, perfeccionándolas y aplicando á las invenciones de estos primitivos los descubrimientos de la ciencia moderna.

Y no se limita á hacer planos y dictar órdenes á los fabricantes sino que él mismo es obrero tan hábil como ingenioso inventor; vigila y atiende á todos los más pequeños detalles con el conocimiento de un práctico experimentado.

"El éxito de una expedición ártica depende en gran parte de la calidad de su equipaje, dice Nansen. La ruptura de un clavo ó de una correa puede producir los accidentes más terribles."

Si se trata de las provisiones de boca, las hace analizar para escoger las más nutritivas bajo el más pequeño volumen y procede en seguida á su embalaje, operación aparentemente sin importancia pero que él mismo hace; ha hecho la observación en apariencia vulgar de que el agua moja y que los viveres una vez mojados ya no sirven. Las provisiones deben, pues, encerrarse en cajas soldadas livianas á la vez que sólidas para ser transportadas fácilmente y soportar, sin temor de averías, los choques inevitables. Además, estas cajas deben abrirse y cerrarse con facilidad, porque en los fríos de 30° y 40° las manos adormecidas y cubiertas de gruesos guantes no permiten ejecutar maniobras complicadas.

Preparado y combinado ya el material falta algo por hacer; los objetos que en la casa ó en el buque parecen de una gran utilidad práctica, son á menudo inútiles en el terreno. Una vez en marcha el menor inconveniente produce serios trastornos y una tarde Nansen con todo su personal se dirige á las cercanías de Kristiania. Levantan su tienda y pasan allí la noche, bajo el único y débil abrigo que tendrán contra el viento glacial del polo.

Esta experiencia reveló algunos inconvenientes en el equipo, los cuales fue posible remediar; y cuando los valientes viajeros abandonaron la Noruega su material llenaba todas las necesidades.

La travesía por los hielos de Groenlandia duró cuarenta días, del 15 de agosto al 24 de setiembre; durante este período la temperatura llegó á 45° bajo cero, y á cada instante terribles tempestades de nieve ponían en peligro la vida de los viajeros.

En semejantes circunstancias el más pequeño inconveniente habría producido la pérdida de la expedición; un botón mal pegado habría hecho inútil la energía de Nansen.

En junio de 1899 los exploradores regresaron triunfantes á Kristiania y dos meses después Nansen se casaba.

Ya desde su retorno de Groenlandia meditaba Nansen un viaje mucho más peligroso y osado que el que acababa de realizar; intentaba ir al polo. Estaría dos años, tres á lo sumo, pero esta perspectiva de ausencia no era cosa de afligir á un noruego como Nansen.

Confundiéndose en la energía de su esposo, la joven esposa estaba de antemano segura de su victoria final; y pacientemente

le lo esperaba persuadida de que mientras más tardío fuera el regreso, más completo sería el triunfo.

El amor le daba la intuición del destino glorioso del hombre á quien había asociado su vida.

Durante los años que siguieron á su matrimonio Nansen desplegó una actividad prodigiosa.

Publicó el relato de su expedición á Groenlandia donde reveló una personalidad literaria muy distinguida, preparaba al mismo tiempo su expedición al polo, seguía sus experiencias científicas de laboratorio y recorría la Europa para interesar al mundo sabio en su proyecto de viaje; todos estos trabajos tan variados y diversos llevaba, al mismo tiempo que meditaba la construcción del *Fram*, el navío que debía conducirlo á través de los hielos, y hacía construir una casa en los alrededores de Kristiania, en medio de los bosques donde había visto su juventud.

Con qué amor vigilaba y dirigía la construcción de esa casa que sería durante su larga ausencia la habitación de la mujer amada, que había tenido el valor de asociar su vida á la suya.

En mayo de 1890 la casa estaba terminada; un lindo chalet de madera, de estilo escandinavo, original y pintoresco, adornado con todos los recuerdos de su brillante vida de explorador.

Terminada esta obra Nansen emprendió la preparación de su viaje al polo; trabajo incesante, actividad de espíritu de todos los instantes.

En invierno, por vía de descanso, recorre en patines, acompañado de su mujer, las montañas; su mujer bajo su dirección se ha convertido en hábil patinadora.

No descansa un minuto, mantiene siempre en una armonía perfecta las labores y los ejercicios físicos.

El nuevo triunfo alcanzado por este célebre noruego es una prueba más de las cualidades de su espíritu y del vigor de su temperamento.

Para alcanzar el polo imaginó un plan completamente nuevo; estudió silenciosamente durante años las condiciones hidrográficas del océano ártico, y una vez demostrada y confirmada por una serie de hechos la hipótesis inicial, puso en práctica la obra.

Para luchar contra las nieves, inventó un buque de un tipo nuevo comandado por el capitán Sverdrup, su antiguo compañero en Groenlandia, y para las excursiones en los bancos de hielo una embarcación de forma especial.

Todas las expediciones anteriores que habían ensayado ascender hacia el Norte avanzando á pie sobre el hielo llevaban arrastradas detrás de sí botes y canoas pesadas; y las dificultades de transporte de estas pesadas embarcaciones han sido una de las causas principales del fracaso de estas tentativas, pues no es posible renunciar del todo á estas embarcaciones.

Nansen, con su maravillosa sagacidad resolvió el problema.

Durante su permanencia en Groenlandia, dado siempre á todos los ejercicios físicos, había aprendido á manejar el *kogak*, una ligera embarcación de piel de foca en el cual persiguen los indígenas los anfibios de que se nutren.

Idmediatamente comprendió el partido que podía sacarse de esta embarcación en



VISTA DE MACURO

una tentativa hacia el polo. Liviana como una pluma los groenlandeses la trasportan en la cabeza, y perfectamente adecuada á su uso, el kagak podía reemplazar ventajosamente las pesadas embarcaciones que con tanto trabajo habían arrasado sobre los hielos las expediciones anteriores.

Para ello sólo bastaban algunas modificaciones de detalles, para poder trasportar provisiones.

Esta adaptación del kagak groenlandés á las exploraciones polares es quizás uno de los hechos que ponen más en evidencia la inteligencia práctica de Nansen.

El ingenio y la previsión, tales son en su más alto grado los rasgos distintivos de Nansen; y estas cualidades de espíritu, servidas por una energía indomable es lo que le ha permitido vencer.

Su triunfo es la victoria de la inteligencia humana sobre las fuerzas más brutales de la naturaleza.

Nansen es un nuevo ejemplo de la superioridad á que puede elevarse el hombre cuando une, en perfecta armonía al espíritu más cultivado, el desarrollo físico de su inteligencia.

Mens sana in corpore sano.

ELÍAS TORO.

LA RISA DE CARMEN

I

Pepe-Angel, pilluelo andrajoso, creció, en la *torada* del duque de Remira.

Algunos ganaderos lo encontraron una tarde vagando por el camino real sin rumbo y sin asilo: era un huérfano abandonado. Su semblante hermoso é inteligente apiadó el corazón de los caporales que lo confiaron á los vaqueros de la *ganadería*. En medio de estos hombres incultos pero buenos vivió Pepe-Angel, alegrando el recinto con su risa y con sus travesuras.

Todos lo amaban: lo habían adoptado por hijo y se desvivían por nivelar su simplicidad con la del chiquillo, acompañándolo en sus pueriles é inconstantes juegos. Se observó, con todo, que el mayor placer de Pepe-Angel consistía en afrontar candidamente la terrible vecindad de las reses. En ocasiones se escapaba á través de las dehesas hacia las fértiles praderas donde pastaban los bravíos animales, empuñándose, ora solo, ya al abrigo de dos enormes y pacientes *cabestros*, en dirigir hacia el corral los toros alzados que vagabundeaban en la sabana. De lejos, pastores armados de largas picas, vigila-

ban los peligrosos juegos del galopín que también se divertía en impacientar á las bestias agarrándoles el hocico, halándoles los cuernos ó pasándoles por la piel su manecita regordeta.

Los toros asombrados lo dejaban acercarse y soportaban pacientemente sus caricias, mirándolo con sus grandes y penetrantes ojos.

Era un verdadero dominio el que ejercía Pepe-Angel sobre los indómitos animales.

Los guardianes de la *torada* se reían de sus tranquilas audacias.

Cuando el huérfano cumplió trece años le dieron una plaza de rabadán, de lo cual se mostró muy satisfecho. Había permanecido pequeño pero hermoso, la tez fina y sonrosada como la de una doncella, los ojos picarescos y seductores, el andar elegante de los andaluces, que ponen siempre un poco de gracia amable en la tosquedad del vestido.

El afecto de sus protectores se cambió en cariñoso compañerismo: lo iniciaron en los secretos de su difícil profesión enseñándole á manejar la muleta y á dirigir el lazo, conocimientos necesarios en los casos extremos, cuando había que luchar con animales demasiados fogosos.

Algunas veces el mayoral—maestro vaquero—lo llevaba á las *corridas* montado

á la grupa, precediendo las reses conducidas al circo entre la doble hilera de *cabestros*. Pepe-Angel se entusiasmaba con el espectáculo y permanecía cerca de los lidiadores, ingenuamente sanguinario, preparada su alma por largo atavismo a la emoción entusiasta de la arena.

II

Fue en una corrida de toros en Sevilla donde Pepe-Angel vio por primera vez á la hija del dueño de la ganadería, á la Duquesita como la llamaban. Tenía diez y ocho años como él y su belleza era reputada de las más distinguidas en la tierra andaluza donde son innumerables los tipos del encanto femenino. Cuando Pepe-Angel la conoció, las Duquesitas con el busto fuera del palco, el abanico roto á fuerza de aplaudir, sin cuidarse de las miradas que la acariciaban ni de la multitud escalonada en la galería, concentraba toda su atención en el torero que lucía sobre la arena el esplendor triunfante de su vestido, de su valor y de su victoria.

¿Por qué la malvada fatalidad se complacía en hacer verdadero y terrible el amor profesado por el infimo gusano de la tierra á la serena é inaccesible estrella?

Pepe-Angel quedó enamorado de la Duquesita sin tener conciencia de su pasión, pero con la intensidad con que se enamoran los de su patria: con el fervor de un devoto. El, cuyo corazón se había entregado hasta entonces á los delirios de la *corrida*, permanecía, cuando la encontraba en el circo, indiferente á toda otra cosa, anonadado en el éxtasis de la visión, temblando en lo más íntimo de su sér al verla sonreír ante la *dedicatoria de la muerte*.

¡Oh sér bastante afortunado para ir hacia el monstruo, vencerlo, y recibir junto con las ovaciones de la multitud el entusiasmo y la sonrisa inefable de la bien amada!

Pepe-Angel se afligía al confesarse razonablemente la vanidad de su quimera... ¿Corresponderle la Duquesita?... ¡Amarga irrisión!...

Sin embargo en medio de sus locos ensueños, de las rosas marchitas de sus ilusiones, de la esperanza lo arrullaba. ¿Pastores tan oscuros como él durante la infancia no habían conocido la gloria de los triunfos y recogido abundante cosecha de laureles, de flores y de sonrisas? ¿No estaban comprobadas las leyendas de aquellos humildes que alcanzaron con su valor las caricias de las bellas? El pobre enamorado comprendía la purpurina flor de su ilusión en los negros cabellos de su amada, cuya imagen estaba presente en sus desesperaciones y en sus ensueños.

III

El duque de Remira dio, según el uso, solemnes fiestas con ocasión del *herradero*: se denomina así la operación de marcar en las ancas los toros jóvenes reconocidos aptos para las corridas.

De muchas leguas á la redonda concurrieron los pobres para beneficiarse con las liberalidades del rico criador. La aristocracia tauromáquica estaba representada por los más notables partidarios de esta solemnidad, donde se juegan los productos del porvenir y se da libre curso á la fantasía andaluza.

Durante muchos días hubo cacerías, cabalgatas á través de los campos y magníficas comidas; para festejar las maravillosas

noches de la tierra de María Santísima organizáronse espléndidos bailes en los bosques perfumados, con luminarias á giorno, donde al sonido de las guitarras y de los bandolines parejas vestidas con caprichosos trajes se entregaban á los voluptuosos movimientos de las danzas regionales.

Los días del *herradero* mortificaron profundamente á Pepe-Angel, que apenas pudo entrever á la Duquesita. ¿La cazadora de dieciocho años que arrastraba tras el galope de su *pura sangre* los homenajes apasionados de los más gallardos y ricos invitados; la danzante perdida entre los molinos del baile en los brazos de sus adoradores, que no osaban elevar hasta ella sus plegarias, iba á fijarse en él ni á concederle una sonrisa?

Se verificaron los ejercicios para probar los toros que tendrían el honor de ser marcados; pero los asistentes se fijaban más en las condiciones del animal que en los peligros que corría el domador: como no asistían mujeres al *herradero*, la destreza de Pepe-Angel no obtuvo ni un aplauso de la selecta concurrencia.

¡El joven pastor estaba infinitamente triste!

El último día de los regocijos, y para clausurarlos dignamente, el Duque tuvo una idea original: organizó *in promptu* una corrida privada. Los pastores acostumbrados á manejar la garrocha serían los picadores; los banderilleros se encontrarían con facilidad entre los jóvenes y listos empleados de la vacada; la espada se confiaría al que tuviese el valor de asumir la soberbia faena de estoquear al toro.

El pensamiento del anfitrión fue acogido con trasporte por los comensales y se distribuyeron los vestidos.

A medio día el improvisado circo se llenó de caballeros adornados con anchos fieltros y de damas engalanadas según la pintoresca moda del país.

Saltó á la arena un toro negro, sanguíneo, corniabierto: uno de los más formidables productos de la *torada*.

La concurrencia guardó silencio ante la posibilidad de alguna dramática sorpresa.

En la primera línea del estrado estaba la Duquesita coloreada por la emoción, el cuerpo nervioso, agitado, febril.

En algunos minutos la bestia enloquecida por los garrochazos y por el tumulto de los toreros, que le habían dado algunos felices pases, tendió sobre la arena tres caballos destripados y sangrientos.

Pepe-Angel tomó parte en la corrida, se arriesgó á difíciles suertes de capa y plantó con destreza un par de banderillas: se le aplaudió pero sin particular entusiasmo.

Tocaron á muerte.

Pepe-Angel detrás de un escape se abstraía en la contemplación de la Amada.

Un enérgico y vigoroso vaquero avanzó hacia el bruto con la muleta en la izquierda y la espada en la derecha.

El concurso estaba silencioso; la Duquesita seguía con visible ansiedad la faena del incipiente torero.

La roja muleta pasaba de un lado á otro ante los blancos y congestionados ojos del bruto.

Pepe-Angel permanecía como hipnotizado, sintiendo no ser él quien recogiera los aplausos de la Duquesita.

De repente un grito general desgarró el aire: el hombre sorprendido por brusca acometida del toro había sido derribado por una cornada formidable. Los pastores se precipitaron al socorro de su compañero, desviaron la bestia con hábiles maniobras de capa, y una vez el herido fuera del circo se refugiaron en la barrera.

IV

Delante del monstruo cubierto de baba y de espuma, bramando con furia, permaneció un adolescente, casi un niño, débil y hermoso como una doncella, y no obstante enérgico y resuelto ante el afrontado peligro. ¡Era Pepe-Angel!

Sin reflexión, movido por irresistible impulso, confiado en la costumbre de jugar con los toros que había dominado desde su infancia, y con la idea de realizar su ardiente deseo—ser notado por ella—había recogido la muleta y la espada enfrentándose al toro.

Los asistentes miraban estupefactos el conmovedor espectáculo.

Algunos pastores se apercibieron para en caso de necesidad socorrer al chiquillo. Este miró a la Duquesita y electrizado por la sensación de sus ojos entabló deliberadamente su lucha con la fiera que se arrojaba enfurecida sobre la tela purpurada.

Pepe-Angel no perdía su impassibilidad.

Al fin la bestia fatigada, con el hocico pegado en el suelo, la respiración ronca, escarbando la arena, se detuvo frente al domador, con los ojos siempre fijos en la roja muleta. Pepe-Angel estaba á punto de conseguir el triunfo: bastábale forzar la bestia a reunir las piernas delanteras y con una estocada profunda ejecutar el *volapié* que desencadenaría el delirio de la multitud.

Los espectadores no se atrevían á moverse; el estupor era profundo; no se oía sino el resuello sofrenado y furioso del terrible animal.

Llega el instante supremo... Pepe-Angel blande la espada y hiere... Hubo un clamor: el adolescente traicionado por la fuerza de su brazo había caído entre los cuernos del toro, y el monstruo irritado, satisfecho de tener una presa, se encarnizaba sobre el cuerpo, lo pisoteaba, lo hería repetidas veces levantándolo en alto.

Cuando algunos pastores acudieron á separar la fiera, ésta no dejó sobre la arena sino un puntico rojo y palpitante.

En su agonía Pepe-Angel dirigió la mirada hacia la Duquesita, con la esperanza de ver en su rostro un poco de piedad, alguna conmiseración consoladora para él que tanto y tan oscuramente la había amado, hasta morir víctima ignorada de su infinita pasión.

Los tristes y angustiosos ojos del moribundo se tornaron feroces, horribles, á la vista de la Duquesita que reía.

Reía la hermosa con una risa atroz y sacrilega, reía de la temeridad incomprensible del adolescente ansioso de desempeñar un papel superior á sus fuerzas; se mofaba tanto de la derrota cuanto de la loca pretensión.

Insensible á las convulsiones del moribundo reía, reía siempre, con risa interminable.

La risa monstruosa y encantadora de Carmen fue el toque de agonía del desgraciado Pepe-Angel.



GENERAL ANTONIO GUZMAN BLANCO
† el 30 de Julio de 1899

GENERAL ANTONIO GUZMAN BLANCO

El día 30 del próximo mes pasado ha fallecido en París el General Antonio Guzmán Blanco.

Contaba setenta y un años de edad.

Personaje de importancia excepcional en la historia política de Venezuela, la noticia de su muerte ha producido naturalmente profunda sensación pública; y nuestro Gobierno, atento á la elevada posición que el General Guzmán ocupó, como Presidente que fue de nuestra República, más de una vez, y rememorando sus labores oficiales en la administración del país, ha decretado honores especiales á su memoria y dispuesto que su cadáver sea trasladado á Venezuela y sepultado en el Panteón Nacional.

No es ahora la oportunidad para el panegírico ó la reprobación de la obra de Guzmán Blanco, como político, estadista ó reformador. La vida de este personaje está intimamente ligada con la lucha ardiente de los partidos, su labor pública tuvo la varia trascendencia de los triunfos y reveces que todavía conmueven el organismo político del país y afectan el sentimiento de las agrupaciones militantes, circunstancias estas en manera alguna propicias á los serenos fallos de la imparcialidad histórica y al acertado análisis de sucesos por demás complejos para que sean distintamente percibidos bajo la lente de las impresiones contemporáneas.

Dejemos á la posteridad el buril con que ha de grabarse el epitafio justiciero en esa tumba recién abierta.

Damos el pésame á la respetable familia del finado General.

LA MONTAÑA DE ORO

Traducimos á continuación un capítulo de *La Montaña de Oro*, última novela de Jean Rameau, libro lleno de gracia y de ternura, que se anuncia como uno de los triunfos literarios del año.

La escena pasa en el Havre, sobre el muelle, á la hora de la pleamar. M. Renaud de Pemartín parte para Glasgow. Clary Dorion, á quien el ama desde hace largo tiempo sin ser correspondido, lo mira partir y siente su corazón turbado en el momento de la despedida.....

Clary y la señora Dorion se sentaron en un banco para esperar el correo de Glasgow. Cerca de ellas Zote, vigilada por Merina, hace rodar su triciclo sin cuidarse de la gente, del mar, ni de los navíos, puesta toda su atención en el hermoso é inesperado aparato que gira bajo sus pies. De vez en cuando el vestido de Merina roza una de las ruedas y Zote grita:—Véte, déjame sola.

A las seis dadas apareció una vela que avanzó majestuosamente hacia el puerto por entre los otros barcos que á su lado parecían pequeños. El casco de la nave brillaba bajo los rayos del sol poniente como el dorso de gigantesco pez.

Clary se levantó aproximándose al parapeto, conmovida por la blanca aparición.

—Vienes Zete? ¿vienes á ver á tu papá? dijo palideciendo.

Y miraba hacia la embarcación sin distinguir á nadie, porque el navío estaba demasiado lejos y el remolcador que pitaba delante de él para señalarle el camino por entre las barcas pescadoras lo envolvía con su negra humareda.

Poco á poco la cascara aumenta su tamaño,

los mástiles se agrandan y el velero avanza en silencio detrás del apresurado vaporcito que bate el agua con sus ruedas gemelas. Clary pudo distinguir los hombres de á bordo: había una docena entre los cuales vino á M. Pemartín recostado de un mástil. Al verlo suspiró y sus lágrimas corrieron; movió la mano para hacerse conocer y M. Pemartín correspondió al saludo por entre el fondo negro de la arboladura. Clary tembló como si aquel signo amistoso le hubiera destrozado el corazón.

—Hasta luégo, gritó agitando la mano: volved pronto.

El buque pasó lento y pesado, á quince ó veinte metros del muelle, sin que Clary pudiera distinguir gran cosa pues sus ojos estaban empañados por las lágrimas. No obstante cuando el buque se deslizó delante de ella con fantástico silencio creyó ver un nuevo saludo, el gesto de un hombre que se quitaba el sombrero. M. Pemartín enviaba su despedida.

—Zote, ven á ver á papá, repitió desconsolada.

Zote dirigió hacia el buque sus cándidos ojos, y al reconocer á su papá exclamó.

—Mira mi hermoso triciclo.

—Dile que vuelva pronto mi Zote.

—Ven pronto papá para que veas mi triciclo.

El navío se aleja. El sol poniente hiere su casco haciéndolo brillar como una coraza de cobre. En el palo de mesana un pedazo de tela sube y baja; el navío saluda como los pasajeros.

Hasta luégo, repetía Clary paseándose á lo largo del muelle repleto de gente.

El remolcador pita, se balancea al impulso de la marejada y el navío blanco lo sigue estremeciéndose al contacto de las olas.

Clary marchaba la última sin ocuparse de su madre, sin inquietarse por Zote; pasó por sobre el cable para ir hasta la escollera; entre el navío y su corazón había un hilo invisible.

Oh! el bueno de M. Pemartín! No le vería más ahora que lo amaba. Porque era necesario confesar que lo amaba. Una nueva pasión despertaba en su pecho, la única que quizás merecía este nombre puesto que era debida á la bondad, al mérito, al carácter, á la belleza interior, mientras que la otra sólo fue producto de la hermosura exterior.

Si pudiera volver atrás, si le fuera dado ver de nuevo á M. Pemartín; cómo le confesaría que lo amaba! Con todo, él partía y partía desesperado.

Hasta luégo, exclamaba ella agitando su pañuelo.

El no podía oírla. El navío ya lejos había virado á la derecha, hacia el poniente, sobre la mar verde luminada de oro. Clary lo veía partir con los ojos tristes, la espalda vuelta á Zote en quien no pensaba más. La señora Dorion levantó el cuello del vestido á la niña, porque el viento comenzaba á refrescar.

—¿Nos vamos? dijo ella á su hija.

—Clary quería permanecer en el muelle hasta que el navío desapareciera por completo. Aún se le veía á lo lejos, cada vez más pequeño, cada vez más vaporoso bajo el deslumbramiento del poniente. El humo del remolcador no era ya sino un rasgo negro sobre el azul purísimo del éter. Clary miraba sin cesar, con obstinada fijeza, la vela que se perdía en el horizonte, sin sentir el viento que arrojaba del muelle á los otros pasajeros, sin mirar los barcos que entraban y salían haciendo cantar sus sirenas. Toda su atención se concentraba en el hermoso navío, unido su espíritu con apretados lazos.

El barco querido parecía hundirse en el rabioso sol; detrás de él la mar se estremecía como un pecho emocionado.

El sol baja lentamente sobre las frágiles barcas, tona el color encarnado, pasa á rojo,

roza el agua resplandeciente mientras la silueta del navío se asemeja á una mecha encendida entre el globo de fuego que parece atraerlo hacia su boca bermeja. Por un instante parece que luchan la embarcación y el monstruo; después, entre una columna de vapor, desaparecen sol y navío en el silencio misterioso del crepúsculo.

JEAN RAMEAU.

EL TITAN

Bajo la cascada profunda, cerca del puente del Arco, donde el río se precipita desde lo alto de la montaña con toda su fuerza y en toda su majestad, ha establecido el Titán su morada. Joven, si en la tarde te paseas sola por esos parajes y oyes los sonidos extraños y salvajes del arpa de oro, di que es el Titán quien canta sus quejas en la ola mugidora y evita si puedes, oír esas notas porque sería fatal para tí escuchar lo que dice.

Cuando el viento de otoño se hace sentir frío y húmedo y la lluvia matiza de perlas las hojas de los árboles, cuando el huracán sopla con fuerza y se apagan las estrellas, oírás escaparse del arpa de oro mágicos sonidos entremezclados con risas bulliciosas y acentos fascinadores. Es el Titán que canta sus quejas en la ola mugidora..... Por Dios, hermosa niña, sálvate si puedes, que el eco misterioso de esta voz te perseguirá sin descanso!

En las noches hermosas de primavera cuando la atmósfera se embalsama con el aliento de los álamos, cuando el zarzal deja oír su grito y en el silencio profundo de la tarde comienzan á encenderse las estrellas, sube de lo profundo de la cascada una voz temblorosa y los sonidos del arpa de oro se dejan oír tristes y lamentables. Es él, el Titán que murmura su queja en la ola mugidora. El canta su dolor á las benéficas estrellas, el sufre, el sabe que jamás alcanzará los cielos!

CARLOS ARBAN.

PASION

De julio los besos sonoros ruedan por los campos en ondas calientes de líquidos oros.

Los trigos llamean y á trechos el rubio vaivén de sus olas salpica la mancha de sangre de las amapolas.

Canta la cigarra; borracha de sol y de uvas sus negros tendones retuerce la parra.

Las elefantinas y verdes orejas el plátano inclina y al través del tronco de la vieja encina con gotas de ámbar llora la resina.

Y las mariposas con trémulo salto que apenas es vuelo, el multicoloro papel de sus alas agitan besando la boca á las rosas bajo los azules venosos del cielo.

Entre la espesura los nidos sisean; como lentejuelas, de los manantiales los chorros chispean y con prolongados trinos musicales los pájaros, ebrios de amor, aletean.

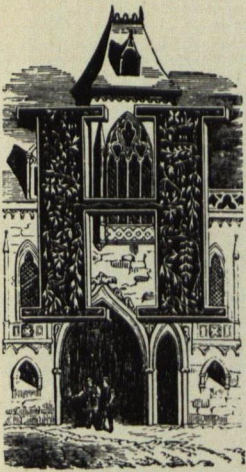
El mar espejeando respira con blandos sollozos de voces humanas y quejas de lira.

De julio los besos sonoros ruedan por los campos en ondas calientes de líquidos oros..

EMILIO BOBADILLA

Francia 1899.

HILARIO MACHADO GUERRA



ACE pocos días se celebró en el Instituto Nacional de Bellas Artes una sesión musical, que no ha podido pasar inadvertida entre los inteligentes que siguen con atención las manifestaciones y adelantos de nuestra juventud en las elevadas esferas de la cultura artística.

Fue un concierto de presentación ante el público de Caracas, del pianista venezolano señor

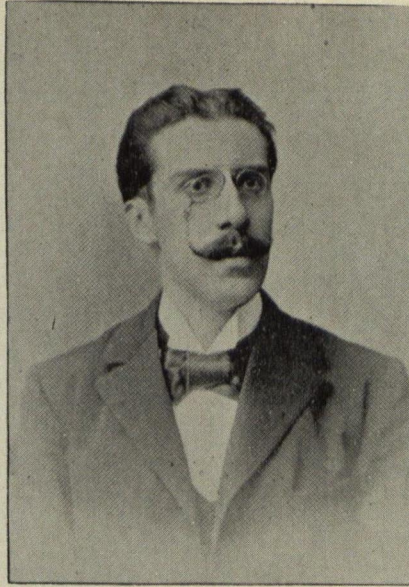
Hilario Machado Guerra, y que éste galantemente dedicó á la prensa periódica de la capital.

El éxito que obtuvo en esta fiesta el joven artista fue completo, y el juicio que desde luego se formó respecto de sus aptitudes musicales y educación en el hermoso arte de los sonidos le fue por extremo favorable. A una voz, y con sentido entusiasmo de los profesores asistentes y de cuantos tuvimos el placer de oír la interpretación de los grandes maestros, con que nos regaló en el clásico instrumento del piano, fue conceptuado como ejecutante sobresaliente, de escogida escuela y dotado con facultades no comunes para las altas concepciones de la música, que ciertamente no son privilegio sino de talentos especiales y peregrinos.

Con esto, el señor Machado Guerra puede avanzar camino del porvenir, en pos y consecución de los envidiables lauros de la fama, que ya tan abundantes se los promete, para gloria suya y grata resonancia de las artes patrias. Contando apenas veinte y cinco años de edad y dotado de tales aptitudes, su carrera es amplia, y por demás halagadora, si en ella persevera al paso triunfal que viene señalando su educación artística.

Comenzó ésta, á la edad de catorce años, en Ciudad Bolívar, lugar de su nacimiento, con la suerte propicia de tener como su primer maestro al reputado profesor señor José Mármol y Muñoz, quien le inició en el estudio del piano y del solfeo, le alentó con sus estímulos y dirigió las revelaciones de sus talentos, que, cuando ya se patentizaron con evidencia, hicieron que los padres del joven resolvieran, en 1886, enviarle á Europa, para que allí, con más favorables circunstancias, se dedicara á cultivar su decidida vocación.

La insigne Clara Schumann, al oírle por primera vez en sus salones de Francfort, pudo asegurarle que sería recibido en el Conservatorio de dicha ciudad, como efectivamente fue así, siguiendo estudios en aquel instituto durante cinco años, con la dirección, principalmente, del profesor Kwast. En 1891 se trasladó á París, donde fue presentado á Diemer y Beriot, profesores de las clases superiores del Conservatorio de aquella capital; pero ocupados á la sazón los puestos reservados para alumnos extranjeros, Diemer lo agregó como auditor, á su clase, poniéndole además bajo la dirección especial del ya para entonces notable y laureado pianista Ed. Risler. Grave dificultad se oponía, pues, á su entrada en el instituto francés, dificultad solamente allanable mediante la renuncia en tierra extraña de su nacionalidad venezolana, y á ello no se conformaron sus sentimientos patrióticos ni la voluntad de sus padres. Hubo de regresar á Venezuela en 1893; y por fin renunciar á su aspiración de cursar en el Conservatorio de París, por impedírselo luego la ley del 94 que fija como máximo la edad de 18 años para



H. MACHADO GUERRA

ser recibido en las clases reglamentarias. Sin embargo, aprovechó útilmente su estadía en París, hasta estos últimos años, estudiando con Marmontel, padre, ex-profesor del Conservatorio y recibiendo especialmente lecciones de armonía, de Theodore Dubois, actual Director del mismo instituto.

Fue en su viaje de 1893 cuando por primera vez se le oyó en Caracas, en un concierto que dio en el teatro Municipal, para ofrecer las primicias de sus conocimientos clásicos á beneficio del Asilo de Huérfanos de esta ciudad.

Ahora, entendemos que sólo permanecerá entre nosotros uno ó dos años, ejerciendo el profesorado, pues que ávido de mayor saber, sus ansias son las de trasladarse nuevamente á Europa para adelantar más y más sus estudios al lado de los grandes maestros del viejo mundo.

TROVADORES Y TROVAS

(NOTAS CRÍTICAS)



ERÉ verídico al decir que la flor de ingenio de Rufino Blanco Fombona ha engendrado en mi ánimo un peregrino deseo. He anhelado convertirme

en mariposa, tornarme abeja, para abismarme en el cáliz odorante. Parece que los elementos constitutivos de una personalidad no siempre se reflejan todos en el arte literario, por lo que no debiera aceptarse en su dogmatismo absoluto este concepto de un filósofo moderno:—La obra artística es la expresión de una individualidad.

Esta idea me ha ocurrido leyendo el libro cuyo título va al frente de estas líneas. Quizás se adscriban á ella los que, conociendo al autor, hayan penetrado su carácter y hundido la mirada en los abismos llameantes de su alma.

La fisonomía psicológica de este noble cultivador del ensueño no aparece en sus primeras páginas completa, sino mutilada. No está toda ella como la de Vargas Vila en *Flor de Fango*, y la de Pedro-Emilio Coll en *Palabras*.

De estar allí su alma toda entera el lector gozaría la espléndida visión de una púrpura columbrada al través de la onda azul de su estilo.

Ni una vez encontraréis la huella de sus bravas pasiones radiantes. *Trovadores y Trovas* no enjaula esas leonas de Numidia, esas panteras de Hircania.

¿Por qué en ese libro no brilla el carácter del escritor?

Imagino que tal inquisición no resultará fútil, porque ese carácter vale tanto y es tan hermoso como esa misma inteligencia.

Hace cosa de pocos años la musa de un gran poeta mexicano viajaba triunfadora por cuantos pueblos de América hablan español. Suyos eran, como lo son todavía, el verbo relampagueante, heroico, empenachado de lirismo, y la inspiración que, por lo ardiente, parece nube preñada de centellas. Esa musa además, en una gloriosa fiesta de notas líricas, habló de la grandeza de Byron y de Hugo, tan amados universalmente. ¿Fue mucho, pues, que todos los pechos palparan al eco de esa musa, y todas las miradas volvieran hacia ella? Yo no vacilo en afirmar que el númen de Díaz Mirón, su fuerza imaginativa, la energía de su dición poética, todo eso obró en la naturaleza impresionable de Blanco Fombona, allá en las primeras mocedades.

Tal afirmación no es gratuita, y mucho menos arbitraria. Atiéndase además, á que entre nuestro joven compatriota y el poeta mexicano existe más de una similitud psicológica. Desde el punto de vista del carácter violento, apasionado y volcánico, esas dos almas son hermanas.

Quiero convencerme de mi aserción, y en tal virtud, echo mano de *Patria*, poema laureado. Sin hacer mérito del tono general de la obra, que por sí sólo sería un excelente dato, abundan allí versos que pregonan la influencia del egregio cantor insurrecto.

Blanco Fombona habla de la *Patria*, y dice:

*Está viril su mano,
aunque el sable de Sucre no blande;
el océano es siempre el océano
ora baje ó ascienda la marea.*

Mas por dicha suya y de las letras nacionales no nació él para áulico en el palacio de los reyes, ó turibulario en el templo de los dioses.

Irse á la cola de ninguna potestad, por prestigiosa que sea, le es imposible. Se lo impiden su temperamento recio, profundamente impulsivo, y su genio díscolo, ambicioso, reñido con el precepto, enemigo de la convención.

Tengo para mí que á raíz de su triunfo poético y por reacción de su naturaleza agresiva, Blanco Fombona echó de ver que por ese camino, á pesar de todo, no llegaría jamás á las serenas y rosadas cimas del Arte.

Y trepar á éstas era en él un deseo impetuoso, tiránico. Ya en la poesía de que no ha mucho hice mérito, puede observarse esa aspiración de su alma.

Obsesionado por aquel anhelo el noble rey mago del ideal, vaga algún tiempo, sin rumbo fijo, en busca de la belleza. Al fin da con ella, y apenas la advierte, corre á su encuentro, gozoso el corazón, en los labios una salutación lisonjera, la mirada radiante por el júbilo, presta las manos á plegarse en dulce y casta adoración.

Trovadores y Trovas es testimonio irrefragable de que ha salido airoso en el intento. Con verdadero deleite he leído este libro, donde la Forma luce manto constelado de pèdrería, y el Ritmo suena su flauta encantada de sonos melodiosos y mágicas notas. Nada de obscuridad y esoterismo verbal en esas páginas, sobre todo en la prosa.

Trabajada con entusiasmo y con amor, en la imaginación primero, sobre el papel después, esa prosa es, á un tiempo, cielo, cristal



MACURO: Fotografía tomada en el acto de poner la primera piedra del faro alegórico (1º de agosto de 1898)

y onda. Prosa ilustre, prosa excelsa, por el prestigio de la hermosura, pedía el mérito clarísimo de los trovadores patricios; y la de Blanco Fombona lo es en grado eminente.

Cautivado por la gracia y la suprema elegancia de estilo tan primoroso, confieso con ingenuidad que he gozado poco leyendo algunos de los versos.

Al paso que *Las Noches* y las *Rimas Galantes* y el *Adiós á los poetas* regalaron mi alma con la emoción estética más sutil, más profunda, más idealmente luminosa, *Bebedores de sangre*, *La cólera del ebrio*, *En el manicomio*, y otras más, dejáronme indiferente y frío. Fuera de la originalidad en los asuntos mi pluma no encuentra en esas rimas nada que sea digno de tu musa, poeta.

¿Dónde en ellas el gusto refinado y exquisito, la fragancia suave y discreta, el gesto aristocrático y gentil? Como para esa musa quiere mi cariño los lirios y las rosas de todos los jardines, he deplorado bastante que negase espacio entre las poesías á *Don Juan* y *Del siglo XVIII*, frescos y lindos poemitas, en los que abunda hasta desbordar cuanto exige al verso modernista la crítica nueva, refinada y sabia.

Pero yo sigo admirando al prosista. Un vocablo donairoso y florido; una frase que aprisiona la sensación como las gemas aprisionan la luz; un período eurítmico, impoluto, ondulante, cual si fuese cabellera de mujer; un estilo, en fin, que sea como cinceladura de

oro, todo eso fascina, y Blanco Fombona es maestro en todas esas cosas. Sus cláusulas,—claros blasones de armiño,—por el hecho de ser nobles, por el hecho de ser puras, por el hecho de ser bellas, son como cisnes que flotarán en la linfa azul del lenguaje.

No siempre que escribimos cuentos, poemas, dramas ó novelas, hacemos obras de historia autobiográfica.

A este respecto ya se hizo la observación de que Shakespeare y Molière han podido escribir, el uno los sentimientos de un Yago, el otro los de un Tartufo, sin haberlos experimentado jamás.

Trovadores y Trovas, hondamente sugestivo, por cuanto cada página revela el entrañable amor del artista á la expresión selecta, á la escritura elegante y rítmica, está muy lejos de ser una *confesión general* del autor.

Falta allí el temperamento, el carácter, el *Yo de la vida*, como escribió el psicólogo. No deploro esto; antes bien lo celebro. Imaginad á este escritor implacablemente sincero, quiero decir, vencido del natural impetuoso y soberbio que tanto lo distingue como hombre, en los afares y luchas de la vida; imaginad esto por un momento, y al punto, como á poder de un conjuro, romperíanse los dulces lazos que nos atan á su ingenio y á la obra de su ingenio. Arrebatado por sus pasiones nativas externaría su intelectualidad y sus impresiones anímicas en una tor-

menta de frases, deslumbrando con la hipóbole. Frente á Martí, por ejemplo, tan solo habría dicho de los tiranos, de la libertad, de los pueblos, de la fraternidad social, de los derechos humanos. Jamás se le habría ocurrido esa página que avalora el volumen, tan delicada, tan bella, presea gloriosa del artista, digna del grande hombre.

Sería entonces Blanco Fombona más elocuente, más brillante si se quiere, pero menos correcto, menos original, menos hábil, en fin, para ennoblecer y hermoear la vieja lengua.

Si queremos explicarnos esta ausencia del carácter individual en la objetivación literaria de nuestro joven autor, precisa ante todo convertir la mirada á su voluntad.

Firme, incontestable y tenaz, esa voluntad resume todas las virtualidades y energías de su temperamento. Asistido eficazmente de ella, Blanco Fombona ha podido sustraer su ingenio á las influencias del medio orgánico, á las sugestiones de la sangre. Antes que á la fuerza intelectual, Rufino Blanco Fombona debe el brillante éxito de hoy á la poderosa fuerza volitiva.

¿Y el propósito de aquella sustracción?

Imponerse á la admiración de propios y extraños, por el esplendor, por la novedad de su arte, así en la idea, como en el afecto y la expresión.

ANTONIO R. ALVAREZ.



MACURO: Embarco de la comisión

EL BANJIR (1)

RELACIÓN JAVANESA

(Del holandés.)

Mirad aquella casita de bambú. ¡Cuánta gente reunida! Karidien, el huésped, hace servir *ketoepah*. También hay *maniessun* y *teboe* y *ayer djahi* y *kwee-kwee* (2) y una multitud de cosas que no tienen nombre, ó cuyo nombre por lo menos, no puedo deciros. Parece que hay fiesta. Obsérvase en el rostro del huésped algo extraordinario. Pero ¿qué significa ese brazo vendado, y de dónde proviene todo el dinero que está sobre aquel *baleh-baleh* (3)? Hay como veinte florines... ¡veinte florines!

Karidien había salido muy temprano aquella mañana; fuera de la aldea encontró un caballo á galope tendido, y desde luego hubo de comprender que no sin motivo corría tan precipitadamente el pobre animal. ¡Cosa extraña! Atravesara también el camino una manada de búfalos con prisa extraordinaria..... Y el día anterior había visto Karidien unas huellas..... ¡Oh! no queda duda! Hay un tigre en las cercanías.

Vuelve Karidien á su casa, pide prestado un fusil al jefe de la aldea, y regresa al lugar donde encontrara el caballo fugitivo; acecha y busca por todas partes..... ¡Ah! por fin escucha un resoplido entre los árboles!

El cazador se detiene con precaución, monta el gatillo de su fusil y espera..... algo se ha movido entre la maleza.....

¿Será del sol naciente esa sombra que se dibuja entre las amarillentas hojas?

Otra vez el movimiento..... tal vez producido por la brisa, ó acaso sea el crugido de una rama seca que se dobla ó se levanta según los cambios de la temperatura.

Karidien apunta. El *sarong* de su mujer estaba empeñado..... y hacía poco tiempo que habían aumentado de quince á veintidós florines el premio ofrecido por la muerte de un tigre! Mas su fusil era antiguo, de los de piedra de chispa y un solo cañón. ¿Estaría en buen estado la piedra y convenientemente sujeta? Sin cambiar de puntería sostiene el cazador su fusil con la mano derecha, deja deslizarse la izquierda hacia atrás, á lo largo del cañón hasta la batería, busca el gatillo, encuentra la piedra é involuntariamente la suelta.....

¡Sí; es en efecto un tigre lo que está allí en acecho, y como si conociese que se halla de-

sarmado su adversario se lanza sobre él.... Karidien le presenta en el acto su inútil arma, pero en vano! Sigue á esto una terrible lucha con el *klewang* (4) de la cual sale vencedor Karidien. Resultó herido en el brazo izquierdo, es cierto, pero aún conservó fuerza suficiente para llamar á su vecino Pasimah, que le ayudase á quitarle la piel al animal.

Encaminóse luego á la oficina del inspector y recibió los veintidós florines ofrecidos. Ya había sobrado motivo para que reinase el regocijo en aquella casita!

Y también estaba

queños, pero contentos, porque ese día habían comido abundantemente!

¡Cuántas muchachas acurrucadas en aquel rincón! Allí la bella Aïssa, que no quería vender frutas en las tierras del inspector por habérselo prohibido Dajik. Y el celoso Dajik estaba también. Y Saleman y Daoud, nombres de reyes! Y Sapilah, que con tanto gusto toca el *gamlang* y el *ankloeng* (5), y también Kerto Widjojo, que esperaba ser escribiente en casa del sub-colector, contando con ese nombramiento para casarse!

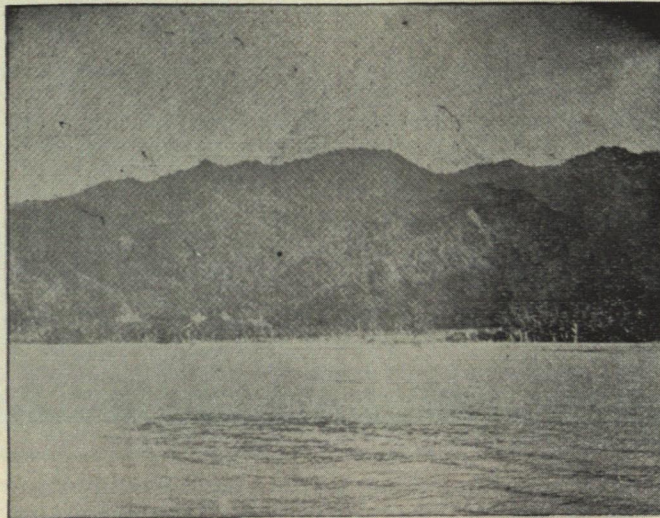
Y la pequeña Sitee, de catorce años, habilitísima en otros casos para acertar enigmas, é incapaz de comprender ahora por qué tardaba tanto el nombramiento de Kerto Widjojo.

¿Quién es aquel muchacho alto que veo por allá?..... Loentar se llama, qué bien le sienta el nombre! Así se designa una especie de palmera del país, más bonita que el coco, pero sin fruto. Loentar se viste mejor que los demás, porque está al servicio del super-numerario del departamento. Ya pudiera mostrarse menos orgulloso, pues que no es ninguna vergüenza para los demás el tener que trabajar en los campos, ni para él tan honorífico ocuparse en pasar la candela cin-

cuenta veces por día para que enciendan un cigarro. ¡Pero en cuanto á montar á caballo, eso sí! No hace mucho tuvo que llevar un paquete de su amo hasta Samarang, Samarang, que queda á veintidós horas de camino, y eso que no es cosa insignificante el Kodiel y la montaña Jamboe, que tenía que atravesar. Pues bien, tan sólo en día y medio estuvo de vuelta..... ¡así se viaja á caballo!

**

Suena el *gamlang* ante la casa de Karidien; óyese pillar el arroz en el fondo; y los invitados en círculo charlan y ríen.



Perspectiva de la rada de Macuro

contenta Amia, la mujer de Karidien, porque creía cambiar pronto de nombre. Después del nacimiento del hijo que esperaba, había de llamarse Embon-Sarie, según la costumbre fina y espiritual que tienen en Java las mujeres del pueblo de adoptar el nombre de su primogénito. ¿No es así, como si la mujer desistiese de todo para ser madre, y nada más que madre, de su primer hijo? Oh, vosotros, los que por interés tratáis de arrojar al javanés de la gran familia humana, ¿pensáis que la madre allí no es madre?

Encontramos entre los invitados á Pa-simah, con Simah su hijito, orgulloso éste por el triunfo de su padre, que había ayudado á quitarle la piel al tigre. Los otros hijos de Pa-simah están también en la casa, casi desnudos los más pe-



Punta de la rada de Macuro donde se ha proyectado la colocación del faro alegórico

Acaso no podremos por eso oír los *pantoens*, lo que sería de lamentarse, porque en ellos hay muchas bellezas!

Semejantes á los proverbios de Salomón, los juegos poéticos que los javaneses celebran en sus hogares, constan de dos partes claramente separadas, siendo la segunda como una deducción ó consecuencia de la primera. Empieza uno de la reunión por cantar un verso; y en seguida responde otro, ó todos alterna-

(1) *Banjir*. Pronúciense Bájfer.(2) *Ketoepah*, arroz envuelto en hojas y cocido de un modo especial. *Maniessan*, dulces. *Teboe*, caña de azúcar. *Ayer djahi*, agua de gengibre. *Kwee-kwee*, pastel.(3) *Baleh-baleh*, banco de bambú.(4) *Klewang*. Espada pequeña y ancha que los indígenas llevan consigo, más bien como hoz que como arma.

(5) Instrumentos de música.



OROCOPICHE: El Pbro. Dr. Nicolás Mennello, entre los indios. — Fotografía de Avril

tivamente contestan á la frase en recitado. En el pequeño círculo, en que he tratado de introducir al lector, representaban el tigre y la historia de aquel día la parte más importante en los cantos de la noche.

“¡Fueres son las garras del señor tigre!” (6)—dijo uno, y muchos contestaron: —“Más fuerte es el *klewang* en la mano del hombre.”

—“Más fuertes son los músculos de mi caballo,” cantó Loentar, recordando su viaje á Samarang.

—“Más fuerte es el poder del *banjir*,” exclamó un anciano que ya había presenciado muchos. (Este es el nombre que dan en Java á algunas inundaciones).

—“Más fuerte es el amor de madre,” dijo Amia, la mujer de Karidien, pensando en el hijo que esperaba.

¡Ay! no sospechaba ella que tan pronto..... ¡Cómo pudo suceder que de repente ya nadie oyese los *pantoens*.....! Sintióse algo extraño en el aire..... el *gamlang* producía un sonido sordo, no obstante ser la misma Sapilah quien tocaba. Ya por tres veces había gritado Karidien á las muchachas que pilaran con más fuerza, atribuyendo tal vez á pereza el débil sonido del *toembok*. (7) Oyóse en derredor un gran ruido y en un momento pareció como si.....

“Silencio,” dijo el anciano que había considerado más fuerte la inundación que las garras del tigre. ¡Silencio!..... escuchad..... hélo aquí..... el *banjir*!

(6) El javanés habla generalmente del tigre con el epíteto de señor.

(7) *Toembok*. — La acción de pillar el arroz en un tronco de madera.

Callaron todos, todos escucharon, todos se horrorizaron!
¡El *Banjir*!

¡Cómo te describiré, poderoso torrente que así te precipitas de las montañas! Con qué te compararé, gigante de agua, que arrastras cuanto se opone á tu paso, doblas los árboles cual si fuesen espigas y arrasas bosques enteros! ¡Oh! cuán natural es que todos los pueblos hagan recuerdos de inundaciones en la infancia de su historia!

Ese ruido sordo del principio excita la atención, y el que escucha con los oídos del alma oye perfectamente un alerta que habrá de despertar su vigilancia. Los pueblos primitivos tradujeron así ese llamamiento: “Oíd como habla el Señor!” y los poetas nos han referido por qué hablaba el Señor ese lenguaje.

¡Banjir! la tierra se estremece, el aire se comprime, dificultase la respiración, zumban los oídos, cual si todos los ruidos se hubiesen condensado en uno solo, apenas comparable con el que produciría una *erre* gigantesca, si fuera posible en lo humano dar una descripción de tal sonido.

¡Oís ese estruendo ensordecedor que llena el angustiado valle! Es la voz salvaje del torrente que ruga en las hendiduras de la montaña. La nube á quien ella ofreciera lugar de descanso, descargó su pesado seno, alimentando la fuerza del torrente; é irresistible en su carrera, baja cual caballo desbocado á precipitarse por entre las peñas!

Viene ya la negra catarata cuya potencia reduce á polvo las rocas, arranca los árboles

de raíz, y con intenso sonido de guerra convierte en mar el tembloroso valle.

“No sube gradualmente el agua en la llanura; álzase, sí, de improviso, cual si fuese una pared que surge en medio de ella. Ni se calcula ya la vida por pies de altura sino por horas de proximidad. Mas no se piense que á algunas horas de distancia pueda estar asegurada la salvación; esas horas han sido recorridas rápidamente en pocos minutos. Adiós, los cafetales, que no ha mucho coronábais aún esas alturas, inclinándoos con aparente seguridad para contemplaros en el arroyuelo plateado..... tornóse el tímido arroyuelo potente é impetuoso! Adiós, casa de campo, la de blanca fachada, que tan graciosamente resaltabas entre las plantaciones que te rodeaban: de nada te valió tu elevado puesto..... salta el *banjir*, y abalanzándose sobre valles y hondonadas los llena por completo, y aún continúa siempre con agua y fuerza suficientes para quedar siempre más alto y más poderoso que tú! Adiós, aldea situada en la colina, ya está devorado lo que quedaba allá abajo, pues el *banjir* se eleva aún más que la colina; ya no dominarás sobre la superficie del agua, y tan sólo serás como un banco de arena bajo las olas del mar! Adiós, cuanto ofrecía resistencia; adiós todo lo que huye y desaparece. Contra esa fuerza no hay fuerza que resista, contra esa ligereza no hay rapidez posible. Adiós, bueyes y caballos y hombres..... adiós plantas, árboles, jardines, bosques..... adiós todo..... todo fue tronchado, destruído, arrasado.....!

No dura mucho, empero, tal furor. Tanta



OROCOPICHE: Indios caribes de las orillas del rfo. — Fotografía de Avril

violencia no puede continuar por más tiempo. Pronto habrán de encontrarse en el cieno los restos de lo destruido y los cuerpos de todos los que han muerto.

Habrá que reedificar lo que quedó en ruinas. Buscará el labrador el lugar donde sembró. ¡Ay! el banjir ha arrastrado juntas la tierra y la cosecha. La colina en que se hallaba la plantación se ha vuelto un mar que oculta en su seno el fruto de muchos trabajos; y hay falsedad en los amistosos rizos de ese mar como en la sonrisa de un malvado.

Tenemos ahora agua donde antes había tierra; y allí donde ayer discurría el agua divisamos hoy un grau terreno. ¡Oh! cuán honrado parece el enemigo que se presenta como si quisiera devolver aquí lo que de allá quitó.....

Y la nueva tierra es fértil.....

¡Al trabajo! ¡al trabajo! Se necesita arroz para saciar el hambre..... se necesita café para esa otra hambre que llaman comercio en Europa. Hay que trabajar para que los niños.....

¿Trabajar? ¿Y con qué? ¿Dónde está el *patjol*? (8)

Fue arrastrado por el agua. ¿Trabajar para mujer é hijos? También ellos fueron arrastrados como las herramientas, arrebatados junto con las casas, con los jardines, con la cosecha!

¡Oh, feliz el labrador que no se ha salvado para labrar ese lodo que será tan productivo, porque.....

Sí, porque su *patjol* tropezaría con esqueletos! Y al buscar y meditar se le caerá de la mano la azada..... reconocerá el cadáver de..... reconocerá muchos cadáveres.....

¿Quién será ése—no—quién habrá sido ése? Tiene, ¡ah! tiene el brazo izquierdo vendado. Ese era Karidien, el que peleó tan valientemente contra el tigre, el que estaba tan satisfecho porque iba á poder desempeñar el *sarong* de su mujer.

¿Y aquél? Aquel era Pa-simah, con su hijito en los brazos, el hijo á quien tanto quería, el niño Simah que se sentía tan orgulloso porque su padre había de ser nombrado también al referirse la acción heroica de Karidien.

Allí yacen los cadáveres de tres muchachas cerca de un pilón de arroz..... qué bien habían cantado esa noche, ¡ay!

Y un poco más allá el anciano que había dicho con tanta razón que el banjir era más fuerte que las garras del tigre.....

Pero el cadáver de Loentar no estaba. Al sentir el ruido precursor del banjir voló á la casa de su amo, sacó un caballo del establo, y en marcha! El montaba tan bien! Pero el banjir le había alcanzado. Loentar estaba en un error al esperar que los músculos de un caballo fuesen más fuertes que la inundación.

Mirad por allí á Salemon y Daoud los dos niños con nombres de reyes, y á Kromo, que había escapado tantas veces de las balas y los klewangs de los balineses..... también á ellos los alcanzó el banjir!

Y más allá en el cieno se descubren dos

cuerpos con los brazos entrelazados..... habría sido difícil separarlos aun después de muertos; es preciso enterrarlos juntos! Son Kerto Widjojo, el que iba á ser escribiente en casa del sub-colector y Sitoe, la de catorce años, que esperaba con tanta impaciencia el nombraimiento para ser esposa de Widjojo.....

¡Oh, Dios mío, Dios mío! Apartemos la vista de esa destrucción. Nos parece oír los últimos suspiros, sentir las fúnebres contracciones de los músculos, escuchar las postresas oraciones, y el corazón se nos oprime!

Sí, lector, porque esos javanesees eran *seres humanos*! Los cuerpos que aquí yacen y amenazan peste son cadáveres de *hombres*. Sentían, esperaban, tenían como nosotros, y como nosotros tenían derecho á la felicidad.....

Lector neerlandés, eran *seres humanos* esos javanesees!

Y el que quedó vivo, el que fija la vista tristemente en la desolada región, buscando en vano el lugar donde sembró, es también un *ser humano*! Y al buscar los cadáveres de sus parientes, de su madre, de su esposa, de su hijo, se le desgarran el corazón, tanto por el temor de no encontrarlos, como por el pensamiento del terrible encuentro! Descubre al fin lo que tanto temía ver y se le parte el alma de desesperación, como os sucedería á vosotros, lectores, si, en igualdad de circunstancias, encontraseis el cadáver de vuestro hijo, de vuestra madre, de vuestra prometida.

Ese javanés es un *ser humano*, lector.

MARÍA HENRIQUEZ.

(8) *Patjol*.—Azada.



Banda de la Sociedad Estudiantina Aragüeña. — Director: Francisco J. Camejo. — Fotografía de H. Avril

PERFILES ACADÉMICOS

DON AMENODORO URDANETA

Al señor Urdaneta hay que mirarlo por dentro; porque visto superficialmente no tiene nada de particular.

Sin embargo, en esto y ante todo consiste su particularidad característica; no es notable sino psicológicamente.

Representa en la Academia la absorción de la inteligencia por el alma, como en creencias la absorción del alma por el misticismo y en ciencias la absorción del saber por la fe religiosa.

Vive, pues, en una beatífica abstracción interna, y tan profunda que apenas le ha dejado de lo material y tangible aquello más indispensable al funcionamiento de los sentidos corpóreos; de manera que físicamente se le observa la más extremada deficiencia: pequenuelo, seco, algo encorvado, barbiblanco, y á más, corto de vista. Y todo ello bajo modestísimo indumento.

De aquí el que sean más resplandecientes sus cristianas perfecciones, que casi rayan con un ascetismo venerable.

Sea dicho con franqueza: yo no se qué hace Don Amenodoro por la tierra.

No por esto quiero significar que sus virtudes sean inútiles para el mundo ó propicias sólo al señor Urdaneta para el inevitable viaje á las celestes y eternas bienaventuranzas; porque su espíritu, ilu-

minado para el bien, ha sembrado en la tierra, junto con los ejemplos de una vida felizmente apacible, rica simiente de piedad con el ejercicio de las buenas obras, y de elevación del entendimiento con muchas y eruditas producciones literarias, ora religiosas, ora filosóficas, ora también didácticas.

Merecidamente mimado por el Santo Padre, el señor Urdaneta, además de sus vínculos con todos los institutos católicos del país, está adscrito á las simpatías de la Silla Apostólica con las honoríficas distinciones de Caballero de la Distinguida Orden de Pío IX, Miembro de la Asociación de los Caballeros Pontificios, nada menos que Abogado de San Pedro y si no puede lucir la Cruz de San Gregorio será porque á ello no se ha determinado; siendo, como es él, hombre de perseverancia siempre triunfante en todo propósito.

Y puesto que en San Pedro de Roma se anidan todas las potencias de su alma, nuestro Gobierno le hizo una vez Encargado de Negocios de Venezuela ante la Corte Vaticana.

Naturalmente que es latinista consumado, nota que, cosa extraña, no abunda con exceso en la Corporación docente á que pertenece; y es inapreciable, por su no común valía, el capital de instrucción literaria que guarda escondido en su inteligencia.

PAGINAS PARA LAS DAMAS

(Colaboración especial de " EL COJO ILUSTRADO ")

Mujeres y golondrinas.—Ecos de la moda europea.—Madrid.—Viena.—Londres.—Puntos de vista distintos.—MADAME Dreyfus.—La Reina de los tristes destinos.—Medalla recordatoria.—Los veraneantes.—Las verbenas.—Primavera y estío.—Lo que es eterno.

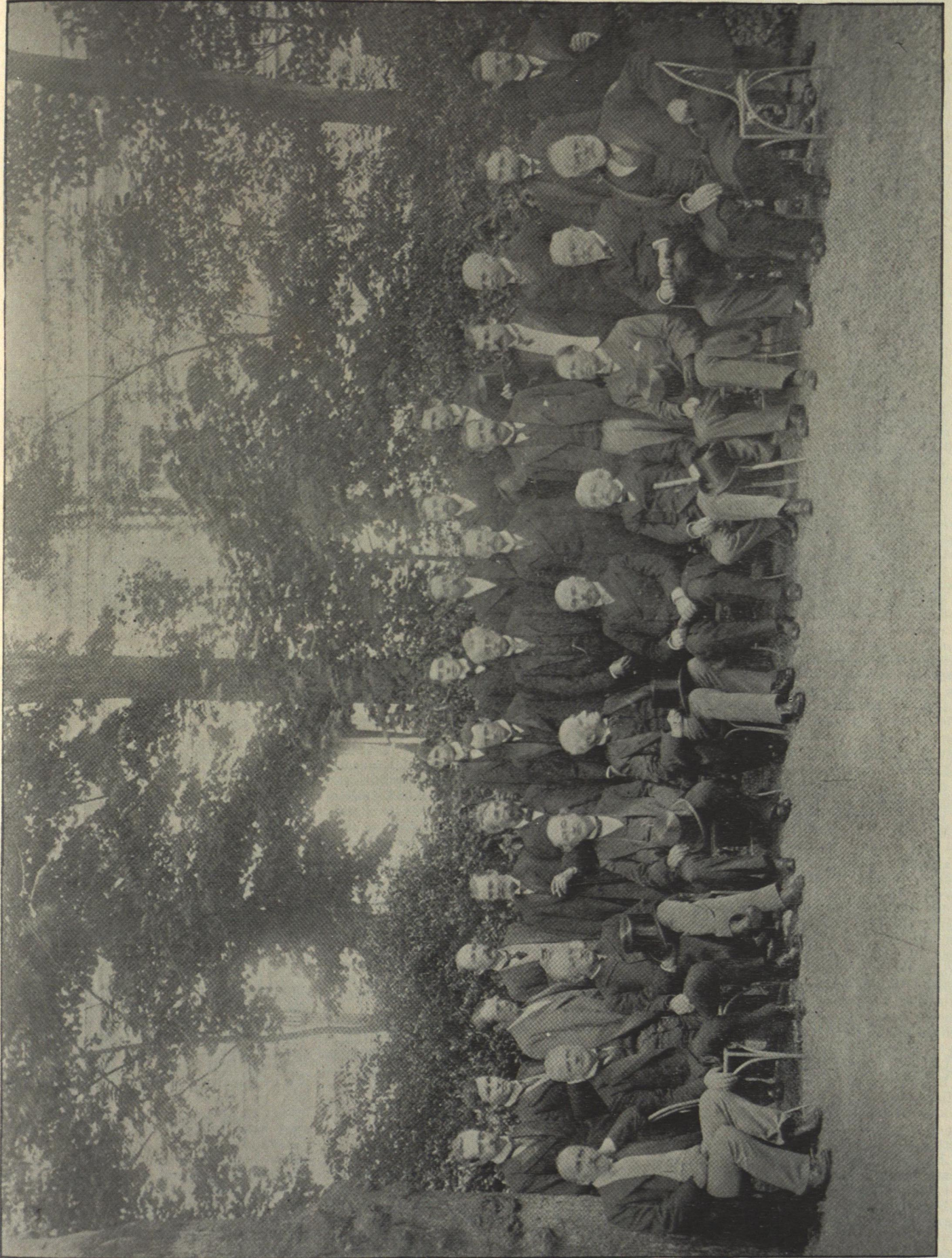
Madrid: 7 de julio de 1899.

Señor Director de " EL COJO ILUSTRADO "

Caracas.

Cada verano se distingue en Europa por un capricho de carácter general, que acredita el buen gusto de las reinas de la moda. Tócale el turno, por esta vez, á las combinaciones sencillas y encantadoras del blanco y del negro. París impone el linón, como el tegido vaporoso, lindo y parco por excelencia, y usarán vestidos de linón en playas y balnearios señoras y señoritas indistintamente, adornándoles con cintas —cometa de terciopelo negro, combinadas, según aconseje la fantasía. Resultan muy artísticas las primeras combinaciones que hemos visto de blanco y negro, debiendo advertir que también es de encantador efecto, falda negra de seda con cuerpo blanco, ó cuerpo negro con falda blanca. Diseminadas por aristocráticas playas nuestras elegantes así vestidas, guardan á lo lejos peregrina semejanza, con las inquietas golondrinas, el ave emigradora, poética por excelencia. Pero no todos los linones puestos en juego este verano, son blancos, el capricho moderno se vale de infinidad de recursos para embellecer á la

CRISYPPO.



EL TRIBUNAL ARBITRAL EN LA CUESTION ANGLO VENEZOLANA (Véase sección de Nuestros Grabados

mujer y el propio París ensaya también la combinación de colores en el linón, ofreciéndonos linón verde-agua, rosado y azulado, sembrándole de menudas florecillas.

Respecto á Madrid, la moda que actualmente hace furor para trajes de mañana y calle, son faldas negras de alpaca ó seda, con chaquetillas de seda labrada, azul, reseda y Corinto. Los sombreros, complemento de estos trajes, son, de alas muy anchas, y marcadamente planas, así se trate de los de tul y encaje, como de los de paja, viniendo algunos de ellos con bridas de gasa, coquetamente anudadas debajo de la barbilla. No nos parece muy cómoda esta innovación, en la época estival, pero no puede negarse que favorece y desde luego la consideramos como ensayo, para su triunfo definitivo en invierno.

Viena desde ahora se pronuncia en favor de los peinados partidos por medio de raya al centro, ó anudado, formando voluminosas y rizadas cocas junto á la oreja que cubren por completo. Hasta que la vista se acostumbre á esa transformación radical de las cabezas, causa extrañeza, y hay una especie de tendencia á oponerse á ella; sin embargo triunfará el gusto vienés. La moda triunfa siempre porque cuenta como poderoso auxiliar con la novedad, y ésta sabe convencer pronto á las hijas de Eva.

Londres, eminentemente práctico no prescinde de los géneros escoceses para sus trajes de verano, ni de la hechura sastre, tan cómoda y sencilla, la falda lisa rasgada y el cuerpo ajustado, con aldeltas ceñidas, solapas y plastrón es el modelo que más priva á orillas del Támesis para campo y playa, con sombrero redondo de paja, ala reducida, copa baja y adornos de flores silvestres. Las túnicas lisas, cubriendo en su totalidad la falda, y abiertas en grandes solapas, sobre canesú de seda, también entre las inglesas merece general aceptación, y nuestras amadas lectoras venezolanas, hallarán el justo medio, dentro del arte de vestir moderno, tomando la parte práctica de que hace gala Inglaterra y adicionándole alguna de las graciosas fantasías, en que abunda el gusto de Viena y París. Nada de exclusivismos y prevenciones, la moda es cosmopolita y toma de donde le agrada y conviene modelos é ideas.

Al fin ha llegado á las costas francesas el triste confinado de la Isla del Diablo: después de cincuenta y dos meses de forzoso silencio y aislamiento, y al pisar el suelo patrio aquella víctima expiatoria de ajenas intrigas políticas, parecen tocar á su término las ansias y el rudo batallar de Mme. Dreyfus, modelo de amantes esposas y carifiosísimas madres. Si de la revisión surge, como se espera, la inocencia del ex-capitán, á su mujer se deberá principalmente el movimiento de la opinión favorable al acusado, movimiento sostenido durante dos años y que determinará la lucha dividida en dos bandos, de más de cuarenta millones de hombres. Lo que pueden conseguir el llanto y la desesperación de una mujer que lucha por el amor de su marido y el honor de sus hijos. Todas las épocas de la historia nos ofrecen ejemplos de esos hermosos heroísmos femeninos.

Acaba de cumplir sesenta años en su retiro de Bauchout la infortunada viuda de Maximiliano de Austria, y aunque el mundo suele olvidar á los que sufren, han sido tan grandes é inmerecidos los crueles destinos de la Reina mártir, que de nuevo aquel dolor casi olvidado ha repercutido en poderoso eco un momento, por todas las naciones. Sesenta años ha cumplido la solitaria moradora del castillo de Bauchout, sus ojos han perdido la luz en fuerza de tanto llorar la muerte del esposo amado, sus cabellos compiten con la blancura de la nieve, no puede andar ya, y espera como un beneficio del cielo el término de una vida que ha sido únicamente una peregrinación espantosa. Pobre víctima de las ambiciones humanas, ¡cuántas mujeres colocadas

en la cúspide de los poderes del mundo se han estremecido y se estremecen aún, ante el espectáculo de tus desdichas! Felizmente la humanidad se detiene poco á considerar los ajenos infortunios, porque de no ser así nadie podría transigir, con las frivolidades deslumbradoras de la vida.

La Reina Regente de España, ha hecho acuñar una hermosa medalla del Sagrado Corazón, con la fecha 9 del pasado Junio, día en que á consecuencia del terrible pedrisco que asolara á Madrid, la Regente y sus hijos que se hallaban de paseo en la Casa de Campo, apenas pudieron librarse de la espantosa tormenta. La medalla en cuestión, ha sido repartida entre la servidumbre de la Real Casa, en concepto de regio donativo y conmemoración de la triste fecha.

No se sabe aún con firmeza el día de la partida de los Reyes para San Sebastián, donde el tierno monarca ha de ir necesariamente para el robustecimiento de su salud; la crisis política y económica actual, que encierra tantas inquietudes y temores, aplaza de día en día la expedición veraniega, siendo pocas las familias madrileñas que tienen trasado su itinerario á pesar de hallarnos á fines de la primera decena del ardiente Julio.

La infanta Isabel, tía de Alfonso XIII, no perdiendo de vista que al llegar su augusto sobrino á su mayor edad ya cercana, necesitará más habitaciones del regio alcázar de las que hoy ocupa, ha comprado en el barrio de Argüelles, de la coronada villa, el magnífico palacio de los condes de Cerralba, donde trasladará su residencia cuando se hayan hecho en él, las obras necesarias. De este traslado de residencia en perspectiva se ocupa la prensa haciendo constar de paso las simpatías que entre las clases populares cuenta la infanta española, entusiasta y amiga de animar con su presencia las expansiones y fiestas en que se solaza, en medio de las contrariedades presentes el buen pueblo madrileño.

Las verbenas tan clásicas en España se eslabonan unas á otras á partir de la de San Antonio que es la primera y en todas ellas resplandece algo de la animación propia de las gentes meridionales, aunque atemperada este año por las asonadas y motines de que son teatro las provincias alterando la normalidad de la vida patria. No concebimos aquí el verano sin verbenas, como no se puede concebir una primavera sin flores, á tanto obliga la costumbre arraigada á través de los siglos. Sin embargo, como para España todo es anómalo é inesperado, las verbenas se celebran sí, pero lánguidas, incoloras, como fuera la pasada primavera, escasa de flores, primero á causa de la crueldad de los últimos fríos, y después por haber tronchado sin compasión los árboles el furioso pedrisco, ahogando las bien fundadas esperanzas de los infelices agricultores. Menos mal que si faltan las flores quedan nuestras hermosas mujeres poetizando la vida y llevando á las almas el perfume del amor que todo lo engrandece y transforma.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

REVISTA DE REVISTAS

SOCIOLOGIA

LAS GUERRAS Y LA PAZ

Un libro consagrado á la grave cuestión de alejar á la humanidad de los riesgos y sangrientas consecuencias del uso de la fuerza para dirimir las controversias internacionales, tiene que ser hoy por hoy merecedor de la atención de los hombres pensadores, máxime si su autor ha alcanzado ya notoriedad en el campo de los estudios sociológicos.

Es cuestión palpitante; de actualidad, que se ha hecho diplomática, entre los Gobiernos re-

presentados en las recientes conferencias de La Haya, dirigidas, si no á suprimir la guerra, á facilitar el logro de esa cristiana aspiración, humanizando las contiendas armadas y disminuyendo sus desolaciones pavorosas.

Un libro, pues, que será útil contribución para solucionar el problema de la guerra ó de la paz entre los pueblos, y autorizado por autor de nombre, Carlos Richet, vemos anunciado por Fernando Araujo, cuya erudición en distintos ramos de las ciencias sociales es ya familiar á nuestros lectores; y anúnciolo Araujo haciendo al mismo tiempo una interesante exposición de argumentos en contra de aquellos que suelen aducirse en pró de las guerras como convenientes á la elevación de las razas y á la severidad de la justicia principalmente.

Araujo se expresa así:

«La guerra, dice Richet, es una plaga abominable, una ofensa á la civilización, el vestigio vivo y triunfante de la barbarie. Esta opinión, aunque general, es combatida sin embargo por no pocos escritores que consideran que la guerra es un bien, y que apoyan su parecer en argumentos más ó menos expresivos, que importa analizar para ver su grado de fuerza probatoria.

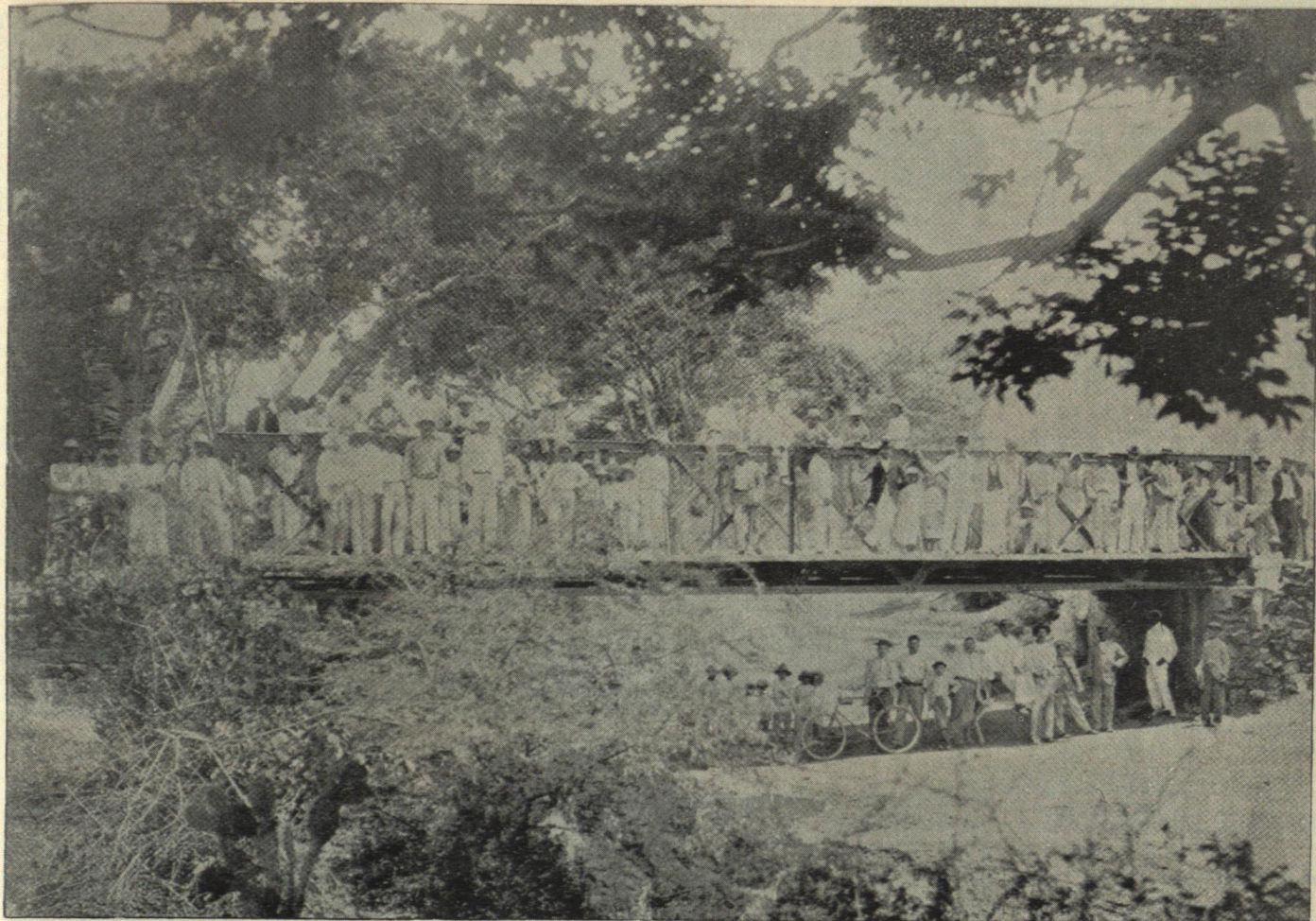
«1.ª *La idea de patria requiere la existencia del ejército.*—Esta afirmación no es exacta. El militarismo supone una patria conquistadora y agresiva, y el amor á la patria no consiste precisamente en eso. Impedir que un país intente las locas aventuras de un Carlos V. II ó un Napoleón, no es aniquilar la idea de patria, sino purificar y enaltecer esa idea. ¡Singular patriotismo el que consiste en sacrificar los hijos de la patria! ¡Para demostrar el cariño á Francia habría que hacer perecer muchos franceses! ¡Puede sostenerse en serio semejante tesis?

«2.ª *No debe uno apasionarse por la idea de la humanidad.*—Esta extraña proposición brota á cada momento de la pluma y de los labios de los amigos de la guerra. ¿Han reflexionado los que la formulan en que la idea de la patria es una idea extremadamente contingente, y variable con los tiempos y los lugares? Hace cuatro siglos, en Italia, Pisa era la patria de los pisanos y Florencia la de los florentinos, y Baviera y Silesia eran en Alemania países enteramente distintos. La noción de patria se ha ensanchado poco á poco, y hoy existen una patria italiana y una patria alemana. ¿Por qué detenernos aquí? ¿Se ha extinguido por ventura el sentimiento de la patria á medida que la patria se engrandecía? ¿Por qué si hubiese una patria europea, habríamos de querer menos su prosperidad que si se tratase de una patria francesa?

«Bien sé, dice Richet, que si hace cuatro siglos hubieran dicho á los pisanos que las gentes de Lucca no serían ya sus enemigos y que los habían de amar como sus verdaderos conciudadanos, las gentes de Pisa se hubieran encogido de hombros, creyendo que semejante sacrilegio equivalía á la pérdida de todo sentido moral y al trastorno más espantoso de todas las nociones. Del mismo modo, si hoy viniera alguien á decir á un francés ó á un alemán: «Vuestros vecinos, esos vecinos á quienes tanto aborrecéis hoy, serán dentro de cuatro siglos vuestros conciudadanos, sometidos á las mismas leyes, y vuestro deber será amarlos y defenderlos», ¿qué clamoreo no levantarían esos pseudos-patriotas?

«La idea de la familia es una gran cosa, y la idea de la patria es una cosa hermosísima también; pero la idea de la humanidad no es menos bella, y es absurdo creer que haya desacuerdo entre estos tres purísimos y nobilísimos sentimientos. Yo amo á mi familia; pero, ¿es eso una razón para detestar á mi patria? Amo también á mi patria; pero, ¿he de declarar por eso la guerra á las naciones vecinas? Esos tres amores, en lugar de contradecirse, convergen. Al amar á mi familia, amo á una fracción de la patria, y al amar á la patria amo á una fracción de la humanidad.

«Estamos tan imbuidos por las ideas corrientes, que cuesta trabajo concebir lo absurdas que parecerán á nuestros nietos. Hace tres siglos se quemaba á los hechiceros, y los hombres de



Puente de Porlamar en construcción. — Fotografía de los Hermanos Rosario

aquel tiempo estimaban las quemadas de los demoníacos y brujas como uno de los pilares de la justicia humana y de la salvación del Estado. Supongamos una sociedad de antropófagos, donde la antropofagia fuese una institución venerable, consagrada por la tradición, prescrita por las leyes, enseñada en las escuelas, recomendada por los sacerdotes y celebrada por poetas y filósofos; el desgraciado que se atreviera á motejar de criminales las comidas humanas sería escarnecido y declarado traidor á la religión y á la humanidad. Pues nuestro concepto belicoso de la patria no es superior al concepto de la antropofagia. Y aun comer un hombre porque se tiene hambre, es acto mucho menos grave y estúpido que llegar al estéril deguello de muchos miles de hombres. Pero esa es la costumbre, y por la costumbre tenemos que admirar y aplaudir á los conquistadores y á los belicosos, y el que se revuelve contra el prejuicio establecido es tratado de miserable y de traidor. Aun á riesgo de incurrir en todo linaje de censuras, no temeré decir en voz alta mi opinión, y diré, aunque me juzguen un monstruo, que la muerte de un alemán, de un italiano ó de un inglés me parece un crimen, porque esas gentes son hombres como yo, tienen hijos, madres y esposas, y no porque vivan al otro lado de la frontera dejan de ser mis hermanos.

«39 *El ejército es una escuela de abnegación, y la preparación á la guerra es el desarrollo de la moralidad.*—Esta opinión no puede sostenerse sino ignorando lo que pasa en los cuarteles y campamentos. La inmensa mayoría, si no todos los soldados, sólo se preocupan de concluir su servicio, contando los días que les faltan para reconquistar su libertad; se someten, porque no pueden menos, pero, en el fondo, aborrecen el régimen militar. En cuanto á la moralidad, basta mirar la clase de establecimientos que se levantan junto á los cuarteles para apreciar la alta moralidad de la vida militar.

«Y no es que no convenga á los jóvenes de un país reunirse durante unas semanas ó unos meses bajo la dirección de jefes celosos é instruidos para aprender ciertas nociones generales sobre los deberes del ciudadano para con la patria, y someterse á un servicio militar, como en Suiza, por ejemplo, muy corto y muy paternal, con un ejército organizado solamente para la defensa, sin miras belicosas. Pero el servicio militar, tal como hoy se practica, contribuye al rebajamiento de la moralidad y es una plaga que oprime la conciencia del pueblo.

«40 *La guerra es el triunfo del mejor.*—Es la objeción metafísica de Hegel; pero notemos desde luego que, si este argumento fuera seriamente defendido, habría que eliminar los pequeños pueblos del mapamundi. Los suizos, á pesar de su valentía, no podrían resistir ni una invasión francesa ni una invasión alemana; con esta sola observación, toda la argumentación viene al suelo, porque no se puede evitar que haya guerra entre adversarios desiguales. Pero admitamos que el número de enemigos es próximamente igual; ¿va por eso á triunfar el más virtuoso? La historia demuestra lo contrario. Un azar decide á veces del éxito de una campaña. Más vale, decía un general, un ejército de ciertos mandados por un león, que un ejército de leones mandados por un ciervo. El éxito final depende del talento de algunos hombres, y si las cosas se vieran de cerca, resultaría casi siempre que había tanto valor en los soldados vencidos como en los vencedores. En el fondo, el triunfo del más fuerte no significa sino el triunfo de un pueblo preparado para la guerra, sobre un pueblo no preparado ó menos preparado que el otro.

«Si esto fuera así, el ideal de la civilización consistiría en prepararse para la guerra: muchos buenos fusiles en los arsenales, acorazados y torpederos sólidos y rápidos, pólvora en todas partes, batallones homogéneos bien ejercitados y

mandados, fortalezas bien repletas de municiones y víveres, servicio de Estado Mayor y de Administración militar impecables: hé ahí el *non plus ultra* de la civilización. ¿Puede darse ideal semejante?

«No; el triunfo es sencillamente, diga Hegel lo que quiera, el triunfo del más fuerte, no el del mejor ni el del más justo. No es ese el ideal de la humanidad. Queremos que la justicia resplandezca en las relaciones internacionales. Nuestro ideal no es el triunfo de la fuerza, sino el del derecho.

«50 *Los países no belicosos están sujetos á corromperse.*—Hay naciones belicosas y militares, donde todo está organizado para la guerra: servicio militar, universal y obligatorio, presupuesto militar enorme, preponderancia del régimen militar sobre el civil, ejércitos permanentes colosales: esas naciones se llaman Alemania, Francia, Italia. Hay otros países esencialmente pacíficos, como Inglaterra y los Estados Unidos. ¿Se atrevería nadie á decir que los Estados Unidos están más corrompidos que Francia, ó que la sociedad inglesa está más podrida que la alemana?

«Ahí está la China, se dice; China no es militar y ved á qué grado de decadencia ha descendido.» Pero ¿es que la práctica de la paz ha hecho el cerebro de los chinos más estrecho que el nuestro?

«Lo que se ve bien es lo que se suprimiría suprimiendo las guerras: bajarían las contribuciones, cesarían los degüellos humanos, no se erigiría en axioma ese formidable error de que la fuerza vence al derecho, se alentaría menos la prostitución y habría menos facilidades para el alcoholismo; no es esto decadencia ni corrupción, sino todo lo contrario.

«60 *La abolición de la guerra aletargaría nuestra energía y no ennoblecería nuestra especie.*—Este argumento de Valbert hace no poca mella en ciertos espíritus.

«Ciertamente, cuando un país se siente sacudido por la guerra, cuando los caminos están llenos de soldados enemigos, arrastrando bandadas de prisioneros y convoyes de heridos, con contribuciones de guerra, ciudades sitiadas, bombardeos y fusilamientos... ciertamente que no está aletargado. Un desgraciado epiléptico que se retuerce los miembros aullando entre atroces convulsiones, escupiendo espuma y sangre, hundiendo en su carne las uñas y haciendo brincar su cabeza sobre el pavimento, no está aletargado.

«En cuanto al ennoblecimiento de la especie, no es posible decir mayor desatino. Si de la raza se trata, ¿quiénes perecen en las guerras sino los jóvenes, los sanos y los valientes? Porque los sordomudos, los raquíticos, los epilépticos, los tartamudos, los tuertos, los mancos, los ciegos y los escrofulosos no tienen que temer morir en un campo de batalla. Esos son los que nos quedan, por fortuna, para perpetuar y ennoblecer la raza. ¡Hermosa muestra de raza nos quedaría si no tuviéramos para la producción más que los declarados inútiles para el servicio militar!»



El Colegio Salesiano de Caracas. — Vista interior

SECCION RECREATIVA

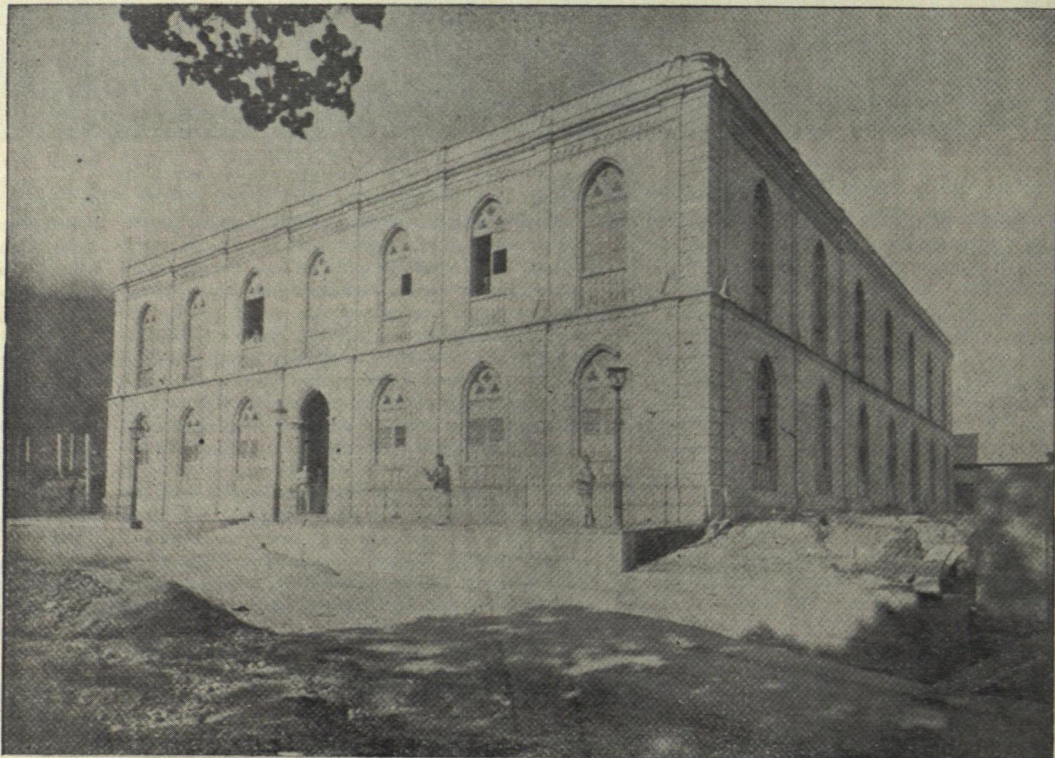
Aprovechamiento de la fuerza de las mareas

Un capitalista inglés ofrece construir, á sus expensas, en el sitio de Southend, una inmensa escollera cuyo costo se calcula en quince millones de francos. En cambio, pide que se le autorice para servirse de la fuerza de las mareas con el fin de mover una instalación eléctrica capaz de proveer á la ciudad de Londres de toda la energía motriz que necesite. No se dan todavía pormenores respecto del procedimiento que se propone aplicar este capitalista; pero no es nueva la idea de aprovechar prácticamente el poder de las mareas en la mecánica. Entre otros ejemplos puede recordarse que una sociedad alemana residente en Hamburgo, ha propuesto á la Administración francesa ciertas bases para lograr una concesión del mismo género en el Havre y en el Bajo Sena. El objeto de esta solicitud es producir la energía eléctrica suficiente para abastecer de fuerza motriz y de alumbrado á las ciudades del Havre y de Rouen, del mismo modo que á las fábricas, telares y otros establecimientos del valle del Sena.

El arte de vivir mucho

El doctor Sir James Sawyer, en una conferencia efectuada en Birmingham, ha trazado las reglas necesarias para vivir cien años. Estas reglas se refieren todas á la higiene, como se verá:

- 1º Ocho horas de sueño.
- 2º Dormir sobre el lado derecho.
- 3º Tener abiertas durante la noche las persianas del dormitorio.
- 4º Poner un paraván delante de la puerta del mismo cuarto.
- 5º No colocar la cama contra la pared.
- 6º No recibir ducha fría por la mañana, sino un baño á la temperatura del cuerpo.
- 7º Hacer ejercicio antes del almuerzo.
- 8º Comer carne y tener cuidado de que esté bien cocida.
- 9º (Para los adultos), no beber leche.



El Colegio Salesiano de Caracas. — Vista del edificio

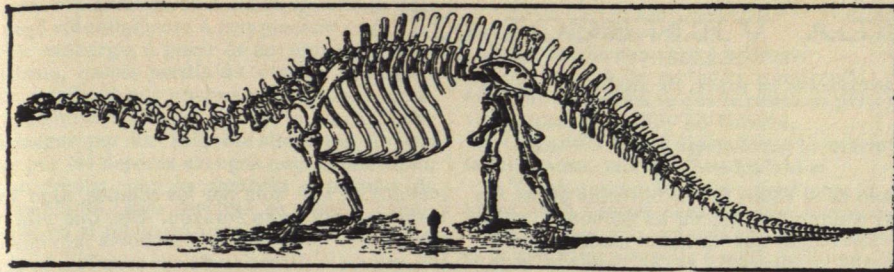
- 10º Comer mucha grasa para alimentar las células que destruyen los gérmenes de las enfermedades.
 - 11º Evitar los venenos que destruyen estas células.
 - 12º Todo los días hacer ejercicio al aire libre.
 - 13º No tener animales en los cuartos habitados porque pueden llevar en sí el germen de enfermedades.
 - 14º Vivir en el campo, si se puede.
 - 15º Beber agua, evitar la humedad.
 - 16º Variar las ocupaciones.
 - 17º Reposarse de cuando en cuando pero por poco tiempo.
 - 18º Limitar sus ambiciones.
 - 19º Contener su carácter.
- Seguid estas prescripciones y llegaréis á la edad de cien años.

El inventor de las tarjetas postales

La tarjeta postal ha celebrado recientemente su trigésimo aniversario en Viena, donde reside el doctor Emanuel Herrmann, que fue quien la inventó.

A propósito de esto, se ha hablado mucho de las ventajas de este medio de comunicación, y se ha recordado que el primer mes de su introducción en Austria, se imprimió un millón de tarjetas. Las demás naciones no hicieron caso del invento por el pronto, hasta que Inglaterra empezó á usarlas en 1870.

Hace poco tiempo se recibió en una de las Administraciones de Correos de Inglaterra, una tarjeta escrita, dirección y todo, en caracteres taquigráficos, que fueron traducidos, enviándose la tarjeta á su destinatario.



El mayor animal que ha habido en el mundo

Los restos del mayor animal que ha habido en el mundo fueron descubiertos recientemente en Wyoming, comarca famosa por otros descubrimientos análogos.

Trátese de un brontosauro casi de doble tamaño que el hallado hace años en la misma localidad.

Sus huesos fosilizados pesan 20.000 kilogramos, lo cual permite calcular que el coloso pesaba en vida unos 60.000 kilos.

Tenía 39 metros de largo.

Cuarenta personas pueden sentarse cómodamente bajo el arco formado por sus costillas.

Su estómago era bastante capaz para contener tres elefantes enteros.

Cuatro hombres a caballo pasan bien de frente por el espacio comprendido entre sus patas de delante y las de atrás.

Una rebanada de jamón suyo tendría un diámetro de 3 metros 60 centímetros.

Cada vez que ponía un pie en el suelo, cubría con él un espacio de una vara cuadrada.

El brontosauro era una especie de dinosaurio, y su nombre se compone de las palabras griegas *bronte* (trueno) y *sauros* (lagarto), sin duda porque se supone que al andar producía un ruido tan grande como el del trueno y hacía retremblar la tierra con su peso.

A pesar de esto y de su semejanza con los dragones de las leyendas primitivas, parece que no tenía nada de temible.

Carecía de coraza, de grandes uñas y de mandíbulas poderosas. Probablemente su enorme cuerpo ser-

vía de pasto á coetáneos suyos más pequeños pero más feroces y mejor armados.

Una de las cosas que más chocan en él es la pequeñez de su cabeza, que sólo se explica porque un animal de cuello tan largo no podría soportar el peso de un cráneo grande.

A juzgar por su escaso desarrollo cerebral, debía ser muy tonto el brontosauro.

Si pudo vivir durante mucho tiempo en aquella época de lucha feroz por la existencia, fue sin duda porque al asomo del menor peligro emprendía una prudente huida y se refugiaba en el agua, donde su poderosa cola de diez y ocho metros de largo le servía de formidable arma ofensiva.

Además cuando se ponía de pie, su posición predilecta á juzgar por el desarrollo extraordinario de sus patas, le permitía alcanzar con la vista á mucha distancia y observar la presencia de cualquier enemigo.

Un tesoro en el agua

El gobierno turco hizo, hace poco tiempo, un contrato con unos buzos griegos que resolvieron buscar las trazas del navío almirante ruso que se fue á pique en el puerto de Tcheshmé en 1770.

Estos buzos vieron coronados todos sus esfuerzos, pues encontraron el buque ruso, y en él hallaron 12.000 ducados de oro, 20.000 cuádruplos ducados, gran número de monedas de oro y de plata, un incensario de oro, en una palabra, una gran fortuna, pues después de haber entregado al gobierno turco la parte que le correspondía, los buzos conservaron 276.000 bolívars.

Porque es de advertir que sólo las hembras sirven para operarias y que el manjar favorito de la señora araña es el cuerpo de sus pretendientes ó de sus maridos en un momento. Esto no quita que siempre tenga quien le haga la corte, aun á costa de la vida; buena prueba de ello son los ochocientos huevos que suele poner en la bolsita donde guarda su prole.

La cantidad de hilo que una araña puede suministrar en un día no es pequeña: unos noventa metros. Para entonces el animalito empieza á cansarse y á pararse, y hay que darle de comer y reemplazarle por otro.

Cuando hay bastante hilo en una bobina, se le desenrolla, se le lava y se le tuerce con otros siete. Los ocho forman una hebra mucho más fuerte y mucho más ligera de peso que si fuera de seda de gusano. Su color es amarillo intenso con tendencias á dorado; puede teñirse de cualquier color.

Se han hecho muchos experimentos para estimular á las arañas á que produzcan más hilo: la administración de pequeña dosis de éter ha sido el medio más eficaz; pero acorta la vida de estos animalitos, lo cual constituye un defecto grave.

Porque no se trata de arañas ordinarias, sino de una especie que hay que llevar de Madagascar ó criar en Europa con bastante cuidado. Desde hace siglos los malgachos venían explotando para la fabricación de la seda á las arañas monstruo del país, que son unos bichitos capaces de comerse un pájaro y cuya picadura es bastante peligrosa.

Mr. Camboni, que durante sus viajes por Madagascar, en clase de misionero, pudo estudiar detalladamente la curiosa industria, no se atrevió á entenderse con aquella clase de arañas, y emplea otras, indígenas también de aquella isla y llamadas científicamente *Diadema Esperia*. Son algo más pequeñas que las otras, aunque bastante feroces y un poco venenosas. Sólo aprovecha las hembras porque son mayores que los machos, viven más que éstos y tienen peor genio.

“Las mejores tejedoras dice Mr. Camboni—son las más rabiosas.”

La seda de las arañas se emplea principalmente para las “líneas de pelo” de los instrumentos ópticos y para hacer cables con destino á los globos. En la próxima Exposición de París, figurará un traje de señora hecho con seda de arañas.

Influencia de los tranvías en el adelanto de las ciudades

En los Estados Unidos se ha hecho un curioso cálculo para patentizar la importancia que tienen para el ensanche de las poblaciones los perfeccionamientos de los medios de transporte.

Crean allí que las dimensiones del barrio central de los negocios deben ser tales que no hagan necesarias carreras de una duración mayor de una hora. Partiendo de este supuesto, si del centro de la ciudad se describe un círculo con un radio igual á la distancia que un hombre puede recorrer en media hora, esta distancia será de una milla y tres cuartos, si el hombre va á pie, se extenderá á tres millas si va en tranvía tirado por caballos y á seis millas si en carros movidos por la electricidad. Así pues, la parte verdaderamente habitable de la ciudad, desde el punto de vista de los negocios estará representada por un círculo de 9,6 millas cuadradas en el primer caso, de 28,3 millas en el segundo y de 112 millas en el tercer caso.

La pandereta

—«Me tocó Felethusa la gaditana; que es mi abolengo ilustre, nadie lo niega; soy de la castañeta rival galana, y amiga de la agreste siringa griega.

—Agitando en el aire mi peso exiguo, acompañé la danza de las bacantes; y en las fiestas, los sistros del mundo antiguo á mis ecos mezclaron sonos brillantes.

Del errante bohemio puesta á la espalda, ante mí ha desfilarlo todo el Oriente, y fui modelo airoso de la guirnalda que Baco, el dios del vino, luce en la frente.

Pasando de unas manos en otras manos, yo he cruzado el Egipto regio y grandioso, rodando en los tropes de los gitanos, bajo el sol del desierto caliginoso.

Despertando en los pechos dulces placeres, entre guzlas moriscas, soné en la alhambra, y he visto á los *Kalifas* y á sus mujeres, danzar en la ruidosa y alegre zambra.

En las *jueryas* regadas con manzanilla, entre palmas, punteos, delirio y gresca, acompañé tronando, la seguidilla que cantaba y bailaba muchacha fresca.

Del estudiante alegre, pero sin blanca, aliviando la triste mala fortuna, salt miles de veces de Salamanca para, regocijada, correr la tuna.

En medio de flautines y de timbales en el teatro, á veces, me miro puesta, y doy sonos alegres y sensuales cuando ritmos bohemios lanza la orquesta.

Triunfante de costumbres, seres y modas, nací al venir al mundo la especie humana, y como he recorrido las razas todas, soy egipcia, judía, mora y cristiana...

Yo figuro en los muros de los salones, y en mi parche redondo, de luz bañado, me deja la pintura sus concepciones y su numen con tintas idealizado.

Desde hace diez y nueve siglos de historia, en noche de diciembre, sublime y santa, mi voz, como un repique de eterna gloria, de Dios el nacimiento pregonaba y canta.

Yo soy mudable y loca, como un poeta, como una mariposa, voluble vago, y un temblor de alegría derrama inquieta, como un temblor de luces esparce un lago.

Soy la musa del pueblo: si Andalucía de una mujer tomase la forma grata, mi círculo en sus bellas sienas sería ¡la brillante corona de hojas de plata!»

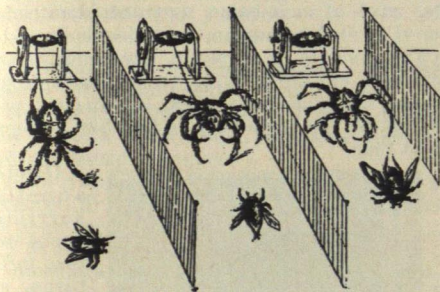
SALVADOR RUEDA.

Los puntos insensibles del cuerpo

Leyendo los relatos de los procesos seguidos por la Inquisición y de las pruebas á que ésta sometía á los acusados de hechicería y de estar poseídos por el diablo, sorprende mucho ver que cuando á aquellos infelices se les clavaban agujas en el cuerpo, muchas veces no lo sentían, y sus atormentadores tomaban tal hecho como señal de que en aquel sitio el diablo había besado á sus adeptos.

Los fisiólogos modernos han descubierto, sin embargo, que el hecho de haber en el cuerpo muchos puntos insensibles es una cosa muy general á todo el mundo. Claro es que los experimentos no han podido ser muy numerosos, porque no abundan las personas dispuestas á someterse á tan dolorosa prueba.

Entre los más curiosos que se hacen con la vista figura uno de óptica bastante conocido y por medio del cual se demuestra que todos tenemos en los ojos un punto en el cual carecemos de vista.



Las arañas explotadas por el hombre

Desde hace muchos años se viene hablando de la seda de las arañas, de su aprovechamiento y de sus extraordinarias cualidades de resistencia, elasticidad y brillantez. Pero no se la había considerado, industrialmente hablando, más que como una curiosidad.

Ahora, sin embargo, la explotación de la araña por el hombre como hilandera parece haber entrado en el terreno de la práctica y del negocio.

Un francés que ha vivido muchos años en Madagascar, Mr. Camboni, es el implantador de la nueva industria.

En sus talleres de Chalais-Meudon, cerca de París, montados en toda regla, tiene miles de arañas trabajando para él desde por la mañana hasta por la noche. El sistema que emplea es éste:

Se coge el extremo del hilo de una araña, se le pega á una bobina y se hace que ésta empiece á dar vueltas, enrollando el hilo. La araña, viendo que tiran de ella, echa á andar en dirección opuesta. El número de revoluciones que da la bobina está perfectamente calculado para que el hilo no se rompa con la tensión ni la araña pueda alejarse demasiado.

Con el fin de excitarla para que no se detenga, se coloca en el extremo del cajetín donde trabaja un cebo cualquiera, tal como una mosca, unas gotas de alcohol y otros manjares no menos tentadores; pero lo que más estimula el ardor de la araña es la vista de un macho de su misma especie; corre con toda la ligereza de sus ocho patas en su deseo de acercarse á él, no para hacerle caricias sino para comérselo.

NOVELA VENEZOLANA

(ILUSTRACIONES, EN PARTE, DE ARTURO MICHELENA)

VII



ocos sufrimientos pueden compararse al de la ausencia del terruño, del calor de la familia, del dulcísimo rescoldo del hogar. El corazón lo mira todo desde lejos con un cariño exagerado, y los afectos crecen en razón de la distancia. Los árboles que dan sombra á nuestra casa, la quebrada que la hinche de rumo-

res, la cinta de camino que á ella nos conduce amarilleando en medio del verdor de la sabana, la columna de humo que la envuelve en sus azules redondeces, la montaña á cuya falda se levanta como un nido caliente y oloroso á afectos puros, los perros que la guardan con su fidelidad, todo ello se aviva en nuestra imaginación hasta el extremo de contemplarlo bajo el influjo del ensueño con los blandos contornos de lo real. Se miran entonces los objetos por su lado hermoso apenas, brillantados por los besos de la luz y hechizados por el recuerdo de la felicidad; y las miserias de la vida, los sufrimientos que ella da, los dolores con que nos punza el alma, se quedan sepultados en la sombra cuando estamos padeciendo el incurable mal de la nostalgia.

De ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de caserío en caserío, Felipe andaba como lelo. Todo lo que veía lo relacionaba al punto con su casa, y el corazón se le apretaba, y el espíritu se le afligía, y las lágrimas corrían silenciosas de sus ojos. A la caída del crepúsculo, en esa hora sublimemente hermosa en que el alma se llena de recuerdos, cuando en los tambores y cornetas sonaba la oración en la puerta del cuartel, su imaginación volaba hasta el blando rincón de sus afectos, y los fusiles, las tapias ennegrecidas por el humo, los soldados harapientos, las esteras donde dormían los heridos, todo se transformaba ante sus ojos en el pedazo de tierra en cuya contemplación su alma se extasiaba.

Había veces que le tocaba hacer centinela por la noche, y entonces la cabeza se le llenaba de pensamientos negros. Veía el conuco abandonado, á Encarnación perdida, á Gertrudis llorando amargamente su desgracia, y se ponía á sollozar como un chiquillo, pero metiéndose el puño por la boca para que el cabo no advirtiera su debilidad. La hora que le tocaba en turno le parecía muy larga, los ruidos de la media noche se agrandaban desmesuradamente, y los chirridos del cárabo en la sombra, el tintineo de los sables contra el suelo, la masa negra de alguna patrulla rondadora y los *quién vive* de los otros centinelas, le llenaban de un terror inexplicable. Cuando venía el relevo, lo recibía como una consolación dulcísima, y procuraba que el sueño le rindiera para sentir algún alivio en su dolor.

Su silencio llamaba la atención de los jefes y oficiales; su conducta no daba qué decir, y cumplía sus deberes con la mayor fidelidad. Si le ponían á dormir al aire libre; si no obstante estar enfermo le obligaban al servicio; si le reprendían duramente por falta de lista en los ejercicios diarios; si exponiéndole á toda suerte de peligros le mandaban con frecuencia á desempeñar comisiones de verdadero riesgo, obedecía sin chistar. En las escaramuzas que se iban presentando, jamás le temía al plomo, sino que combatía como el más ade-

lantado en el valor. Impasible como pocos, sin sufrir cambio ninguno en su fisonomía, y con una serenidad que causaba asombro verla, avanzaba ó retrocedía en el combate según que lo ordenaban las voces de los jefes y los toques del clarín.

Un día le pegaron por un brazo, y cayó desvanecido en todo el borde de un medroso precipicio; pero se levantó en seguida, extrajo la bala con los dedos, se vendó con el pañuelo que cargaba en el bolsillo, y continuó peleando sin decir una palabra.

—¿Te han herido, Felipe?—le preguntó el oficial con interés.

—Sí, capitán, pero no es cosa.

El sufrimiento moral le hacía insensible á los trabajos y peligros de la guerra, y parecía que los tomaba como una distracción de la tristeza que sobre su corazón gravitaba de continuo. Hacía dos meses que no sabía ni una letra de su casa, y sin poder explicarse la razón de lo que á él le sucedía en los más íntimo del alma, siempre estaba prevenido para que no le sorprendiera ninguna mala nueva.

A fuerza de buen comportamiento logró captarse al fin el cariño de sus jefes, y á poco le ascendieron á sargento, con lo cual se le hizo más llevadero el rigor de la campaña, aunque el estado de su espíritu continuaba siendo el mismo.

Pero sus lágrimas corrían en silencio, su dolor no trascendía, su corazón padecía sin quejarse.

VIII

Matías era sobrino de Felipe, y jornaleaba en las haciendas de los alrededores para ganar la vida. Generalmente trabajaba en el conuco de su tío, pero no porque el salario fuese mucho, sino por darse el gran deleite de contemplar á Encarnación por la mañana y por la tarde, de decirle cuanto sentía por ella y de probarle que la quería con todo el corazón.

Era mozo bien plantado, de fisonomía despierta, lleno de vida como un tronco de árbol joven, y fornido que daba gusto ver las redondeces de sus formas y los bronceos de sus músculos. Tenía veintidós años, y su franca hombría de bien, sus hermosas cualidades, la bondad de sus costumbres y el cariño con que atendía á su madre, ya vieja y achacosa, le hacían gozar de general estimación entre los ricos propietarios.

Felipe le quería como si fuese hijo suyo, y desde el punto y hora en que cayó en la cuenta de que amaba á Encarnación, buscó el modo de que ella correspondiese á aquel afecto, poniendo á su sobrino como una misma perla cada vez que de él hablaba delante de su hija. Y lo que era la muchacha, escuchaba las palabras de Felipe con los ojos muy abiertos; pero en el acto se hacía la desentendida para evitar la reincidencia.

Enamorado de ella con locura, el infeliz muchacho la seguía á todas partes, le traía de la ciudad finos regalos, le conversaba quedo, le descubría los sufrimientos de su alma; pero la arisca moza le rechazaba con amarga brusquedad, y le decía que no le hablara más de amores, porque jamás podría quererle.

Por semejante resistencia, Matías dio en la flor de sospechar que Encarnación ocultaba algún afecto en el fondo de su alma, y se propuso descubrirlo á toda costa. Si el semblante de su prima revelaba abatimiento; si su mirada vaga era el indicio cierto de una preocupación constante; si en su sonrisa había algo de amargura; si suspiraba con frecuencia y

gustaba de irse sola por los campos, algo extraño sucedía en su corazón. Sin que ella lo advirtiera, sorprendía sus menores movimientos, seguía la dirección de sus miradas, la perseguía en sus paseos vespertinos por los alrededores; y aun en la misma noche, sentado en una piedra ó agazapado tras de un árbol, se estaba horas enteras observándola, sin que ella sospechara que en el seno de las sombras había unos ojos penetrantes que no dejaban escapar ni un detalle tan siquiera de sus idas y venidas.

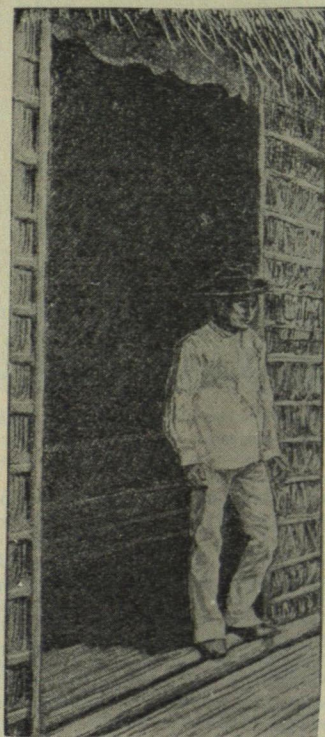
Al fin llegó la hora de la revelación, y Matías lloró mucho, porque su amor era infinito. Encarnación no podía corresponderlo, porque quería á D. Jacinto con locura. Los celos, el despecho, la amargura—una amargura profunda como el mar—se introdujeron en su alma de improviso para formar la tempestad más espantosa. Detrás de aquella piedra escuchó todo lo que le convenía escuchar, y en seguida se alejó á tardo paso, llegó á la pulpería y bebió hasta embriagarse.

Lo que él le inspiraba á Encarnación era lástima tan sólo!

Cuando volvió á su casa, le prendía la cabeza como un horno, sentía en el corazón como la punta afilada de un puñal, se le saltaban de las órbitas los ojos, las manos las crispaba con fiebre, tambaleaba tristemente y su boca parecía un manantial de iniquidades.

—¿Qué tienes, hijo?—le preguntó su anciana madre, con el asombro pintado en las facciones y haciendo un esfuerzo por alzarse del rincón donde dormía desde temprano.

Entonces Matías, mirando á todas partes con extraviados ojos, lanzó un grito formidable, cayó al suelo como un tronco derribado por el furor del huracán, y dando rienda suelta á los sollozos de su pecho, que amenazaban romperlo en mil pedazos, en el regazo de su madre lloró hasta desahogar las inmensas pesadumbres que de acíbar le llenaban la copa de la vida.



Desde aquella horrible noche se hizo taciturno, el brillo de sus ojos se apagó, bebía con frecuencia, y una expresión de melancolía suprema se le salió al semblante para empalidecerlo.

Después de la partida de Felipe, Gertrudis le buscó á fin de que viniese á acompañarla por la noche

y á ayudarla en sus faenas; pero él, sin atender ninguna súplica, sin dar explica-

ciones, sin ablandarse á los ruegos de su tía, se negó rotundamente á complacerla.

Sin embargo, á pesar de su esquivéz y su mutismo, jamás perdía de vista á Encarnación, atisbaba sus vueltas y revueltas, la seguía como una sombra por todos los caminos; y á juzgar por los fulgores siniestros de sus ojos, por las ásperas arrugas que se marcaban en su frente, por la sombría expresión de su semblante, algo terrible se estaba concibiendo en el fondo de aquel cráneo.

IX

Con el pretexto de hacerles compañía por la noche, de ayudarlas en sus necesidades, ó de participarles las noticias que poco á poco iban llegando acerca de la guerra, D. Jacinto empezó á ir con frecuencia á casa de Felipe. Gertrudis y Encarnación le recibían con el mayor cariño, y se sentaban á platicar á la puerta de la sala. Para embobar el tiempo y no marcharse tan temprano, algunas veces les ayudaba á desgranar maíz; y otras les conversaba de los asuntos raros que había leído en los periódicos de la capital; y otras cojía el cinco y lo rasgueaba suavemente, ó las ponía á descifrar adivinanzas como estas:

Sus dientes son de rocío;
su corona de escarlata;
viste de rojo luciente
y se ríe á carcajadas.

*

No es de espinas su corona;
tiene cruz y no es calvario;
es símbolo de un martirio
y una sonrisa del campo.

*

Terciopelo negro viste,
gasta joyas relucientes,
es hermosa cuando hay luna
y muy triste cuando llueve.

*

Es azul como los cielos,
tiene el badajo de oro,
no es de metal, y repica
como el bronce más sonoro.

Al amor de la lumbre calentita, aquellas veladas solían prolongarse hasta las diez.

Una noche, al despedirse D. Jacinto, le dijo muy pasito á Encarnación, que salió á acompañarle hasta el tranquero:

—Yo voy á casa, y vuelvo como de aquí á las doce... Si no me esperas, ya sé á qué atenerme desde luego, y no volveré nunca.

Y se escurrió sin decir más.

Inmediatamente Encarnación se fue á acostar, y así que calculó que su madre dormía el primer sueño, se levantó sin hacer bulla ninguna, abrió la puerta poco á poco, salió al corredor en pinganillas, encerró en la cocina los dos perros, y esperó.

El corazón le palpitaba aceleradamente, la cabeza le ardía como un fogón y el miedo le anudaba la garganta. Dos impulsos combatían con heroísmo singular en lo más hondo de su ser: el deseo de entregarse á D. Jacinto en cuerpo y alma, y el temor de hacerse indigna del cariño de sus padres. Pero ¿acaso le era dado resistir á los impulsos de su alma, á los arranques de su naturaleza y á los ímpetus de su rica juventud? De sólo imaginarse que D. Jacinto no quisiera volver nunca, las lágrimas saltaban á sus ojos. Más de una vez se levantó para regresarse al blando lecho en que dormía, porque le daba miedo con su debilidad; pero una fuerza superior no la dejaba.

En el silencio de la noche repercutió de pronto un silbido prolongado, y Encarnación no se movió; en seguida sonó otro, y la muchacha, olvidándose de todo, corrió hacia el cercado. Al verla surgir de entre las matas, hermosa como la imagen de la felicidad y dulcemente iluminada por la luna, D. Jacinto se le acercó para abrazarla como la otra vez; pero ella volvió á retirarse, abriendo una distancia conveniente entre los dos.

—Pero, chica, ¿por qué huyes?—le preguntó él con impaciencia.

Encarnación comenzó á sollozar.

—Tu manera de ser no la comprendo, y si en lugar de alegría lo que te causo es pena con venir, pues desde hoy no volveré.

—Y ¿quién le está diciendo eso?—murmuró la muchacha, mordiéndose los labios.

—Ya sé que no lo dices; pero con lo que haces basta y sobra para entender lo cierto.

—Por Dios, y ¿qué más quiere?... Bastante es lo que hago con salir á estas deshoras; y si salgo, no es sino porque lo quiero á usted... como quizás nadie lo quiere en este mundo.

—Es que querer de esa manera, no es querer.

—Entonces, D. Jacinto, mejor es que me mate.

—¿Por qué, hija?

—Porque si yo me he de estar muriendo por usted, pa que usted no se convenza de estas pesadumbres que cargo por adentro, más vale que de una vez coja un cuchillo.

Y Encarnación, con el dorso de las manos, se enjugó dos lágrimas enormes que saltaron de sus ojos. Luego agregó con acento de convicción profunda:

—¡Ojalá que usted me viera aquí, pa que le diera mucha lástima conmigo! ¿Qué más hago yo nunca sino pensar en usted á todas horas?

—Y entonces, ¿por qué huyes de mi afecto, por qué eres tan extraña, por qué me tienes miedo?

—¡Don Jacinto, no es á usted á quien lo tengo!

—Y ¿á quién, Encarnación, á quién?

—A Dios y á mi conciencia.

Con lo cual D. Jacinto se levantó súbitamente de la piedra donde se había sentado, y le dijo á la muchacha, estirándole la mano:

—Pues que ellos te cuiden y te amparen.

Ella, sin estirar la suya, le preguntó con ansiedad:

—¿Vuelve mañana?

Mas D. Jacinto, volviéndole la espalda con manifiesto mal humor, le contestó desde el cercado:

—No vuelvo nunca, porque no tengo á qué volver.

Y se alejó á paso largo, con las orejas encendidas, despechado y taciturno.

Por la primera vez, en su vida de aventuras amorosas, encontraba resistencia en aquella linda aldeana; y ni sus larguezas con ella—porque la regalaba de continuo con verdadera esplendidez—ni los ofrecimientos que le hacía á cada paso, ni la delicadeza con que solía tratarla, ni el afecto que ella le tenía y del cual estaba él completamente satisfecho, lograban la victoria.

X

Las noticias se multiplicaban de una manera incalculable, y corrían por todas partes agrandándose con asombrosa rapidez, tomando formas diferentes, rebotando de las casas á las calles, de las calles á las plazas, de las plazas á los suburbios solitarios, de los suburbios á los campos. Nadie daba en la flor de analizarlas para sacar en limpio si eran ciertas: todo el mundo las tragaba con la mayor facilidad ó candidez, aunque fueran despropósitos de esos que no tienen explicación posible. Bastaba que viniese calentita, provocativa, apetitosa, para que todos tomaran la noticia con deleite, la paladearan buena pieza, le agregaran algún nuevo perendengue para hacerla más sensible al deseo de los curiosos, y la soltaran como riquísimo bombón en el grupito de la primera esquina. La que salía por la mañana á corretear por las aceñas, por la noche era imposible conocerla en ninguno de los rasgos de su fisonomía. Los fabricantes de bolas menudeaban, pero de bolas estupendas: hoy era el asalto de un castillo inexpugnable, mañana la toma á sombrerozcos de un cuartel, pasado mañana la desigual con-

tienda de doscientos contra mil, en que éstos, admirablemente armados y con un jefe de *alante*, habían puesto los pies en polvorosa. La geografía se trastrocaba con inaudita seriedad, los imposibles dejaban de ser tales, lo que era montaña se convertía en llanura, y al capitán más perezoso le hacían caminar sesenta leguas en sólo un periquete. Y la verdad es que lo cierto de lo que estaba sucediendo en el teatro de la guerra, no lo sabían sino apenas tres ó cuatro, los cuales, por el hecho de saberlo, andaban tan campantes por ahí.

Prófugas de la gran rota de Apure, ó recientemente alzadas, porque creían de firme—en atención á los solemnes compromisos contraídos por Salazar con los caudillos de más nombre de la oligarquía—que en apoyando con entusiasmo y decisión al denodado guerrillero, éste llevaría al Capitolio al partido conservador el día de la victoria decisiva de aquella híbrida insurrección que acaudillaba, algunas montoneras oligarcas, acompañadas de tropas colecticias, vagaban todavía por la República, pero ocultando ahora el color de su bandera, de acuerdo con la orden que habían recibido de sus jefes.

Colorado ó amarillo, pero famélico y desnudo, cada rato se presentaba en el pueblo de Maraure algún piquete, y después de tomar disposiciones pavorosas el resuelto machetero que venía á su cabeza, y de poner gordos empréstitos á los ricos propietarios, y de amedrentar á la indefensa población como mejor le parecía, les daba carta blanca á los soldados, que en seguida se soltaban por los alrededores á cometer todo linaje de inauditos desafueros. Riyéndose de la desgracia ajena, sin tener compasión por la miseria en que iban sumiendo los hogares, é intimidando á las pobres mujeres que los veían entrar sobrecogidas de verdadero espanto, se adueñaban de cuanto podían y querían, y en medio de salvajes carcajadas, manifestación impúdica de la fuerza triunfal y asoladora, se alejaban en seguida camino de los pueblos por donde iban pasando como una calamidad verdaderamente horrible, para vender aquéllo por un puñado de pesetas. Cuando hallaban las casas solitarias, sin lumbre los fogones, cerradas las puertas con candado, se llenaban de ira tremebunda, arrimaban un fósforo encendido á la paja de las chozas, y se sentaban en el suelo á ver las llamas que se alzaban avivadas por el viento, y á escuchar el traqueteo de los techos al derrumbarse con estruendo. Aquellos hombres sin Dios ni ley alguna, acostumbrados al desorden, menguados de conciencia, pequeñísimos de alma, seducidos por la pitanza que el pillaje proporciona, lanzados á la guerra por el hambre y la miseria, sin más anhelo que el robo continuado ni más bello ideal que el botín de los vencidos en la lucha, andaban el camino del delito con la satánica alegría del malvado pintada en las facciones, con la botella de aguardiente guindada á la cintura, con la boca desbordante de insolencias y blasfemias, arruinando los hogares, mutilando la propiedad ajena, insultando con la torpe risotada del cinismo la indefensa desgracia del labriego, y atropellando todos los fueros ciudadanos en nombre del derecho de la fuerza. Pálidos como la imagen de la muerte, desgrefiados como las furias infernales, henchido el espíritu de emponzoñados odios, rebosante de infamias la conciencia, muy lejos de todo sentimiento humanitario, poblando los aires con las increpaciones de su impiedad luzbéli-ca, haraposos y hambrientos de maldades, cruzaban por los campos como fantásticas figuras, sembrando el terror por dondequiera, abandonados de Dios y maldecidos por los hombres. A su paso, semejante al de los bárbaros que sobre Roma la imperial, hondamente gangrenada y corrompida, arrojaron los bosques de Germania, temblaba el propietario por su hacienda, la iglesia parroquial por las joyas de sus vírgenes, el comerciante por sus poquísimos ahorros, el labriego por su vida y



las mujeres por su honra. Detrás de ellos no quedaban sino montones de cenizas, lágrimas de amargura, campos enteros devorados por las llamas y chozas solitarias. Y cuando se les veía venir, resaltando en el horizonte como una nube negra, flotando al viento sus brillantes pabellones y reluciendo al vivo sol sus agudas bayonetas, las gentes corrían amedrentadas á esconderse en lo profundo de las cuevas, en lo sombrío de los sótanos y en la honda esquizidez de las montañas.

Mientras tanto, Encarnación padecía lo indecible, porque además de los continuos sobresaltos en que ella y su madre se veían, sin amparo ni protección alguna, D. Jacinto no había vuelto. En vez de disminuirse, su cariño por él iba creciendo, y á todas horas le tenía vivo en el alma y en la imaginación. Alguna que otra vez, ella y su madre, cuando venían del pueblo, acertaban á encontrarle en el camino; pero no se detenía sino apenas un momento, y continuaba. En la frialdad de su saludo, tan cariñoso antes, se adivinaba desde luego la más profunda indiferencia.

Un domingo, á eso del anochecer, lo encontraron á caballo á la salida de Maraure.

—¡D. Jacinto, dichosos los ojos que lo ven! —clamó Gertrudis, sin poder ocultar la complacencia que sentía.

—Gertrudis, ¿cómo estás?—preguntó él, simulando como mejor le era dolo la satisfacción que experimentaba al verlas.

—¡Pa servirle, señor!—volvió á decir Gertrudis con verdadero trasporte de cariño.

—¿No has sabido de Felipe?

—Pero ni esto, aguaita... ¡Y si usted supiera las crujidas en que estamos con tanto ir y venir de vagamundos por aquí!

—¿Te han hecho muchos daños?

—¡Aaaáh caramba, D. Jacinto, si eso es lo que da lástima! Una mañana cargaron esos diablos con el toro; otra se llevaron las tres vacas, y por más que les rogué de cuantos modos pude, no logré que se ablandaran los indios... Con el burro no han jalao, porque apercaté á meterlo en un zanjón, y allá está el pobrecito pegao contra un palo día y noche; pero temiendo estoy que en una rebuzná que pegue, de golpe me lo escuchen, y entonces sí que la acabamos de arreglar... Pa esto, que el café se está cayendo ya, y nosotras solitas no damos abasto pa cogerlo; y lo que es el maíz, se lo han llevao casi todo... D. Jacinto, yo no sé qué nos haremos cuando Felipe vuelva, porque esta feberación brava de ahora nos ha dejao que ni partidos por el medio... Al fin y al cabo, si Dios no lo remedia, el cafesito se perderá también, y lo que nos quedará será morirnos de la pura pesadumbre.

A Gertrudis se le arrasaron de lágrimas los ojos, á tiempo que Encarnación mordía con saña las puntas del pañuelo; y D. Jacinto, compadecido de tanta desventura como aquella, murmuró:

—Gertrudis, no hay cuidado, que yo estoy aquí para servirte en lo que pueda. Si acaso ves que te faltan los recursos, pues te vienes á casa sin demora, y todos los días irás por el conuco á darle vuelta, para que no se acabe de perder lo que hay allí.

—Dios se lo pague, D. Jacinto, y no crea que no le cojo la palabra, porque ¿á quién más he de volver los ojos en semejante deses-

pero?... Y dígame, ¿tampoco usted ha sabido nada de Felipe?

—Lo único que sé es que el ejército de aquí había llegado á Carabobo.

—Y ¿no hay forma de que eso se acabe todavía?

—Creo que todavía no, á juzgar por las noticias que circulan.

—Pensando he estado yo lo que le hayan hecho á usted esos facinerosos sin conciencia, tan descriptianaos como son.

—¡Gertrudis, la mar negra!... De los poteros me llevaron cien novillos; de las pesebreras, todos los animales de trabajo; y para completar las cuentas, me han obligado á entregarles un empréstito de cinco mil pesos... Con que ya ves que la calamidad es para todos, y que nosotros trabajamos para que los vagabundos y los guapos, en nombre de la Patria y de cierta libertad que ellos entienden á su modo, nos roben porque les da la gana y se enriquezcan en un mes de vandalismo brutal.

—Pues que la Virgen me lo ampare, D. Jacinto, y no se olvide de nosotras, que ya usted sabe que lo queremos mucho.

Encarnación se enrojeció como la grana, y D. Jacinto se limitó á decir, estrechando la mano tan sólo á la primera:

—Adiós, Gertrudis... Hasta la vista, Encarnación.

Arrimó las espuelas á la mula, y se alejó al pasitrote. En poco estuvo que incurriese en una claudicación desatinada y vergonzosa, porque la hija de Gertrudis estaba aquella tarde, como nunca, de bonita y de galana. Las enaguas, deslumbrantes de matices que servían á encandilar; la camisa, dejando ver garganta y brazos, con la tira de bordado primoroso en contorno del busto encantador; el pañuelo de seda, á horcajadas en la nuca y prendido sobre la unión del seno con alfiler de oro que se reía de brillante; los menudos alpargates, blanquíssimos como copos de algodón; el jipijapa, chiquirritín, con cinta roja en torno de la copa; el pañolón de largos flecos y paisajes de pájaros y flores, cargado con doloire; y en la ancha y larga trenza que lustrosa se le iba por la espalda, el clavel reventón hecho una aurora. Pero D. Jacinto sabía contenerse en sus arranques, á fin de que sus cálculos le diesen el resultado que buscaba, y por eso se alejó aparentando la mayor indiferencia.

Ahogándose llegó Encarnación á la casita, y se sentó á la puerta sobre el banco de madera. Mientras su madre rezaba y pedía al cielo por Felipe, á tiempo que desmotaba unos copos de algodón, ella sufría en silencio y suspi-



raba dolorosamente. La indiferencia de D. Jacinto y la frialdad de su saludo, la hacían padecer y la llenaban de una melancolía profunda. Si ella le quería con todo el corazón; si lo que más deseaba era confiarle sus dolores, su amargura, la melancolía suprema de su alma; si sus visitas le hacían falta para sentirse alegre y satisfecha; si para ella no existía otra música más bella que la de sus palabras, ni luz más clara que la brillante de sus ojos, ni más dulce calor que el de sus manos cariñosas; si á todas horas le tenía presente en la imaginación, y ya fuese despierta, ya dormida, soñaba con la felicidad que él podía ofrecerle... ¿por qué era tan tenaz en la impaciencia, y no se convencía de que á ella le sobraba la razón, y sin ninguna compasión la hacía sufrir?

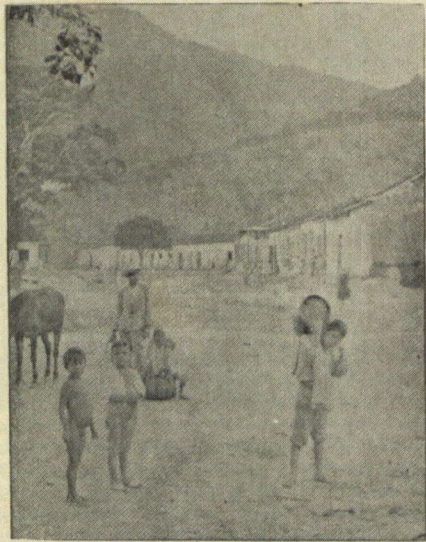
Al fin se levantó, porque sentía el pecho oprimido. Si lloraba delante de su madre, era lo mismo que revelarles su secreto; si se quedaba allí, taciturna y silenciosa, Gertrudis podía sospechar lo que pasaba por su ánimo. Para no rezar el rosario, fingió que le dolía la cabeza, y fue á acostarse.

Desde aquella amarga noche comenzó á entristecerse peor que antes. Andaba como lela, cada rato suspiraba, por el más leve motivo se le salían las lágrimas, y con frecuencia se escapaba de la casa á vagar sola, muy sola, por los campos. Sentada sobre una roca ó sobre un tronco de árbol derrumbado por los años, con los codos en los torneados muslos y las manos en la cara, se quedaba horas enteras contemplando la inmensidad azul, en cuyas ondas abejeaban los átomos de oro. Ondulándole la trenza por la espalda como una serpiente negra, brillándole los dilatados ojos, cayéndole la enagua un poco más abajo de la redonda pantorrilla, medio desnudo el seno erguido y con los pies tan limpios como la espuma del arroyo, semejava una figura de Mistral, el candoroso poeta de Provenza.

Saltando los cercados, yendo á campo traviesa, brincando por las rocas como cabrilla montaraz, parándose de pronto á escuchar el isócrono rumor de los equinios, deteniéndose á veces al pie de las cruces de madera que se alzan á orillas del camino sobre amontonadas piedras, mordiendo las hojas que arrancaba de las matas, ó contemplando las bandadas de torcaes que salían asustadas de los ubérrimos barbechos del maíz, solía irse sola hasta la cumbre del cerro de *El Corozo*. Tiene éste bastante elevación, brillante en la falda enormes rocas que parecen como de bronce bañadas por la luz, muestra una vegetación raquítica y escasa, se levanta por un lado hasta la cima como cortado á pico, se resiente de la ausencia absoluta de las aguas, contrasta por su perenne desnudez con la eterna primavera que sonríe en torno suyo, y allá sobre la cumbre, guarnecida de espinosos matorrales, anémicos y tristes y de ingratísimos cardones, que semejan brazos de repugnantes esqueletos, ostenta una gran mata de corozo, cuyas palmas se mueven sin cesar á los ósculos del viento que sopla del horizonte á bocanadas. Poetisa del verano, amante del calor, gloria del sol del mediodía, la cigarra canta en los desnudos palitroques su canción aturridora; saliendo de los huecos amarillos del terreno, la culebra se arrastra con pereza por entre los arbustos escasos de verdor; escapadas de improviso, por la aproximación de algún labriego, de las frescas sementeras que lucen su lozanía en el valle, las palomas suben á refugiarse bajo los agrios matorrales. Allí no hay sino pobres y menudas florecitas, de esas que no dan sino tristeza, que parecen nacidas al borde de las tumbas, que las muchachas no arrancan de las entecas ramas porque no sirven para adorno del cabello, que se ven con la mayor indiferencia, que viven cercadas de abandono, y que ni las mariposas buscan para posar el vuelo en sus corolas. Los pájaros gorgorean, pero abajo, en el centro de los valles, en medio de la pompa de las arboledas, orillas

de las gárrulas quebradas, en las copas de los ceibos vibrantes de eglógicos murmullos, en el brillo, en el verdor, en la frescura eternamente renovada de la intacta primavera. Y lo que es el agua, sobre la cumbre solitaria no cae sino del cielo, esa que las nubes derraman á torrentes de sus urnas de alabastro en cuanto la atmósfera se hinche de vapores, y el rayo culebrea en el espacio, y rompe el ronco trueno con sus detonaciones la sagrada armonía de la naturaleza.

En cambio, desde el cerro triste y agrio se



contempla un espectáculo que encanta, que sorprende por su legítima hermosura, que lleva al ánimo dulcísima alegría. Allí, en el horizonte, hace ondas el perfil de la montaña, la cual se levanta en derredor en figura de anfiteatro colosal; delante se alza una colina, cuya redondez semeja la cúpula de un templo indio; en el fondo se divisan las planicies, cubiertas de arboledas de café, salpicadas de casitas blancas, divididas por cercados de piedra que blanquean como nieve á las últimas caricias del crepúsculo; por las faldas de los montes derraman los torrentes los caudales de sus aguas y el candor de sus espumas; por entre sombríos bosquecillos descienden murmurando las quebradas; en los potreros se perciben, sobre la intensa esmeralda de la yerba, las figurillas que parecen de paisaje de



las reses; de las casitas sube el humo en azules espirales; y hacia el Norte, y hacia el Sur, y en todo el medio del camino real, salpicado de gentes y pollinos, se columbran, al través de las nieblas rosadas de la tarde, Tierra-Alegre, Maraure y Planadillas, bulliciosos pueblecitos de las cercanías, como bandadas de palomas blancas posadas á la sombra de los árboles. Inflammadas por el sol, las crucillas de hierro de los templos resplandecen á lo lejos sobre el fondo verde obscuro de los montes.

Encarnación se sentaba en las sobresalientes raíces del corozo, y se estaba, hasta cerrar la noche, contemplando el hermosísimo paisaje. Cierta especie de dulce somnolencia caía sobre su espíritu, y sólo cuando el bronce de la pequeña iglesia de Maraure repercutía en el espacio con el pausado toque de oraciones, despertaba del ensueño y se volvía á su casa, pensando siempre en D. Jacinto.

Una tarde, cuando más embebida se encontraba en sus cavilaciones, vio surgir á Matías, pálido y fatigoso, por uno de los abruptos bordes de la cima de aquel cerro. No se movió siquiera, porque la brusca aparición paralizó sus facultades. Se quedó mirando al mozo con el miedo pintado en las facciones, y esperó resignada lo que sobreviniera, pero con la enérgica intención de rechazar cualquier propósito violento. Matías avanzó con paso firme hasta pararse frente á ella, y apoyando el garrote que llevaba sobre el tronco de una mata de maguey, le dijo á la muchacha con tristeza:

—No te asustes, que no vengo á hacerte daño... Por el contrario, Encarnación: es que me duele verte sola, y quiero acompañarte... De golpe te sucede alguna mano, y yo voy detrás de ti pa defenderte.

—Pues hasta ahora—repuso la muchacha con desdén—ningún tropiezo me ha salido en el camino.

—Pero eso no quita que te salga cuando menos lo percales.

—Porque tú sacas la cuenta por lo que estás haciendo.

—Y ¿qué es lo que hago yo?

—Andar detrás de mí por todas partes, lo cual no me gusta ni un poquito.

—Por tu bien es, Encarnación.

—Pero me choca con empeño, y no lo puedo remediar... La gente de por aquí conversa mucho, y de pronto me arma el cuento que yo no necesito.

—¡Caramba, qué desagradecida eres!

—Pues así, ¿lo oyes chico? así quiero quedarme... Matías, ¿qué terquedad la tuya! Más de una vez te he dicho que no pienses más en mí, y tú no haces caso.

—Porque no puedo, Encarnación; porque si yo pudiera, nada me costaría; porque cuando se quiere de verdad, así como yo te quiero á ti, el querer es más grande que uno mismo.

Con lo cual la muchacha se paró, haciendo un agrio mohín de desagrado. Aquellos desahogos de Matías la llenaban de impaciencia, la ponían fuera de sí, le daban rabia. El mozo comprendió que quería irse, y se atrevió á decirle:

—No te vayas todavía, que no han dao la oración.

—Es que en casa—replicó la muchacha de mal modo—debo de estar haciendo falta.

—Y ¿cómo casi siempre te coje aquí la noche, y luego bajas muy despacio, sin que te piquen impaciencias como ahora?

—Matías, ¿qué tormento!

—Pero déjame siquiera acompañarte, ya que intención buena me sobra en ofrecerte la compañía de mi afecto y la defensa de mis puños, fuertes á tu lado como los troncos de las ceibas.

Encarnación no contestó, sino que dándole la espalda bruscamente, comenzó á descender á la carrera por la falda del empinado monte.

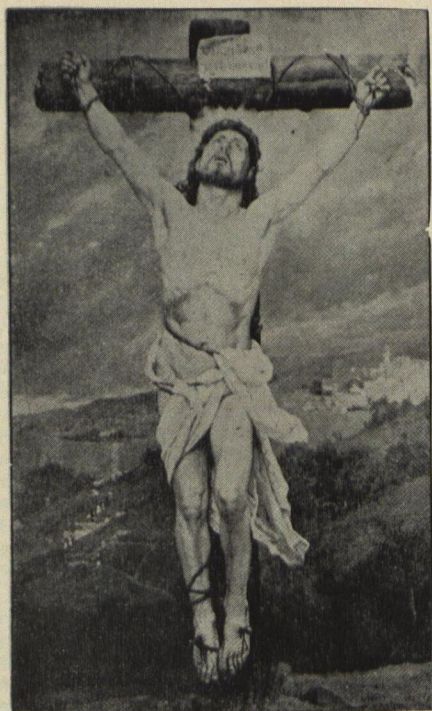
Matías la contempló en silencio hasta que se perdió de vista, y dos lágrimas ardientes de despecho brotaron de sus ojos. Sentóse luego en las raíces del corozo, llena el alma de profundo desaliento, y se puso á cavilar.

XI

Del lado acá de Planadillas, á distancia de allí como una legua, en el sitio denominado *La Pascua*, sobre una altiplanicie enteramente abierta á los besos de la luz, altiplanicie que parece una gran plaza cubierta de verdura como suave terciopelo, levántase una ermita que se llama *La Mano Omnipotente*. Detrás, medio escondida entre naranjos y verdes limoneros, está la casa en que vive el viejecito encargado de la limpieza y guarda de la ermita. Para llegar á ésta, se recorre larga calle de jazmines de la India sembrados á cordel; en todo el centro hay una alta cruz de bronce, erigida sobre ligera peña de mampostería pintada al óleo, en torno de la cual se enredan rosadas madreselvas y azules campanillas; ceibos y apamates, situados en hileras, bordean la planicie, y delante de los fornidos troncos blanquean los cercados enteramente rectos y engalanados por la naturaleza de risueñas trepadoras; la callejuela del medio, ó sea la de los jazmines, está empedrada de lajas que brillan con el sol; sobre la yerba fina en que se alfombra la gran plaza ostentan sus capullos las flores de los trópicos; las golondrinas se posan en la torre á la caída de la tarde, y en los cercados, y en los árboles pomposos, y en los magníficos jazmines, y en la peña de la cruz, los pájaros alegres, retozando entre las frondas, perennemente cantan la gloria de la naturaleza.

La iglesuela es nuevecita, con pavimento de mármol y porche de ladrillos muy lustrosos. El tejadillo le rojea, á trechos matizado por las líneas blanquecinas de la mezcla que pega las juntas ó boquillas de las tejas. En derredor del tejadillo y coronando las paredes, se alza una cornisa gótica, por cuyas gárgolas de zinc se desahoga á gruesos chorros el agua llovediza. Enjalbegada por de fuera, muestra los muros por de dentro empapelados y con brillante zócalo de pintura al óleo. Tiene dos pilas de bronce, arco total de madera tallada con exquisito gusto, altar de mármol blanco y alfombra costosísima en el ábside. Siempre está limpia como una porcelana, brillante como un oro, perfumada como un estuche de rico terciopelo. En el vértice del presbiterio enseña una cruccita de vidrios de colores, que se inflaman con el sol y resplandecen sobre el fondo azul del cielo. En cada una de sus paredes laterales se abren dos ventanas en que florecen y sonríen las ojivas; su frontispicio es gótico, igual que el de la iglesia de Lourdes en el Calvario de Caracas; y en la aérea torrecilla, que sube alegre al cielo cual regalada estrofa, resuena una campana á cuyas voces se descubre y óra la religiosa gente de los alrededores, pero con más respeto que cuando repercuten en el aire las de los otros templos.

Allá, en la penumbra del ábside, abre los brazos la trágica figura de Jesús Crucificado, aún no muerto, sino cuando pronuncia las siete palabras misteriosas. A entrambos lados, pendientes de dos largas varillas de metal y ensartados en cintas angostas de colores, cuelgan muchos exvotos—millares de milagrillos de plata—que representan distintas figuras, y que son el testimonio vivo de la virtud maravillosa del gran mártir del Calvario. Abajo, sobre las baldosas blancas, arden constantemente, en candeleros de cobre, hasta cincuenta luces; y en la mesa del altar, cubierta con un paño de batista fimbriado de encajes como espuma, lirios y rosas y azucenas ostentan el esplendor de su hermosura y embalsaman la iglesuela con el olor de sus fragancias. Por supuesto que ella no es ahora lo que era hace veinte años. Entonces no pasaba de ruinosa capillita, destartada y



pobre; ogaño, tanto lujo y tanta pompa han venido surgiendo á fuerza de limosnas, de dádivas ofrecidas por las personas ricas, de lo que han producido, al venderse, los exvotos. Lo único que no ha cambiado allí, es la milagrosa imagen.

El cura de Planadillas, que frisa ya en los setentecincos años de edad, dice misa en la capilla todos los domingos, y pronuncia además piadosa plática. Varón virtuosísimo y austero, enamorado del culto esplendoroso, apóstol convencido de los milagros de la imagen, á sus esfuerzos y honradez se debe la construcción del templo y la ornamentación que luce; y si anda con la sotana remendada, y da á los pobres cuanto le cae en la mano, y come con gran frugalidad, los dineros que son de *La Mano Omnipotente*, los maneja con la mayor limpieza, invirtiéndolos de fijo en aumentar el esplendor de la iglesuela. Por lo que hace al viejecito que la guarda, que la limpia y que la alumbraba sin cesar hasta que el sol se oculta detrás de los pomposos brocateles del ocaso, vive y mora en la casita que se ha dicho, cultivando una hortaliza de cuyos productos se alimenta, acompañado de una hermana que le hace de comer, labrando el cacho en obrillas primorosas que le ofrecen algunos rendimientos, y componiendo con cariño los árboles y flores que engalanan la planicie.

La gran misa que en el templo se celebra cae el día de la Cruz, y es cantada, con diácono y subdiácono, con sermón del sobriedo sacerdote, con mucho estruendo de cohetes y con música traída de la cercana capital. Ese día la iglesuela permanece abierta hasta las nueve de la noche; los campesinos, echando mucho lujo, llegan de todas partes en piadosa y alegre romería, y la campana de la torrezuela vibra cada cuarto de hora. Los hombres traen velas, y las mujeres, en canastillos de mimbre, flores lozanas para ofrendarlas á la imagen. El orden y la compostura reinan entre los romeros; casi todos comulgan para santificar el día, y si en otras festividades religiosas de Planadillas, Maraure ó Tierra-Alegre se emborrachan y bailan en ruidosos chapaleos por la noche, aquel día no prueban el licor ni se dan á ninguna diversión profana, sin duda para hacerse acreedores á las gracias y mercedes del Santo Cristo de *La Pascua*.

Desde hace cincuenta años, tiempo en que se fundó la ermita, todo aquel que por frente á ella pasa, se detiene y reza una oración en

la silenciosa nave, ó deposita una moneda en el cepillo que abre su rendija á la derecha de la puerta, ó coloca una vela en el gran azafate destinado á recibirlas, ó en manos del viejecito deja un milagrillo para que sea colgado en alguna de las varillas de metal. Personas hay que se empeñan en que la cinta del exvoto cuelgue del clavo de los pies de Cristo, porque de tal manera fue ofrecida la promesa, y ya en el clavo no queda sitio para más. Con íntimo fervor, con efusión sincera, con profundísimo respeto, la gente penetra en la capilla, se santigua con el agua de las broncíneas fuentes, póstrase de hinojos, eleva las miradas hasta la dulcísima que emergen los ojos de Jesús, abre el alma dolorida á las corrientes de la gracia, y reza con verdadera devoción. Naturalmente, todo lo que se ve, lo que se oye, lo que se aspira en el regazo de aquel templo, contribuye á sazonar la blanda disposición de ánimo con que allí se entra y óra. La espléndida figura de la imagen, cuyos brazos redentores parece que se abren para estrechar las almas; la alegría de las llamas en que los cirios arden, iluminando la gloria que enguinalda la frente de Jesús; el claro-oscuro de la nave calientita, henchida de rumores misteriosos; la vaga melancolía que flota en el ambiente; los aromas de que llenan las flores el recinto; la arraigadísima creencia, la fe profunda que se tiene en la virtud milagrosa de la imagen; todo sobrecoge de tal suerte al corazón, que la plegaria brota pura de los labios, limpia como raudal campestre, olorosa como virginal capullo, ardiente como el trino de la madrugadora alondra.

Cuando la tarde muere, de rosas coronada, ungida de perfumes, llena de melancolía inefable; cuando la errante golondrina, monjita del convento de los cielos—del monasterio azul—posa el ala fatigada en la aérea torrecilla; cuando los pájaros se acogen á los nidos, y parecen los árboles fantasmas, y resplandece en el espacio el perfil de las montañas como línea de fuego irregular; cuando del seno de la naturaleza se escapa ese ruido soberano, esa indecisa melodía, esa vaga explosión de notas dulces que sobrecogen al espíritu de blanda somnolencia; cuando la campana de la iglesuela repercute en el ambiente con el pausado toque de oraciones, el caminante se detiene y óra, el labriego se descubre en medio de la verde sementera y junta las manos en actitud de súplica, el rico propietario deja al aire la cabeza y levanta la vista á lo infinito, y en torno de la madre se agrupan los amorosos hijos para rezar la plegaria del crepúsculo. Contemplando dentro de sí la imagen radiosa de Jesús, del sublime Crucificado de la ermita, todos se vuelven hacia allá con satisfacción intensa, y al ver blanquear la torrezuela y resplandecer la cruz de vidrios de colores sobre el fondo del espacio, sienten que sobre su alma cae, como frescura matinal, el rocío de la consolación.

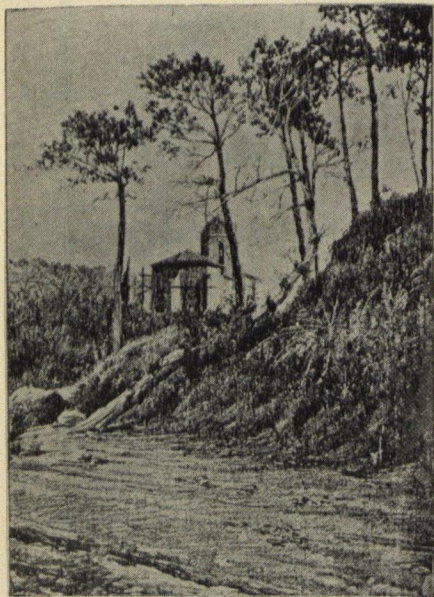
Cuando el temblor siniestro estremece las entrañas de la tierra, brama con sordo estruendo y bambolea las casas; cuando la tempestad sacude sus alas de relámpagos sobre la cumbre de los montes, y el rayo se desprende del inflamado seno de las nubes para volver pedazos al roble centenario; cuando la guerra atraviesa por el campo en su corcel de fuego, hambrienta de infamias y maldades, desparramada al viento su cabellera ignífera, blandiendo enfurecida la espada segadora, asordando los espacios con los truenos de su ira, espumando odio la boca y sembrando por doquiera la riza y el desastre; cuando la negra inundación, desbordándose rabiosa de las cumbres, derrama los caudales de sus aguas para arrancar de cuajo hasta los musculosos troncos de los árboles que señorean la selva; cuando la peste vuelca sus ponzoñosas urnas sobre aquella región amada siempre de la naturaleza, y diezma los hogares, y envenena de pesar los corazones, y puebla de cadáveres las necrópolis humildes; cuando el dolor im-

pera, y se entroniza el mal, y el pasmo se introduce en el espíritu, entonces las miradas no se apartan de la consoladora ermita, y la nave se ve llena de gente á todas horas, y parece el altar un asca de oro por la multiplicidad de velas que lo alumbran, y se acendra la fe en las plegarias, olorosas á ternura, que llueven á los pies de la dolorida imagen como un raudal de lirios de los campos.

En medio de las tormentas de la vida, de los caprichos de la suerte, de los dolores que causa el desengaño, aquella iglesuela es un refugio de las almas que padecen. Allí encuentran medicina para el sufrimiento, rescolado generoso para templar el frío que la desesperanza da, resignación para mejor sobrellevar las miserias de este mundo. Allí encuentran calor que refrigera, dulce paz en que el ánimo se goza, aplacible silencio interrumpido apenas por la armonía de los pájaros cantores, por el ruido del follaje, por la música de los arroyos. La luz que entra cernida por las ventanas ojivales; la fragancia que las flores reeñen cogidas vierten; el oro que chorrean las luces en medio de su chisporroteo arrullador; la tibia atmósfera que reina á todas horas en la angosta navecilla; la aureola que resplandece en torno de la cabeza de Jesús, alivianan el espíritu, templan su sed ardiente y le hinchén de frescas ilusiones. El que desea curarse alguna cruel enfermedad, el que busca salir de recio trance, el que ambiciona satisfacer vívido anhelo, el que persigue una esperanza, el que va en pos de un ideal, allí corre á arrojarse, á encender una bujía, á dejar una limosna en el cepillo, á ofrecer una promesa á la imagen de Jesús; y como en ella tienen fe, y los milagros que realiza se repiten con frecuencia, y todo el mundo se hace lenguas para ensalzar la virtud maravillosa de la trágica figura, salen de la iglesuela alegres, con el espíritu oprimido de dulcísima emoción, confiados en que el Cristo de *La Pascua* devolverá á su corazón la paz perdida, ó les hará gozar del bien ansiosamente suspirado. Ello es lo cierto que, como el Crucificado otorga de continuo sus mercedes, sanando á los enfermos, cambiando la fortuna de los desheredados, satisfaciendo aspiraciones y consolando á los que sufren, los exvotos de plata llueven de todas partes, las velas se multiplican para alumbrar la imagen desde que el alba apunta, y la poética iglesuela va ganando cada día en belleza y esplendor.

Cuando Matías se quedó solo aquella tarde en la desierta cumbre de *El Corozo*, sentado en las raíces de la mata, cavilando acerca de su arrastrada suerte y lleno el corazón de pesadumbre, oyó de pronto resonar en el espacio el toque de oraciones que surgía de la torre de Maraure. Incorporándose en el acto, descubrió la cabeza y rezó un avemaría. Las lentas campanadas se apagaron, y el silencio reinó de nuevo en la inmensa soledad. No se escuchaba sino el ruido lejano del torrente, la penetrante solfa de los escarabajos escondidos en los agrios matorrales, el murmullo de las palmas del corozo sacudidas por el viento. La tarde se dormía con lánguido abandono; tal que otro lucero reía ya en el azul, y de las cosas no se veía sino el cortono sobre la media tinta del crepúsculo. Apoyados los codos en los muslos y las manos en la cara, Matías no pensaba sino en los hondos anhelos que sentía, en la tristeza que le embargaba el ánimo, en las amargas hieles que Encarnación le hacía tragar á fuerza de desdenes. Una nueva campanada resonó de improviso en el espacio. Sonora, cristalina, misteriosa, el aire la traía de muy lejos. Matías volvió á incorporarse, dirigió la mirada hacia *La Pascua*, quedóse contemplando largo rato el que todavía era ruinoso campanario de la ermita, y sublime y luminosa en su espíritu surgió la figura de Jesús Crucificado. Algo así como celestial rocío cayó en su corazón para llenarlo de frescura, para calmar

las aficciones de su alma y aligerar las pesadumbres que se la entenebreían. Entonces recogió el garrote, y empezó á caminar la vuelta de su casa.



Al día siguiente por la tarde, después que puso fin á la faena, dirigióse á *La Mano Omnipotente*, y arrodillándose ante el Cristo, se estuvo largo tiempo en oración. Pidióle con fervor el remedio de sus penas, la alegría de su espíritu, la conversión de su esperanza en realidad; y si al cabo le quería Encarnación, en recompensa de merced tan señalada el mozo le llevaría á Jesús un milagrito de oro ensartado en cinta roja, y le encendería una vela durante doce días.

Cerraba ya la noche cuando volvió á su casa, confiado en la eficacia de su ruego, en la protección del Cristo, en el milagro que iba á hacerle.

(Continuará.)

SUETOS EDITORIALES

Certámenes públicos.—Durante las últimas semanas ha podido deleitarse la sociedad de Caracas con el más bello é interesante espectáculo que puede ofrecernos el progreso de la civilización propiamente entendida: el de los exámenes públicos que se han verificado en todos los institutos de educación de jóvenes de uno y otro sexo y los actos de la repartición de los premios escolares á los educandos sobresalientes en los distintos ramos de enseñanza, desde la superior y científica, hasta la primaria y puramente elemental. Forman falanges de miles, verdaderos enjambres que beben la miel del saber, los jóvenes que pueblan nuestros institutos educacionistas, multiplicados, día por día, ya por la acción del Gobierno y del Municipio, ya por la actividad privada y el espíritu de beneficencia pública.

De la misma manera, es manifiesto el adelanto que en todos sus detalles han alcanzado los métodos y sistemas de enseñanza; de tal manera que ya podemos decir que en nuestros institutos la ciencia de la pedagogía ha arraigado con sus más racionales perfeccionamientos. Pruébanlo así evidentemente los resultados de las labores intelectuales del año transcurrido.

Por todo presentamos nuestras felicitaciones muy cumplidas al cuerpo de institutores, nacionales y extranjeros, que entre nosotros desempeñan tan noblemente su magnífico magisterio.

“Escrituras y Lecturas.”—Ya no se dirá más de César Zumeta que, renuente á todo

halago, y regatero de los sabrosos frutos de su inteligencia, se niega, egoísta, avaro de su tesoro literario, á regalarnos con un libro formal, pasaportado con su nombre en la biblioteca de escritores sur-americanos.

En nuestras manos tenemos una obra suya recién estampada en New York, con prólogo de Vargas Vila, titulada *Escrituras y Lecturas*. Más aún y para mayor confusión de quienes le atribuyeran desamor al aura bibliográfica, nos promete la publicación de otras cuatro: *Secretos míos*, *Notas Venezolanas*, *Narraciones* y *El Libro del loco*.

Lo que es *Escrituras y Lecturas* nos lo dice el propio autor en la siguiente dedicatoria de la obra:

“A los señores Antonio E. Delfino y J. M. Herrera Irigoyen.

Urgido por amigos que suponen dignas de ser numeradas y encuadradas algunas de las páginas en que por afición á las letras he anotado sensaciones mías, y de las crónicas, fugaces como para diarios, que he escrito á propósito de obras y de autores, las reúno hoy en libro, y vengo á poner al frente de esas *Escrituras y Lecturas* los nombres de ustedes, por homenaje de amistad, y porque ello me produzca siquiera el placer de dar prueba pública de deferencia y estima á dos íntegros y distinguidos ciudadanos de mi patria.

CÉSAR ZUMETA.

New York: julio de 1899.”

Intimamente reconocidos á la cortés demostración de amistad que nos hace Zumeta en las anteriores líneas y al honor de mencionar nuestro nombre en una obra que sin duda será recreo predilecto de los hombres de letras, aun cuando no se conforman del todo con las nuestras, determinadas ideas filosóficas que saltan en algunas producciones de la colección, temeríamos pecar en cierto modo de parciales al recomendar las excelencias de *Escrituras y Lecturas*, si no nos autorizase ante nuestros lectores la ya reconocida valía literaria del autor. Allí su pensamiento profundo, su talento sereno, su frase elegante, su arte excelso, cautivan con poder de atracción irresistible y colman el espíritu y la mente de gratas y elevadas recreaciones. La nota artística, pura, imaculada, vibra en el conjunto; la del exquisito sentimiento estético, ó de la filosofía, interrogada en sus implacables misterios, vibran en los pormenores de cada asunto.

Aplaudamos la labor intelectual de Zumeta. Cumple esto por ahora. La crítica severa hará lo demás.

Hermosa fiesta.—En el instituto para la educación de señoritas fundado en Caracas y dirigido por las Hermanas de San José de Tarbes aquí residentes, tuvo efecto el día 30 de julio último una interesante al par que conmovedora ceremonia. Dicho día lo era de gala para el Colegio. Se distribuían los premios obtenidos por las educandas en los exámenes escolares correspondientes al último año de enseñanza. Fue el acto una gran fiesta literaria, que presidieron el Arcediano Dr. Juan B. Castro y el señor Henry Quievreux, Encargado de los asuntos de la Legación de Francia, y que congregó allí á gran número de familias y caballeros de la sociedad caraqueña. Pero la fiesta literaria tuvo el hermoso complemento en un acto por extremo patético, de aquellos que fortifican el alma colmándola de emociones puras y piadosamente consoladoras; cual fue la entrega de medallas conferidas por el Gobierno francés á las Hermanas que prestaron su personal asistencia á los enfermos virolentos durante la última epidemia que afligió á esta capital. Se sabe cuán abnegadas fueron entonces y cuánto sublime valor mostraron estas Hermanas en su cristiana misión de amor y caridad, para con el dolor y el desamparo; y es esa, su admirable conducta, la que el Gobierno de su patria premia

con una distinción, rica de justicia y de estímulos á los corazones sensibles.

El señor Quievreux, á cuya noble iniciativa se debe, según sabemos, esta manifestación de honor á las virtuosas Hermanas, colocó con sus propios manos las respectivas medallas en aquellos pechos donde tantos tesoros morales se guardan, sólo conocidos por los que sufren y lloran los infortunios humanos. Consignemos los nombres de las galardonadas heroínas del sacrificio: Sor Rose Agnés, Sor Catherine, Sor Marie Frumence, Sor Clotilde y Sor Epiphanius, y acepten nuestras cumplidas felicitaciones.

Poemas helénicos.—Con este título hemos recibido de la República Argentina un nuevo libro, editado en la ciudad de Córdoba, y del que es autor el señor Goycochea Menéndez.

Son páginas artísticas, que el autor consagra á los recuerdos más puros de la inspiración clásica, cantando á la tierra de Orfeo, el poeta tesaliano fundador de la civilización pelágica, precursora de la helénica; de Safo, la maga de Léucade; de Fídias, artífice de dioses. Tierra providente, sagrado manantial adonde irán por siglos las generaciones, á contemplar y vivir en espíritu los días, los únicos días inmortales, de la dolorosa humanidad.

Damos nuestras gracias al remitente de este libro.

Pésame.—Nuestro estimado amigo señor Doctor Jerónimo A. Blanco, ha tenido el dolor, cruel dolor de padre, de perder á su pequeña hija ANASTASIA ELVIRA. Nos asociamos sinceramente á la profunda congoja que le aflige.

Hojas de mi álbum.—Es el título de un libro de 120 páginas, que con atenta dedicatoria nos ha remitido su autor el Pbro. Rafael Llovera Solano.—Contiene 30 composiciones en prosa, entre discursos, artículos, pláticas, etc., que leeremos con gusto. Damos cumplidas gracias al señor Llovera Solano.

Obito.—En la quincena que termina ha sido nuevamente implacable el hado adverso, que escoge para saciar la siniestra afección de la tumba á seres privilegiados con cuya existencia se recreaban la amistad y el cariño.

No podrá olvidarse el fallecimiento de la distinguida señora Genoveva Zamora de García, viuda del señor doctor José Manuel García, y el de las muy apreciables señoritas Matilde Mathieu y Trinidad Llovera, floridos vástagos de familias honorables y de extensas relaciones en nuestra sociedad, y cuya desaparición es dolorosamente irreparable.

El señor general Fernando Adames falleció en días pasados, y su cadáver fue conducido á los oficios religiosos con los honores militares correspondientes al rango que ocupaba en la milicia.

Y al terminar estas líneas, nos llega la fatal noticia de haber muerto el apreciable caballero señor Ramón U. Martínez, perteneciente á la respetable familia Martínez Sánchez.

Ante los tremendos golpes del fatal destino, común á todos los humanos, tan sólo es dable á nuestra amistad el alivio de compartir las penas de los afligidos deudos de los finados.

“Todo un pueblo.”—Novela por Miguel Eduardo Pardo.—Hemos recibido y leído esta obra, primera de su género que publica el señor Pardo, quien, al mismo tiempo, nos anuncia la próxima aparición de otra, continuación de ésta, con el título de *Los Redentores*. Damos la noticia de estas nuevas producciones del joven escritor venezolano, con el mayor placer; y sin anticipar juicio completo sobre la que acaba de darse á la estam-

pa, podemos desde luego asegurar á nuestros lectores que Pardo se exhibe en ella dominando las dificultades de la novela moderna.

Todo un pueblo puede clasificarse, y no dudamos en clasificarla, entre las de costumbres, propiamente; y por su fondo é intención entre las filosófico-sociales. No es, por tanto, la simple narración, cuento ó ficción recreativa, que hoy desdennan la generalidad de los buenos novelistas, sino obra de tendencia revolucionaria en las ideas y en los hábitos; y sin ser ultranaturalista, su argumento se enreda y desenreda en la esfera de la realidad y de lo humano.

Bien observadas encontramos las reglas literarias que corresponden al género de la novela; el autor se patentiza hábil, dueño de aquellos sutiles recursos que mantienen el interés de la narración y la llevan á un natural y fácil desenlace sin cargar pesadamente la atención en el pensamiento dominante de la obra. A esto contribuye en mucha parte el estilo, vivaz, coloreado á rápidas pinceladas, sea en lo narrativo, sea en lo descriptivo; á veces alegre, á veces audazmente irónico, otras austero y grave, pero siempre vigoroso.

Pardo ha puesto en *Todo un pueblo*, toda su personalidad literaria.

Importante trabajo.—El distinguido literato señor Dr. Ricardo Becerra nos ha favorecido con el importante trabajo intitulado: "Introducción al ensayo histórico de la vida del General Carlos Soublette," el cual trabajo comienza á ver la luz pública en este número de EL COJO ILUSTRADO.

El nombre del señor Dr. Becerra es bastante conocido de los cultivadores y amantes de las letras, y nos exime de hacer ningún elogio sobre la publicación á que nos referimos.

Lauro académico.—Después de brillantes exámenes, en los cuales obtuvo el calificativo de sobresaliente, fue graduado de ingeniero el joven Carlos Linares, hijo del respetable comerciante señor Juan E. Linares. Para festejar acontecimiento tan grato á su corazón de padre, dispuso este nuestro apreciado amigo un lucido baile del cual ha dado cuenta la prensa diaria de esta ciudad.

Felicitamos cordialmente al nuevo doctor y á su estimable familia.

Con varias muestras de excelentes pastas italianas, en cajitas de cartón, hemos recibido la carta que á continuación publicamos:

"Caracas: 27 de julio de 1899.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Muy estimado señor nuestro:

Tenemos el gusto de obsequiar á usted con una muestra de la nueva forma que hemos adoptado para envasar nuestros productos del ramo de pastas italianas.

Aunque saltan á la vista las ventajas que con tal innovación ofrecemos á los consumidores, creemos que no está demás enumerarlas como sigue:

1ª El peso de una $\frac{1}{4}$ y $\frac{1}{2}$ libra es completo.

2ª El consumidor no está expuesto á tomar, como ordinariamente sucede, pastas que, además de llegar á su mesa muy manoseadas, sufren en las casas detalladoras las consecuencias de la presencia de las moscas, cucarachas, ratones y demás animales inmundos.

3ª Las cajitas están garantizadas por nuestra marca de fábrica, y, como todo el que quiera y cuando quiera, puede convencerse por sus propios ojos de que empleamos en la elaboración de nuestras pastas materias puras y de primera calidad, así como del esmerado aseo con que se efectúan todas las operaciones, no corre el consumidor el riesgo que con las pastas de fabricación anónima ó oculta en que el espíritu de lucro suele cometer adulteraciones perniciosas para la salud, y en que las manipulaciones se prestan á incalculable desaseo.

Agradeceremos á usted una visita á nuestros talleres.

De usted atts. s. s.

E. Méndez & Ca."

Damos las gracias á los señores E. Méndez & Ca., y les deseamos creciente prosperidad en su industria.

Folleto recibido.—Solemne homenaje á Jesucristo Redentor y á su Augusto Vicario, al terminar el siglo XIX y principiar el siglo XX, publicación del Comité Nacional de Venezuela.

Hoja de servicios del General Guzmán Blanco, por Manuel Landaeta Rosales.

El Mercurio de América, cuaderno correspondiente á marzo y abril.

El Repertorio Colombiano, número 2º del vol. XX, correspondiente al mes de junio: Bogotá 1899.

El Domingo, revista quincenal, números 17 y 21, Bogotá 1899.

Boletín Militar, números 97, 98 y 106, Bogotá 1899.

Revista de la Instrucción Pública, número 66, correspondiente á julio.

Fiesta del árbol, establecida por el Concejo Municipal de Valencia.

Gaceta Médica de Caracas, número 14, correspondiente al mes de julio.

La Electricidad, número 15, del mes de julio.

Cámara de Comercio, número 60, del mes de julio.

Damos las gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

General Carlos Soublette

El retrato que acompaña al trabajo histórico del señor Ricardo Becerra que comenzamos á publicar hoy, es uno de los más fieles que se conservan, del Ilustre Prócer y Presidente que fue de Venezuela en los primeros tiempos de nuestra vida civil, General Carlos Soublette.

Tribunal de arbitramento

El tribunal de arbitramento internacional actualmente reunido en París para fallar sobre los límites definitivos entre las Guayanas venezolana y británica se constituyó en virtud de tratado público firmado en 2 de febrero de 1897.

Preside el tribunal el señor de Martens, y son los árbitros: por Venezuela los jueces M. W. Fuller y Brewer; y por Inglaterra, los Lores Russell of Killowen y Collins. Es secretario del Tribunal el señor W. Martin.

Abogados de Venezuela son los generales B. Harrison y B. F. Tracy y señores Mallet Prevost y James Russell Soley, á quienes sirven de secretarios los señores E. F. Tibbott, W. F. Stettler y Perry Allen y les asesora el señor Marcus Baker, Geógrafo auxiliar.

Los abogados de Inglaterra son Sir Richard Webster, Sir Robert Reid y señores G. K. Askwith y S. A. T. Rowlett, cuyo séquito lo forman los señores F. Webster, J. H. Reddan, N. Macfarland, E. im Thurm y C. A. Harris.

Agente de Venezuela en el Tribunal es el señor J. M. de Rojas. De Inglaterra lo es el señor G. W. Buckman, quien tiene de secretario al señor J. A. C. Filley.

General A. Guzmán Blanco

Publicamos el retrato de este notable hombre público de Venezuela, copiado de la última fotografía que de él se hiciera en París, donde acaba de fallecer.

Artista venezolano

Completa las ligeras notas biográficas del señor Machado Guerra, el retrato de tan apreciable artista venezolano.

Después de los exámenes

Un beso de alegría entre dos ángeles es la cabal expresión artística concebida por el autor del cuadro, para traducir el asunto escogido; un beso de gozo triunfal con que la risueña infancia se gloria de su candor, invulnerable á congajas y temores que son mentira, pura mentira, para la inocencia, toda felicidad y contento.

Banda de música

Tenemos especial agrado en presentar el grupo de jóvenes que en los risueños valles de Aragua se han reunido en sociedad para el cultivo del noble arte de los sonidos, bajo la dirección del reputado maestro señor Francisco J. Camejo.

Esa Tos Que No Se Quita

Ya ha usado Ud. toda clase de remedios para la tos, pero en vano: está bastante arraigada. Tal vez se vaya con el tiempo, pero lo más probable es que tras ella venga la gripe, la pulmonía ó una grave dolencia de la garganta. Necesita Ud. algo que le dé fuerzas y le reconstituya el organismo.

LA EMULSION DE SCOTT

produce este resultado cuando todo lo demás fracasa. ¿Quién lo duda? Nutre, fortifica, reconstituye y da salud y fuerza al cuerpo, no sólo para sacudir esa tos tenaz, sino para robustecer y resguardar el sistema contra los ataques futuros. Si está Ud. exhausto y debilitado, es indudable que debe Ud. fortificarse y nutrirse con esa medicina-alimento.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

ALMANAQUE DE PARED

Astronómico y religioso

PARA 1900

arreglado al meridiano de Caracas por astrónomos competentes y revisado en la parte eclesiástica por la autoridad de la arquidiócesis.

PROPIEDAD DE J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

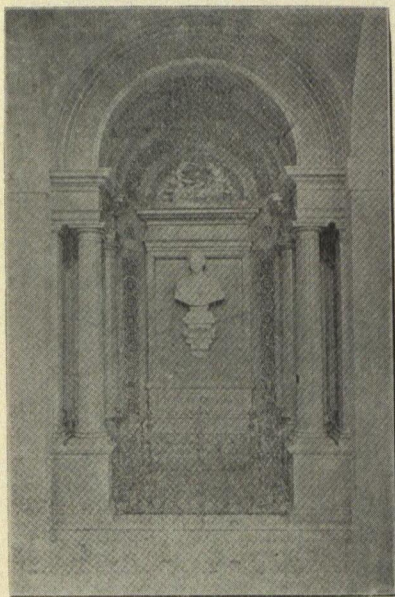
Está ya á la venta.

E. MARRÉ & C.A.

Representantes de la Casa DAVIDE VENTURI & FIGLIO de Bologna (Italia)

Monumentos de mármol y bronce — Túmulos, Lápidas y cualquiera otro artículo para Cementerios — Baldosas de mármol y mosaico — Altares para Iglesias y Capillas, Púlpitos, Pilas, Barandas, etc. — Mármoles para muebles, baños y cocinas. — Enchapado de mármol para frentes de Casas, Iglesias y Capillas — Figuras y mosaicos artísticos para adornos de salón, etc., etc.

PRECIOS SIN COMPETENCIA Y CONDICIONES DE PAGO CONVENCIONALES



Colegio Salesiano

Desde 1897 está instalado en el edificio cuya vista damos en el presente número, el Colegio Salesiano, que en 1895 fundaron en Caracas algunos miembros de la Sociedad Salesiana creada por el célebre sacerdote italiano D. Juan Bosco.

El edificio, que ocupa una superficie de 10.000 metros cuadrados, consta de tres cuerpos. Uno central, cuya construcción está ya terminada, con amplios salones para las tareas escolares, alojamiento de los alumnos, dormitorios, capilla religiosa, comedores, recreaciones y jardines hermosamente dispuestos. Más de cien niños reciben allí instrucción y educación mediante un pequeño estipendio, limitado tan sólo a los gastos de alimentación. Se construyen actualmente, según el plan general trazado por los salesianos, otras secciones laterales destinadas para la instrucción enteramente gratuita y para la enseñanza de artes y oficios.

Van realizándose estas obras al paso que los Hermanos salesianos reciben el contingente pecuniario de aquellas personas apreciadoras del elevado fin que ellos se proponen, cual es, la formación de los jóvenes en la virtud y en el saber para que lleguen a ser hombres útiles a sí mismo y a la sociedad en que viven.

Indios Caribes

La población indígena de Venezuela puede estimarse hoy en unos 340.000 individuos. En 1839 era de más de 220.000 y para 1889 se elevaba a 326.000. De esta población apenas una cuarta parte vive independiente, en regiones apartadas de los centros civilizados, donde débilmente alcanza la jurisdicción de las autoridades públicas o la influencia del comercio ordinario. El resto es de indios en parte civilizados completamente y en parte identificados con la vida común y costumbres del país.

La raza caribe es de las más inteligentes y se civiliza con bastante facilidad; y como al mismo tiempo es fuerte é intrépida, donde ella existe se hace superior a todas las demás. Habita principalmente en la vasta región que forma la hoya inferior del Orinoco, extendiéndose hacia la margen derecha hasta las lejanas selvas brasileras.

Los grupos de caribes representados en las copias grabadas son de los que habitan en la Guayana venezolana. Son indios ya semi-civilizados, dóciles a los hábitos de la vida ordenada y entre quienes la obra de los misioneros catequistas no ofrece los peligros consiguientes a la resistencia y a las agresiones salvajes.

Macuro

Fue en este lugar de la costa de Venezuela, punto oriental extremo de la misma, donde el día primero de agosto de 1498 posó sus plantas en tierra continental el primer europeo que vino a América, el sabio descubridor Cristóbal Colón.

ULTIMAS OBRAS

EJECUTADAS POR LA CASA

DAVIDE VENTURI & FIGLIO

PARA CARACAS

Grandioso monumento para la Familia Casanova.

Púlpito todo de mármol, próximo a erigirse en la Santa Iglesia Parroquial de Alta-gracia.

Telegramas : Marré - Caracas

De Sociedad á Camejo, No. 18

APARTADO 322



Este hecho, tan extraordinariamente trascendental para la humanidad, da á Macuro incuestionable interés histórico, por lo cual estimamos siempre de mucho precio las noticias que respecto de él nos sea permitido transmitir á nuestros lectores á más de las que en pasadas ocasiones hemos consignado en este quincenario.

A las vistas que ahora publicamos agregaremos que cuando en agosto del año próximo pasado se festejó en Venezuela el cuarto centenario del descubrimiento de Tierra Firme, el Gobierno de la República decretó que se erigiera en aquel célebre punto un monumento alegórico, coronado por un fanal que al mismo tiempo que gusé á los navegantes del golfo de Paria diga también cuánto es siempre brillante y esclarecida la gloria del inmortal genovés.

El propio primero de agosto de 1898 fue colocada la primera piedra del monumento por una comisión especial enviada por el Gobierno. Para hoy los trabajos de construcción, según los planos que ya conocen nuestros lectores, están á punto de remate.

El Encantado

Viénele sin duda su nombre á este sitio, de la circunstancia ó fenómeno que allí ocurría, de que el río Guaire desaparecía en un largo trecho de su cauce, por filtración de las aguas entre abruptos peñascales cuyas grietas inferiores cubre apenas una capa superficial de cascajo y arena.

Es el extremo oriental del valle de Caracas, á diez y seis kilómetros de esta capital. Corre allí el río revuelto y torrentoso, saltando precipicios y remolineando furiosamente á causa de los obstáculos que las enormes rocas oponen á su curso y el notable desnivel del terreno que atraviesa.

Es este desnivel precisamente el que ha aprovechado para la instalación de sus aparatos la Compañía nacional que provee á Caracas de la fuerza eléctrica motriz de que se sirven, desde hace dos años, los principales establecimientos industriales de esta ciudad.

Hemos tenido ocasión de admirar nuevamente la instalación de la maquinaria allí montada. Esta es indudablemente una empresa de porvenir.

El sitio tiene además la ventaja de ser pintoresco, selvático, lleno de tropical y agreste majestad, como muy bien se retrata en las vistas que adornan las páginas del presente número de EL COJO ILUSTRADO.

Puente en Porlamar

En la isla de las perlas, Margarita, es Porlamar una de las poblaciones más importantes, puerto marítimo de notable actividad, frecuentado por los vapores de las líneas trasatlánticas á su paso por las costas orientales de la República. El puente que actualmente se construye á sus inmediaciones se considera como una obra de progreso efectivo para la ciudad.

Los niños raquíticos y enfermizos se vuelven fuerte y robustos, luego que se les administra la Emulsión de Scott.

Señores Scott & Bowne, Nueva York.

Muy señores míos : Hace bastante tiempo que receto la Emulsión que preparan ustedes de aceite de hígado de bacalao con hiposofitos de cal y de sosa. Puedo declarar que estoy satisfecho de su empleo para la debilidad en los niños, raquitismo, escrófulas, consunción, etc., teniendo sobre el aceite simple la ventaja de ser tolerado por los estómagos, y ser de gusto más agradable.

De ustedes atto. s. s.

DR. PEDRO M. GARRIDO.

LAS TABLAS

DE DERECHOS DE ADUANA CALCULADOS YA

de acuerdo con el arancel que se pondrá en vigencia el 1º de septiembre próximo, están listas ya é impresas y á la venta en la Empresa El Cojo.

Precio de la tabla encuadernada á media pasta, Bs. 10.

NUEVO LIBRO

DEL DISTINGUIDO ESCRITOR

CESAR ZUMETA

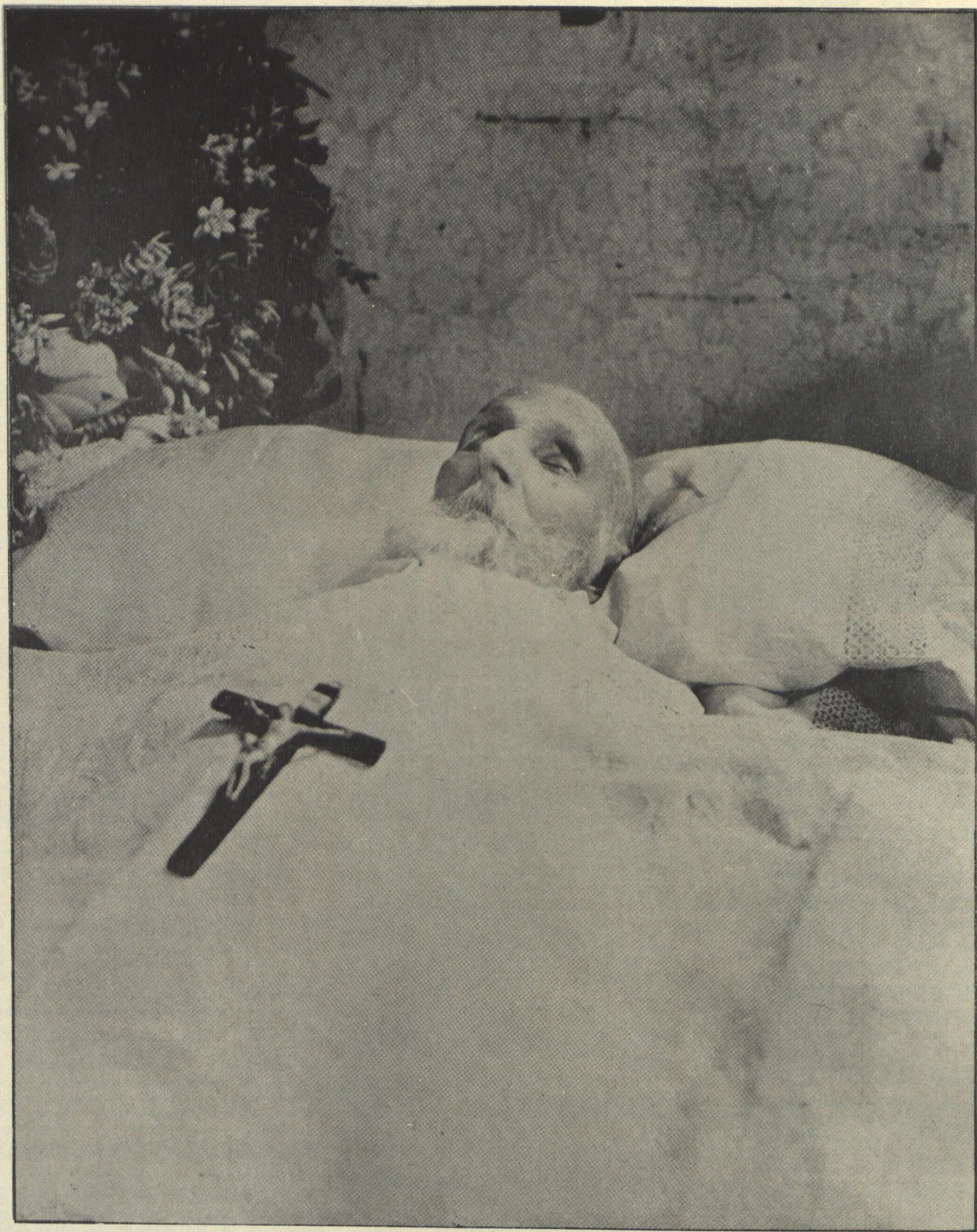
SU TITULO ES

ESCRITURAS Y LECTURAS

A la venta en la Empresa El Cojo, en la Librería Española de L. Puig Ros y Hermano y en las Agencias de EL COJO ILUSTRADO.

(EDICION NORTE-AMERICANA)

Precio del ejemplar : 3 bolívares en Caracas. Para el interior medio real más por el porte.



GENERAL MANUEL VICENTE DE LAS CASAS
el 17 de agosto de 1899

GENERAL MANUEL VICENTE DE LAS CASAS



HA rendido la jornada de la vida, á la avanzada edad de 88 años, el General de División Manuel Vicente de Las Casas, actor importante un día en nuestra escena política, de la cual se apartó por largo tiempo durante los últimos años de su vida, cual si hubiera querido prepararse con larga meditación para entrar en el sereno é inalterable reposo de la muerte. Convencido de la inutilidad de las luchas fratricidas, el antiguo soldado de la República depone, en el pleno goce de sus energías, los arreos militares, cuelga del muro del hogar la espada de combate, empuña cual otro Cincinato, las herramientas del trabajo y consagra el resto de su existencia á las pacíficas labores del comercio, sin odios en el alma, sin desvarios en la mente, sin las amarguras del vencido en el corazón, sin que brotase de sus labios una frase depresiva para los hombres que había llevado al Poder la voluntad popular. De esa dulce quietud lo sacó la soberana libertadora para conducirlo á la serena región donde callan las pasiones para que dicte la historia su inapelable veredicto.

EL COJO ILUSTRADO presenta á sus lectores la efigie del General de Las Casas en su lecho de muerte, y algunas apuntes sobre su vida pública, como lo ha hecho con todos aquellos que han prestado servicios al país, cualquiera que sea el partido á que pertenecieron.

Escasos de datos y de tiempo para escribir una biografía formal del ilustre muerto á quien consagramos estas líneas, nos limitamos por hoy á copiar la lujosa hoja de servicios del General de Las Casas, más elocuente que todo cuanto pudiéramos decir, pues ella prueba que él es una figura importante en los fastos históricos de Venezuela. No somos los llamados á formular juicios sobre la figura que entra ahora en los dominios de la muerte: pero sí juzgamos que quien ofrendó por espacio de treinta y cinco años su reposo y sus energías á la patria, bien merece el homenaje de sus compatriotas y el recuerdo de la posteridad.

Nacido en 1811, cuando Venezuela inscribía su nombre en el catálogo de las naciones libres, Manuel Vicente de Las Casas, adolescente aún, se inscribe en enero de 1828 como cabo aspirante de la Compañía de Cazadores del batallón Junín: se incorpora en el mismo año y con el grado de Sargento 1º, á las fuerzas que marcharon de Venezuela hacia el sur de Colombia con motivo de los acontecimientos del Perú: es nombrado en 1829 Subteniente de la primera Compañía del Batallón Cazadores de Occidente y Oficial escribiente del Estado Mayor General destinado á servir en Venezuela: desempeña en los años de 31 á 35 la Subtenencia del Batallón Boyacá, la Ayudantía del Gral. Diego Ibarra y el empleo de Capitán del Batallón Puerto Cabello, hasta el año 36 en que fue expulsado al extranjero donde permaneció por espacio de dos lustros. En 1848 vuelve al país, toma servicio en Maracaibo y hace toda la campaña de ese año, como también la del 51 en Carabobo. En 1858 es llamado al servicio como Comandante del Batallón de Milicias y recibe el grado de Comandante efectivo del Ejército y el mando del Batallón Convención: en Julio del mismo año, y con el ascenso inmediato, se le designa para mandar la primera Brigada veterana del Ejército, compuesta de los Batallones Cinco de Marzo y Convención y con dicho empleo tomó parte en la guerra de los cinco años. En 1861 es ascendido á General de Brigada y para 1863 alcanzó el último grado de la carrera militar en nuestro país.

“El Cojo Ilustrado.” — NOMBRE DE ESTA REVISTA.—En Venezuela todos conocen los motivos á que ha obedecido el título de esta Revista, y, en consecuencia, no causa ninguna extrañeza.

Pero del Exterior nos llegan insistentemente, de manera pública, ó bien privada, manifestaciones tales como la que contiene una importante publicación sud-americana, de la cual tomamos las siguientes líneas: «*Francamente no sabemos á qué atribuir en un órgano serio un título semejante. A cualquiera se le antojará, leyendo este nombre, que EL COJO ILUSTRADO es algo así como un «Blanco y Negro» ó un «Madrid Cómico.» Pero afortunadamente y para mayor gloria de la bibliografía americana, nada de esto tiene la publicación mencionada..... EL COJO ILUSTRADO abunda en excelentes materiales y es una revista digna de la reputación de que goza.*»

Nos ocurre, pues, para que cese la curiosidad ó la extrañeza, explicar á los señores lectores del Exterior, los motivos por los cuales lleva este nombre nuestro quincenario:

El año de 1873, por iniciativa del señor Agustín Valarino, y en sociedad con el señor M. E. Echezuría, se fundó en esta capital una fábrica de cigarrillos, á la que se dio el nombre de «El Cojo,» por ser cojo el señor Eche-

NUNCA FUMAREIS MEJOR CIGARRILLO QUE EL DE LA BELLEZA

Los propietarios de LA BELLEZA, no pueden seguir la costumbre establecida por otras marcas de cigarrillos en Venezuela, de ofrecer en cada cajetilla una fotografía o algún otro aliciente extraño. LA BELLEZA emplea en sus cigarrillos tabaco de la Habana, de buena clase, y ofrece á sus consumidores agrado en el paladar, higiene en los pulmones y el aroma especial que da el tabaco de la Habana á las personas que lo fuman.

LA BELLEZA funda el éxito de su empresa solamente en la calidad de las picaduras y del papel con que hace y hara siempre sus cigarrillos.

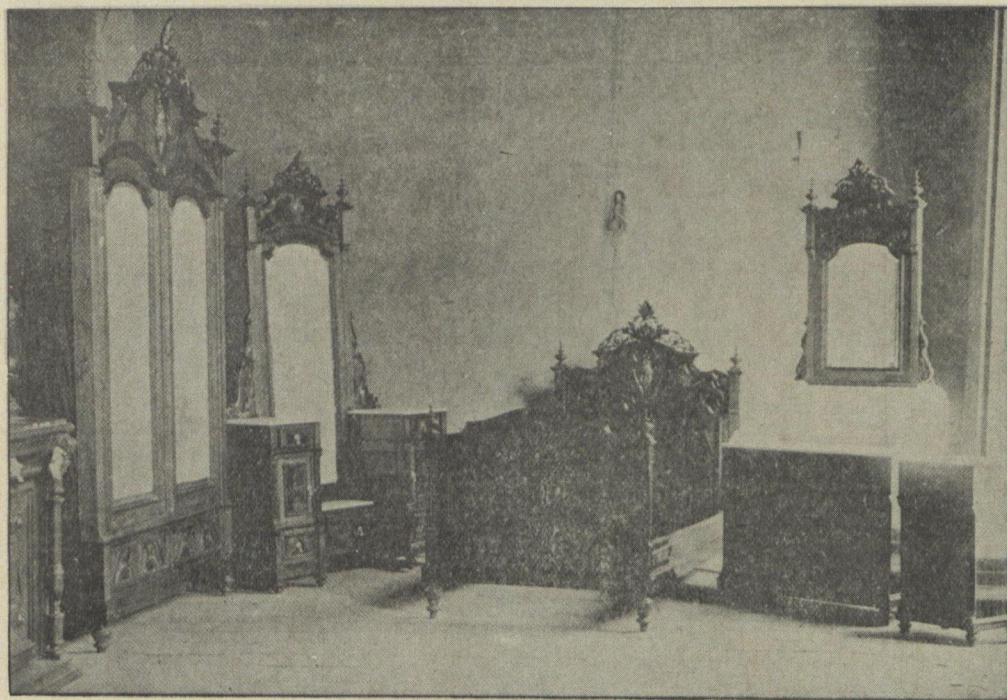


Papel de algodón, blanco, alquitrán, pectoral, oro y trigo

DEPOSITO PARA VENTAS POR MAYOR Y AL DETAL

En La Importadora. Expendio de tabacos de la Habana

BAJOS DEL GRAN HOTEL VENEZUELA — PLAZA BOLIVAR



Mueblería

Moderna

DE

S. Martínez Egaña & Ca.

Avenida Sur N. 22

Se ha hecho en este juego una combinación de los más notables estilos, tomados del francés y del alemán, procurando en todo armonizarlo con el exquisito gusto venezolano que priva en dichos muebles. Compónese de cama, mesa de noche, gran toilette con mármol de molduras y espejo biseauté, aguamanil-tocador con sus mármoles y espejo en las mismas condiciones y un escaparate de dos hojas con sus espejos biseautés.

zuría. A medida que prosperaba esta fábrica fue extendiendo sus negocios á diferentes ramos industriales, los cuales, como pertenecientes á la misma sociedad, eran conocidos y nombrados como de la naciente empresa de «El Cojo.» Esta fundó, entre otras cosas muy beneficiosas al país, el tranway de Maracaibo é introdujo otras innovaciones y creó otros géneros de comercio.

Entró luego á formar parte de la sociedad Herrera Irigoyen; y se estableció, como órgano de la casa un periódico de pequeñas dimensiones, el cual se distribuía gratis y al que se dio, como era natural, el nombre de «El Cojo.» Ensanchada la empresa; fundadas: una tipografía especial, la fábrica de sobres, que no existía en el país, la fábrica de libros en blanco, que tampoco existía, el periódico de la casa circuló con grabados traídos del Extranjero; y, muerto el señor Echezuría, los socios sobrevivientes, en acatamiento á la tradición y respeto al origen primitivo de la casa y sus negocios,

continuaron llamando á éstos Empresa «El Cojo,» y, por consiguiente, EL COJO ILUSTRADO al órgano ya exornado con ilustraciones, como ya hemos dicho, importadas.

Años después, al regresar del extranjero el señor Herrera Irigoyen, se fundó por primera vez en Venezuela, por la Empresa «El Cojo,» el taller de fotograbado; y con tal oportunidad renació el periódico, al cual, por las razones ya apuntadas, dieron sus fundadores el mismo nombre de EL COJO ILUSTRADO.

Dueño hoy de la Empresa Herrera Irigoyen,—excepto de la fábrica de cigarrillos «El Cojo»—ha estimado un deber de consecuencia y de respeto dejar á la revista el mismo nombre.

Con ese nombre está ya acreditada y conocida, recomendada y vulgarizada entre todos los públicos lectores del continente.

Esperamos, pues, tomen nota de los motivos que tenemos para conservar el nombre de nuestra Revista, los lectores que nos favore-

cen en el Extranjero. Allí es conocido EL COJO ILUSTRADO, reputado como excelente, alabada por él nuestra Patria, y creemos que eso es lo esencial.

Por supuesto que no llegaría á ser bien conocida fuera de Venezuela esta explicación, si la diésemos por una sola vez: hemos dispuesto, por tanto, que quede en nuestras columnas á título de permanente por todo el tiempo indispensable á que se hagan tan generales y corrientes, como lo son en Venezuela, el origen y causa del nombre de EL COJO ILUSTRADO.

PARNASO VENEZOLANO

POR D. JULIO CALCAÑO

PRIMER TOMO

A la venta en El Cojo

PRECIO DE REALIZACION